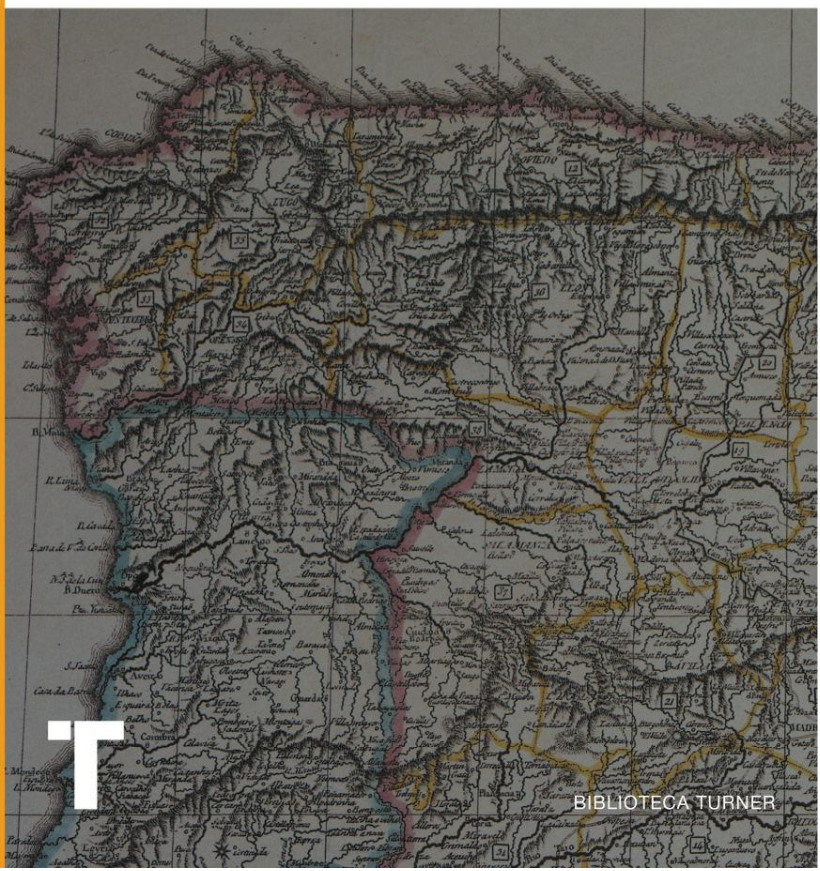
Manual para viajeros por España y lectores en casa

Galicia y Asturias

Richard Ford

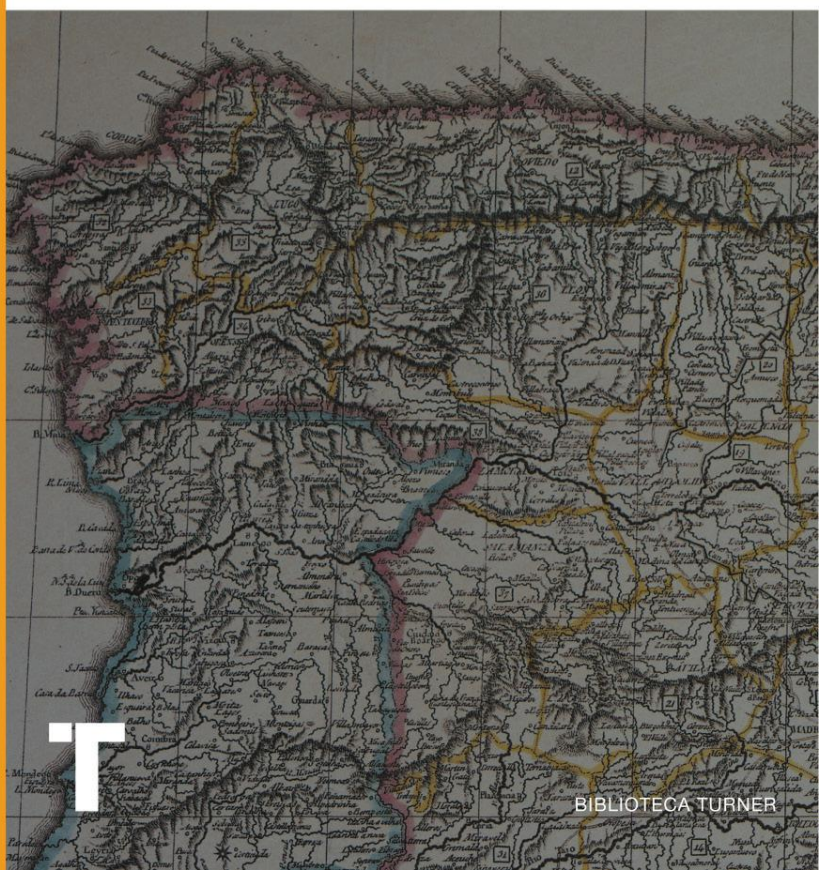


BIBLIOTECA TURNER

Manual para viajeros por España y lectores en casa

Galicia y Asturias

Richard Ford



BIBLIOTECA TURNER

Portadilla

Créditos

Libro I. El reino de Galicia

El reino de Galicia

Ruta LXXX. De Lugo a La Coruña y El Ferrol

Ruta LXXXI. De El Ferrol a Mondoñedo

Ruta LXXXII. De La Coruña a Santiago

Ruta LXXXIII. De Lugo a Santiago

Ruta LXXXIV. De Lugo a Santiago por Sobrado (1)

Ruta LXXXIV. De Lugo a Santiago por Sobrado (2)

Ruta LXXXV. De Santiago al cabo Finisterre

Ruta LXXXVI. De Santiago a Lugo por Pontevedra

Ruta LXXXVII. De Orense a Santiago

Ruta LXXXVIII. De Orense a Lugo

Ruta LXXXIX. De Lugo a Oviedo por la costa

Ruta XC. De Lugo a Oviedo

Ruta XCI. De Cangas de Tineo a Villafranca

Ruta XCII. De Cangas de Tineo a León

Libro II. Asturias

Asturias

Ruta XCIII. De Oviedo a Santander

Ruta XCIV. De Oviedo a Santander

Ruta XCV. De Oviedo a León

Ruta XCVI. De Oviedo a León

Tabla de conversiones

Sobre la obra

Manual para viajeros por España y lectores en casa

que describe el país y sus ciudades, los nativos y sus costumbres; las antigüedades, religión, leyendas, bellas artes, literatura, deportes y gastronomía

El reino de Galicia y Asturias

Richard Ford

TRADUCCIÓN DE JESÚS PARDO

BIBLIOTECA TURNER

Título original: A Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home / The Kingdom of Galicia / Asturias

Copyright © 2008, Turner Publicaciones S.L.

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Diseño de colección: The Studio of Fernando Gutiérrez

Compaginación y corrección: EB8

Ilustración cubierta: Mapa de España, 1846

ISBN EPUB: 978-84-15427-14-8

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra, ni su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin la autorización escrita de la editorial.

Libro I

EL REINO DE GALICIA

El tiempo más apropiado para visitar Galicia es durante los meses calurosos. Los lugares más dignos de ver son Santiago y el paisaje montañoso y la zona pesquera, sobre todo la descrita en las rutas LXXXIII, XC, XCI y XCII. El aficionado a la pesca podría pasar aquí tres meses con gusto y provecho, tomando la siguiente ruta, que no es muy frecuentada: Vigo, Orense, Puente San Domingo Flórez, Cabrera alta y baja, Lago de Castanedo, La Bañeza, Ponferrada, Villafranca y, finalmente, cruzando las montañas por la ruta CXI hasta Cangas de Tineo, Grado y Oviedo.

El reino de Galicia (los españoles escriben su nombre con una sola ele, aunque usan la elle para nombrar a sus habitantes, los gallegos), está situado en la esquina noroeste de la Península, y limitado por Portugal, el golfo de Vizcaya, las Asturias y León. Su extensión es de quince mil leguas cuadradas y su población de un millón y medio. El principal río es el Miño, llamado Minius por los antiguos debido al color del cinabrio que se encuentra cerca de allí. Sus fuentes están cerca de Mondoñedo, y fluye hacia el sur, hasta Orense y Tuy formando la frontera a este lado de Portugal. La pesca, tanto en él como en sus afluentes, es admirable, sobre todo por lo que se refiere al salmón, la trucha, el sábalo y la lamprea; estas últimas, por cierto, solían ser exportadas en la Antigüedad para los epicúreos de Roma. En 1791 se concibió un plan para hacer navegable el Miño, pero la cosa nunca se llevó a cabo, aunque se encargó a Eustaquio Giannini escribir una memoria.

El clima de Galicia es templado y lluvioso, y su terreno muy montañoso. La barrera europea del Atlántico se extiende desde el cabo Finisterre hasta las estribaciones de los Pirineos, en las provincias vascas. Los montes son muy ricos en madera para construcción y también para la construcción naval, y la abundancia de castañas y bellotas da alimento a la gente y a los cerdos; el jamón y el bacón gallego rivalizan con los de Extremadura. Las praderas son verdes, y bien puede decirse que esta costa noroccidental de España se asemeja a la de Suiza, al menos en lo que a sus pastos se refiere: en ellos podría criarse cualquier cantidad de ganado, por grande que fuese; y no cabe duda de que el funcionamiento de nuestra nueva tarifa dará gran ímpetu a la cría

de ganado, que podría luego exportarse desde Vigo y La Coruña. Las colinas pobladas de árboles están llenas de jabalíes y lobos, que bajan a la llanura, y muy irrigadas por ríos cuyas agradables riberas tienen cierto aspecto inglés:

Nunc frondent silvae, nunc formosissimus annus.

Los productos naturales de los lugares más altos son, sobre todo, maíz, centeno y lino, además de la fruta que suele crecer en nuestro condado de Devonshire, o sea, manzanas, peras, nueces y avellanas, y las llamadas bayas, que son raras en las partes más cálidas de España; las patatas son también excelentes, por más que todavía no se usen como artículo alimenticio corriente, sino, más bien, como añadido culinario en la mesa de la gente rica. Como la raya montañosa oriental está cubierta durante casi todo el año por la nieve, especialmente el pico de Ancares y la peña Trevinca, mientras las costas marinas y las fluviales de los valles disfrutan de una latitud de 42º y apenas si conocen el invierno, la variedad botánica es muy amplia e interesante, y todavía no ha sido debidamente estudiada. Los valles más cálidos y bajos del Miño, y la comarca circundante a Tuy, o sea, Redondela y Orense, son perfectos vergeles de abundancia y deleite. Aquí la naturaleza conserva toda su "riqueza" y sigue siendo "sonriente entre flores", como en los dichosos días de la Antigüedad (Silio Itálico, III, 345; Claudiano, Lau Ser., 71). El contraste entre la ignorancia atrasada y la pobreza de los campesinos es lastimosamente impresionante; aquí languidecen el arte, la ciencia y la literatura, mientras, por el contrario, la aceituna y la naranja florecen y se producen pingües vinos, de los que los mejores son los de Valdeorras, Amandi, Rivero y el Tostado de Orense, los cuales, por cierto, rivalizarían con los de Portugal si se pusiera el menor esfuerzo en su elaboración; pero lo que pasa es que aquí, en la costa oriental, todo se hace de la manera más tosca y desperdiciadora. Galicia es al noroeste de España lo que Murcia al sudeste, o sea, su Beocia, y, para la mayor parte de los españoles, casi desconocida, ya que son pocos los que van a visitarla. Los españoles se hacen su idea de los gallegos por los que llegan de allí, emigrando, como los suizos, de sus montañas a las

llanuras; así, por ejemplo, el distrito de La Coruña aprovisiona a las dos Castillas, mientras Pontevedra y Orense hacen lo propio con Portugal. En general, los gallegos salen de su tierra por cuatro o cinco años, al cabo de los cuales hacen una visita al hogar abandonado, y enseguida vuelven a abandonarlo: otros hay que únicamente emigran durante la temporada de la cosecha, volviendo a casa, como los irlandeses, con el producto de sus duras labores. Los que se asientan en Madrid se hacen reposteros y encargados de casas de familia, donde, por campesino que sea su aspecto, son lo suficientemente astutos para aprender en las cocinas los secretos de la familia propietaria de ellas; de la misma manera que los esclavos nubios se conducen en las casas de los árabes ricos de El Cairo, y, a semejanza de estos, esos gallegos se mantienen siempre juntos y conchabándose en todo. Muchos, pues son tan ahorrativos como sus vecinos los asturianos, acaban acopiando gran cantidad de dinero, con el que vuelven a su tierra y pasan el resto de sus vidas en sus amadas y nunca olvidadas montañas. Los emigrantes más modestos, y bien dotados que están de músculos, trabajan como mozos de carga en España y Portugal; de aquí que el apodo de gallego sea sinónimo de campesino o patán, ganapán, o sea, lo mismo que "leñero y aguador", como dice la Biblia de los que están agobiados de trabajo. Lisboa está llena de gallegos, ya que Portugal se encuentra más cerca de su tierra, y hay más afinidad entre el idioma portugués y el suyo que entre este y el castellano. Los portugueses, que no tienen cariño a sus vecinos, afirman modestamente que Dios hizo primero a los hombres, es decir: a los portugueses, viros o "caballeros", y luego a los gallegos, o sea, homines o esclavos, cuya misión es servirles. Estos negros de piel blanca llevan con frecuencia zapatos de madera o madreñas, las cuales, según el porteador de Goldsmith, hablando de los sabots franceses, son una prueba más de que solamente valen para bestias de carga. La buena tierra escasea en Galicia por ser gran parte de esa comarca montañosa y accidentada, y poco propia para la agricultura, mientras otras extensiones de tierra, o dehesas (llamadas aquí gándaras por causa de su infertilidad), están abandonadas y se entregan a los brezos y a las hierbas aromáticas: a consecuencia de esto, hay una lucha a brazo partido por la tierra en los valles y los lugares de buena tierra; y aquí, como en Irlanda, el campesino que tiene que pagar rentas excesivas se ve obligado a trabajar día y noche, comiendo apenas un poco de pan de la más

ínfima calidad, hecho con harina de maíz o de mijo, pan de centeno, de borona, porque el trigo es escaso. Las cabañas y casuchas están llenas de suciedad, humo y humedad, y son verdaderas arcas de Noé, como dice Góngora, a juzgar por el apretujamiento de diversas bestias en su interior, donde una misma habitación hace de cuarto de los niños, establo, cocina, pocilga, "sala y todo lo demás"; pero no hay diluvio, natural o artificial, que moje jamás esas arcas de Noé: las ventas de las colinas y de los lugares alejados no son mejores; conviene llevar provisiones viajando por estas tierras, porque en esas guaridas, incluso lobos hambrientos, que nunca fueron exigentes en cuestión de comer, se encontrarían a desgana, de modo que tanto más cristianos decentes; los hogares con frecuencia carecen de chimenea que eche de allí el humo, y la madera húmeda, que no prende, exhala en cambio abundante humo. Esto es tan incómodo para los órganos visuales como la perspectiva de no poder disfrutar de un buen asado lo es para los órganos digestivos, por satisfactorio que todo este lacrymoso non sine fumo pueda parecerles a los lectores de Horacio. En las llanuras y en los valles más favorecidos, el alojamiento para los viajeros no es tan malo, pero lo cierto es que poca gente visita Galicia, como no sean los muleros, para cuyas necesidades parecen hechas a la medida todas esas incomodidades. No vale la pena añadir que donde la gente cena sin chimenea y duerme sin cama, las sabandijas, que en Egipto pasaban por ser una plaga, se consideran como ciudadanas de buena y habitual compañía.

Cuando los hombres gallegos emigran, las mujeres se ocupan de todas las tareas, por duras que sean, tanto de la casa como de los campos, y da pena verlas, trabajando con el arado, que no es realmente herramienta de mujer; tanto en el campo como fuera de él, sus manos nunca están ociosas, y la rueca es parte integrante de la vida de la gallega en la misma medida en que el abanico lo es de la andaluza. La comida, tan dura y áspera como su trabajo mismo, junto con la constante tarea al aire libre, en un clima poco agradable, marchitan de raíz su belleza; cierto es que pocas de ellas nacen bellas y que, ni siquiera en esos casos, conservan largo tiempo sus encantos; parecen ya viejas antes de cumplir los treinta años, y entonces dan la impresión de no haber sido jóvenes nunca, o siquiera de tener nada que ver con el género femenino; parecen momias o gatos hallados muertos de hambre detrás de una pared,

objetos de pellejo y hueso y pelo; y los hombres son rudos y groseros, y muy raro es que respondan directamente a las preguntas; viéndoles en sus lamentables chozas apenas parecen mejores que sus antepasados, que apenas si eran mejores que bestias, pues, según Justino (XLIV, 2), “Feris propiora quam hominibus ingenia gerunt”, mientras Estrabón (III, 234) los define como peores incluso y Qhriwdesteroi. Sin embargo, esas bestias se consideraban a sí mismos verdaderos leones, y de vez en cuando, a semejanza de nuestros escoceses de tierras altas, se enorgullecen de su cuna y de sus ilustres alcurnias: compárese el Ta gnwrima eqnh, de Estrabón (III, 228) con los nobiliarios de Gándara, y de otros. Los gallegos se jactaban de tener al antiguo Teucer como fundador, el cual, según ellos, había llegado del Oriente para asentarse en esta remota provincia, de la misma manera que ahora hablan de Santiago, y en ambos casos sin la menor verosimilitud.

Estos antiguos caballeros también dejaban a sus damas el cuidado de todas las tareas, excepto las de la guerra, el latrocinio y la caza (Justino, XLIV, 3), y se deleitaban, como ahora, en las más salvajes danzas y rudas canciones o “aullidos”, según afirma Silio Itálico (III, 346), cosa que todavía hoy en día es igual de dañosa para oídos educados como el “chirrío”, el chillar, o como el crujir de las macizas ruedas de sus carromatos. Las mujeres cavaban y trabajaban los campos igual que ahora (Silio Itálico, III, 350), y su travail no era simplemente agrícola, pues, según dice Estrabón (III, 250), no tenían más que apartarse apenas de los surcos para que las llevasen a la cama, si cabe usar aquí tal palabra, reintegrándose luego a sus otras tareas justo como si no hubiesen hecho otra cosa que poner un huevo. Los hombres eran dignos de tales amazonas, y sus formas físicas parecen sacadas del mejor molde de la naturaleza, pues no les han afeminado las largas estancias en grandes urbes, ni les han encogido los trabajos industriales, que reducen al hombre a simple “mano de obra”, hasta el punto de que su aprendizaje y sus maneras en general apenas han cambiado desde los tiempos más antiguos. Los varones son recios y apuestos animales, y constituyen buena materia prima de reclutamiento, y, si se les alimenta y se les manda como es debido, podrían llegar a ser óptimos soldados; a pesar de lo cual, tal era el talante de sus ineficientes jefes que los moros les consideraban los peores militares de España. “Pienso que en toda vuestra vida” escribía el Duque (parte del 10 de diciembre

del año 1812) “jamás habréis visto nada tan malo como los gallegos; a pesar de que constituyen el conjunto humano más recio y son los hombres más activos que he visto en mi vida”. “No son más que una chusma lamentable, en la que no cabe tener la menor fe”, afirmaba el viejo mílite Picton.

La lengua de los gallegos es una jerga áspera y ruda al oído; completamente ininteligible para los españoles; y, sin embargo, es, junto con el bable de los asturianos, la verdadera cuna del moderno idioma castellano. Si España hubiera sido un país de filólogos esta curiosa clave del origen de su idioma habría recibido la atención que merece, como también la habrían recibido algunos restos que se conservan de baladas y usos antiguos; para los forasteros, empero, este dialecto es tan duro de soportar como las ventas y las encrucijadas de Galicia. “Cependant”, como diría Laborde, “les galliciens s’entendent entre eux”.

Su carácter terco y pendenciero lleva mucho tiempo siendo blanco de los españoles, que lo critican y lo mofan, y piensan que es casi imposible tratar de mejorarles: “No se les puede negar a los gallegos más legos, que vale por mil gallegos el que llega a despuntar”, dice Francisco de Salas. La falta de carreteras y de comunicaciones con otras provincias ha marginado a los gallegos a este cul de sac, rincón de rutina e ignorancia. La presencia del Apóstol en su ciudad pavimentada de estrellas, Compostela, no ha hecho nada por iluminar su provincia elegida, cuyos curas, prohibiendo los fuegos artificiales, parecen haber preservado celosamente en el más impenetrable oscurantismo.

Solamente hay una buena carretera, que va de Madrid a La Coruña, y en la cual, en 1842, Carsi y Ferrer crearon un servicio de diligencias que va de vez en cuando por Villanueva, Valladolid, Tordesillas, Benavente y Lugo. Se piensa desde hace mucho tiempo en acortar distancias entre Vigo y la capital, por Orense y El Bierzo; de esta forma se podrían ahorrar hasta cien millas, en lugar de tener que hacer, como ocurre ahora, una gran desviación. Esta idea, que sería muy beneficiosa para grandes trechos de la comarca, se ha visto frustrada hasta ahora por celos y envidias locales, que son la maldición de España, donde cada ciudad egoísta quiere monopolizar el tráfico sin cuidarse de los demás, y perjudicar

cuanto pueda a su aborrecido vecino; en consecuencia, la mayor parte de las encrucijadas se parecen en Galicia a las de la serranía de Ronda, y menos mal que la comarca no está infestada de ladrones, pues son pocos los viajeros que la transitan, y los gallegos prefieren saquear las cocinas, no el Camino Real.

El viajero que llega aquí a caballo desde Andalucía encontrará probablemente (como nos ocurrió a nosotros) que su fiel penco cae enseguida enfermo en esta comarca debido al cambio de forraje, pues en Galicia, en lugar de la oriental receta de "cebada y paja", no encontrará otra cosa que heno y avena, y recuérdese que la avena tiene mucho menos valor nutritivo y mucha más cáscara. Recuérdese también que el caballo semental está en perpetuo estado de nerviosismo en esta tierra por causa de las yeguas de poni que usan los campesinos gallegos para cabalgar; y, como los tábanos son muy molestos, será sumamente conveniente que use una red para su caballo. Y téngase en cuenta igualmente que los caminos son muy pedregosos, de modo que los caballos desgastan enseguida sus herraduras y será necesario ponérselas nuevas, cosa nada fácil en estas tierras, excepto en las ciudades; los herradores gallegos raras veces disponen de herraduras de repuesto de tamaño corriente, para las que aquí hay poca demanda, pues el caballo normal en Galicia es el poni. Lo mejor será, por consiguiente, llevar consigo clavos y un juego de herraduras de repuesto apropiadas para el caballo de cada uno. Hombre prevenido nunca fue vencido; como dice el pobre Richard: "por falta de un clavo se perdió la herradura, y por falta de herradura se perdió el caballo".

Las antigüedades eclesiásticas de Galicia ocupan nada menos que nueve volúmenes de la España Sagrada, y son de lo más curioso: consúltese también Viaje de Morales; las obras de Felipe de Gándara, su Nobiliario, armas y triunfos, editado en cuarto en Madrid en 1662; la Descripción métrica del Licenciado Molina, en cuarto, Mondoñedo, 1551; Descripción económica, José Lucas Labrada, El Ferrol, 1804; Ensayo sobre la historia de Galicia, José Verea y Aguiar; Anales de el Reyno de Galicia, F. X. M. de la Huerta y Vega, 2 vols., Santiago; Descripción geognóstica de Galicia, delgado y en octavo, Guillermo Schultz, Madrid, 1835. Este ligero tratado geológico tiene también un útil mapa litográfico del reino de Galicia. Su autor es alemán, pues el gallego, como el oriental,

prefiere dejar al extranjero la investigación de su propia historia natural. El Viaje a Galicia por dos amigos, Madrid, 1842, es una obra lamentable.

Lugo tiene una posada decente, que está en las afueras de la ciudad, por el camino de Astorga, en el barrio de San Roque. Lugo es la ciudad más central de Galicia, y está descrita en los volúmenes XL y XLI de la España Sagrada. También tiene su propia historia, escrita por Pallarés y Gayoso, en cuarto, Madrid, 1700. Lugo, Lucus Augusti, fue famosa en la época romana por sus cálidos baños sulfúricos; las aguas existen todavía, porque son obra de la naturaleza; pero las thermae, que son obra humana, han desaparecido: algunos restos de un dique para contener inundaciones dan testimonio de su antigua magnificencia. Los actuales e incómodos baños están situados en la ribera izquierda del río Miño, y la estación de los baños es desde el 15 de junio hasta el 30 de septiembre, cuando resultan benéficos para las dolencias cutáneas y reumáticas. Los pobres pagan dos cuartos por el permiso de chapuzarse en ellos, y allí se les ve, como marsopas, o inmundae sues, en las aguas hirvientes entre las losas sueltas. Muy cerca de allí están las fuentes minerales, que contienen nitro y antimonio. En la ciudad, en la calle de Batitales, se descubrió (septiembre de 1842) un pavimento romano de mosaico, con dibujos de animales, peces, etcétera. Lo más probable es que ahora esté re-enterrado o haya sido destruido.

Lugo tiene alrededor de siete mil almas. Es casi cuadrada, con las esquinas redondeadas; sus murallas se parecen a las de Astorga, y están defendidas por incontables torres semicirculares que sobresalen a modo de baluartes, y que apenas son más altas que la circunvalación misma; sobre ellas se dispone de un amplio y agradable paseo que rodea toda la ciudad; y también hay hiedra, planta trepadora que es poco frecuente en las partes tórridas de España, a modo de manto de las ruinas. La parte más antigua, con su sólida obra romana de granito, se ve mejor desde cerca de la torre de Santiago. La plaza tiene una arcada con columnas que es necesaria en clima tan lluvioso; la fuente, que se nutre de un tosco acueducto extramuros, está tan mal dispuesta que las mujeres tienen que servirse de largos tubos de hojalata para sacar de ella agua con la que llenar sus cacharros. Esta agua, junto con el

régimen de pan de centeno, es frecuente causa de gota, a la que hasta las mujeres están expuestas. El antiguo castillo no tiene apenas nada notable, como no sea su curiosa chimenea turriforme. Lugo, que en otros tiempos fue sede metropolitana, es ahora sufragánea de Santiago. Su sede es una de las más antiguas de la España reconquistada, habiendo sido fundada en el año 734 por Alonso el Católico. La catedral de granito fue construida en 1129 por don Ramón, esposo de la reina Urraca, y como en la de Astorga, las dos naves laterales son más bajas que la central. El exterior fue torpemente modernizado en 1769 por Julián Sánchez Bort: toda la fachada de granito y las estatuas que la adornan son algo pesadas; obsérvese en el plinto La Fe mostrando la Hostia. Las torres inacabadas están rematadas por horribles palomares de pizarra y un aparato para repicar campanas hecho de hierro, que, aunque muy corriente en los Países Bajos, es rarísimo en España. Los claustros también han sido modernizados, pero hay dos puertas laterales que aún conservan parte de su prístino carácter; obsérvense los goznes de la del noroeste, y la imagen del Salvador sentado sobre la mística Vesica Piscis.

El interior tiene arcos bajos por ambos lados, con una galería encima, y abajo filas de confesionarios como garitas de centinelas, cada uno con el nombre de su tutelar especial. La silla del coro, muy bien tallada, es obra de Francisco de Moure, de Orense, 1624. El sitial del obispo lleva las armas de Alonso López de Gallo, que sufragó la obra. Esta catedral ostenta el privilegio de tener la Hostia consagrada, o sea, la deidad presente y encarnada, realmente allí y siempre expuesta, o manifestada. Este derecho inmemorial lo comparte únicamente con San Isidoro de León. En referencia a esta alta distinción, Galicia lleva la Hostia en su escudo y Lugo dos torres sostenidas sobre leones y la Hostia en una Custodia. Se dice que esto indica que Lugo, Lukoh, no fue jamás conquistada por los moros (lo cual no es cierto, dicho sea de paso, pues la conquistó Al-Mansur); y en las ciudades cristianas cautivas la Hostia está siempre escondida, o, mejor dicho, ensudariada, como signo de dolor. Según Molina, se dio en Lugo un caso de que una Hostia se transformase realmente una vez en carne en las manos de un cura escéptico, y fue conservada en el monasterio de Cebrero. En otras iglesias españolas, la Hostia se guarda en un tabernáculo, excepto en las grandes ciudades que tienen el privilegio de las cuarenta horas, o sea, su

exposición habitual en distintas iglesias durante este tiempo, y entonces los fieles que se arrodillen ante ella pueden obtener los mismos beneficios espirituales que si hicieran en realidad el peregrinaje a San Pedro del Vaticano. Este espectáculo se introdujo por primera vez en la supersticiosa Valencia en el año 1697, tras haber sido introducido en Roma en 1592 por el Papa Clemente VIII.

De esta forma, se volvió del revés la costumbre de la pura iglesia primitiva, que casi escondía los emblemas sacramentales a todos excepto a los iniciados. En Lugo, la Hostia encarnada se manifiesta siempre en un viril de cristal; un viril, obra de Juan de Arphe, fue presentado en 1636 por el obispo Castejón. La Hostia está siempre allí, rodeada de cirios encendidos, velas que ayuden a ver al creador de la luz. El altar mayor, encerrado en cristal, es moderno, cutre y teatral, sobre todo el óvalo pintado con esquinas de mármol blanco y alas doradas. El baldaquino está sostenido por pilares de mármol blanco y capiteles dorados; detrás, en una capilla moderna, circular, sobrecargada de ornamentos, se ve una imagen de la Virgen, la cual, rodeada de dorados y adornos, es el verdadero objeto de la adoración popular. Esta catedral, tan altamente privilegiada, se jacta también de poseer una María de los ojos grandes, la Juno, Bowpij, de los paganos, y la frase “ojos de buey” es un cumplido muy corriente en España para aludir a mujeres mortales. A quienes les ocurra tener un dolor de cabeza en Lugo lo mejor será que se curen visitando la tumba de Froila, la madre de san Froilán, en la catedral. Véase la España Sagrada, XXXIV, 175. El hermano del santo está enterrado en el lado del evangelio del altar mayor.

Fue en Lugo donde Moore se detuvo unos pocos días, el 6 de junio de 1809; se había retirado con el más innecesario apresuramiento desde Villafranca en cuarenta y ocho horas, durante las cuales el frío y el hambre les hicieron sufrir a él y a los suyos tremendamente, pero no hay descripción, dice lord Londonderry, que sea capaz de competir con la realidad. Toda la disciplina había desaparecido, excepto cuando el enemigo apareció ante ellos, pues entonces, como el águila hambrienta recobra de pronto su fuerza perdida al ver ante ella a su presa, nuestros soldados, despeados y hambrientos, recuperaron como por ensalmo el orden, la fuerza y la

bayoneta; cuando quiera y dondequiera que los franceses osaran avanzar, allí estaban nuestros hombres dispuestos a hacerles batirse en retirada; y ahora, Foy, que fue testigo presencial, tiene la caradura de afirmar (olvidando los antiguos ejemplos similares de Agincourt y Cressy): "on ne dira pas des anglais qu'ils étaient braves à telle rencontre, ils le sont étés toutes les fois qu'ils ont dormi, bu et mangé: leur courage, plus physique que moral, a besoin d'être soutenu par un traitemant substantiel. La gloire ne leur ferait pas oublier qu'ils ont faim, ou que leurs suliers sont usés" (I, 230).

Soult acudió contra Moore en Lugo, y ordenó un ataque parcial a las órdenes de Lallemand, que fue vencido en toda la línea, perdiendo a cuatrocientos de sus hombres, y aunque los ingleses le ofrecieron batalla los días 7 y 8, él rehusó, y, en consecuencia, como antes le había ocurrido junto al Tormes en Zubiri, perdió una buena oportunidad, porque, si hubiera aceptado batalla, tal era el agotamiento de nuestras tropas y su falta de munición, que, con su superioridad numérica, habría vencido. Pero es el caso que pensó que Moore era mucho más fuerte de lo que realmente era, y, así, como tan frecuentemente en otros lugares, la tendencia francesa a exagerar el número de sus soldados se volvió contra él, con verdadera justicia poética, viéndose engañados por sus propias mentiras. Bonaparte se dio cuenta, pero prefirió pasar por alto el error de su subordinado: en su parte número 28 afirmaba (Oev. V, 378) que Soult había capturado en Lugo a trescientos de nuestros heridos, más dieciocho cañones y setecientos prisioneros, añadiendo que los ingleses ya habían perdido dos mil quinientos caballos, o sea trescientos veinte más, exactamente, de los que Moore tenía al comienzo. La simple verdad es que Soult, con sus veinticuatro mil soldados, ni siquiera hostigó a la retaguardia inglesa, que estaba en retirada, el día 9, cuando todos se refugiaron en La Coruña. Cuatro cortos meses después, esta misma ciudad de Lugo contempló, el 29 de mayo de 1809, a este mismísimo Soult huyendo ante el Duque desde Oporto, pues sus tropas habían arrojado las armas y llegaban como lobos hambrientos, en un estado de primitiva desnudez.

Y fue entonces cuando él y Ney compitieron en el saqueo de la desdichada ciudad, que convirtieron en una verdadera plaza de armas, destruyendo con este objeto casi un tercio de ella, como se había hecho en Salamanca, y en la Alhambra, y en Valencia.

Muchas de las casas han sido reconstruidas desde entonces, lo cual da a la vieja Lugo un carácter nuevo, y más raro incluso que la hiedra es en España, donde es mucho lo que se destruye, pero poco lo que se repara.

Lugo está en el centro de muchas comunicaciones secundarias y malas; para las del sur, por Astorga, véase la ruta LXVII; primero, por consiguiente, a La Coruña.

RUTA LXXX

DE LUGO A LA CORUÑA Y EL FERROL

	Leguas	
Otero del Rey	1 1/2	
San Julián de la Roca	2	3 1/2
Guitiriz	2	5 1/2
Venta de la Castellana	2	7 1/2
Venta de Monte Salgueyro	2	9 1/2
Betanzos	3	12 1/2
El Burgo	1 1/2	14
A La Coruña	1 1/2	

Esta comarca abunda en excelentes cursos de agua para el pescador. Saliendo de Otero del Rey, está el Miño, con sus afluentes Tambre, Lama y Azumara; a continuación tenemos el soberbio río truchero llamado Ladra, que va a la izquierda y se cruza al llegar a Guitiriz, y luego, antes de llegar a la Venta de la Castellana; el Mandeo es también una bella corriente de agua, y fluye a lo largo del camino que conduce a Betanzos, que está situada entre él y el Cascas.

Betanzos, Brigantium Flavium, es una antigua ciudad de unos cinco mil habitantes, y buen lugar de pesca, pues muchos son los ríos que

desembocan en la ría, y, además, cuenta con una excelente posada. Betanzos está situada en una especie de península, y algunas de sus estrechas callejas o, mejor dicho, callejuelas, están todavía defendidas por antiguos pasos de granito. El camino que conduce a La Coruña es encantador, pues la fértil comarca está bien cultivada, y las vistas, que abarcan la montaña y el mar, son soberbias. Después de cruzar el Cascas llegamos enseguida a El Burgo, que se lanza sobre su ría y su río. Esta era la ruta que tomó Moore, cuyas tropas se perdieron aquí, sufriendo mucho por causa de la oscura noche invernal.

La Coruña, desde que la Audiencia y la Capitanía general fueron trasladadas allí desde Santiago, ha progresado mucho en toda clase de mejoras; su población es de veinticinco mil almas, y sigue aumentando. Las mejores posadas son El Comercio, Calle Real, cuyo coste es de dieciséis reales, equivalente, más o menos, a tres chelines y cuatro peniques por día, y el Café del Correo. A veces va y viene por allí en el verano un vapor local, haciendo el trayecto de Cádiz a San Sebastián. La Coruña, que nosotros en inglés llamamos Corunna, es el principal puerto de Galicia, y se levanta sobre un promontorio de las tres abras o rías, llamadas de Coruña, Betanzos y El Ferrol. El litoral, Las Marinas, está pintorescamente accidentado, y la férrea costa se alza, escarpada, enhiesta, de las aguas, como arengando al Atlántico: hasta aquí llegarás, y ni un paso más. La Coruña, antiguamente llamada por los ingleses la Groyne, está aproximadamente a mitad de camino entre los cabos Ortegal y Finisterre.

Fundada por los fenicios, fue conquistada por los

romanos, en el año de la fundación de Roma de 693, habiendo sido ya ocupada Galicia por Junio Bruto, que le puso de nombre Ardobicum Corunium; a pesar de todo, su nombre actual se deriva, según algunos, de la columna o torre, el faro fenicio, por lo cual sigue recibiendo el nombre de La Torre de Hércules. Fue esta reparada por orden de Trajano por un arquitecto llamado Cayo Servio Lupo, cosa que se conjetura por una inscripción muy estropeada que existe aún en una roca cercana. El edificio actual es cuadrado y se levanta hasta una altura de más de cien pies, con

muros de más de cuatro pies de grosor. Los españoles lo dejaron derrumbarse, pero, cediendo a repetidos ruegos de los cónsules inglés y holandés, de que se restaurara y convirtiera en un faro propiamente dicho, el rey Carlos III acabó por ordenar la obra, aunque solamente cuando El Ferrol creció suficientemente en importancia. Los coruñeses afirman que fue Hércules quien construyó este faro sobre los huesos de los geriones, lo cual indigna justificadamente a gaditanos y gerundenses. Los gallegos, ahora, como antes, son grandes reivindicadores de huesos de personajes que jamás visitaron siquiera su provincia, ni muertos ni vivos, pues Gerión no es más que una especie de Santiago; a pesar de todo, La Coruña muestra osadamente en sus blasones "una torre construida sobre rocas, una lámpara, dos huesos cruzados y un botecillo encima coronado por una orla de ocho veneras en honor de Santiago": consúltese Averiguaciones, José Cornide, publicado en cuarto en Madrid en 1792, con láminas.

En el siglo XII, La Coruña se llamaba La Villa de Coruña; cor o car son prefijos ibéricos muy corrientes, relacionados con el concepto de altura: corona. En 1563 La Coruña fue elevada a sede de la Audiencia, la cual, en 1820, fue trasladada a El Ferrol, y durante el Sistema, o sea, la Constitución de 1820, a Santiago, lo cual fue causa de infinitas rencillas y odios entre las ciudades, y no digamos de La Coruña, con su mercantil horror y envidia de Vigo y Santander, dos puertos rivales situados, respectivamente, al sur y al norte. La jurisdicción de la Audiencia se extiende a 1.472.000 personas: y en 1844 fueron investigadas tres mil novecientas tres personas, lo cual equivale más o menos a una por cada trescientas setenta y siete.

La Coruña, como Trujillo, tiene un alta o barrio alto, y un baja o barrio bajo; el primero es el que contiene los principales edificios oficiales y eclesiásticos. La Coruña tiene dos iglesias antiguas. La de Santiago se comenzó a construir en el siglo XII: obsérvense la torre y la obra arqueada como de corona que hay en la parte superior, la cabeza de buey de la puerta sur, el ábside del interior, y el púlpito, con grupos tallados de hombres y mujeres del plinto. La vieja fuente bautismal está en un edificio circular lateral, que ha sido recientemente pintado de una manera sumamente ridícula. La otra iglesia es La Santa María o La Colegiata, con un pórtico al estilo

normando; la torre fue rematada con una estructura piramidal, como la catedral de León, y el interior es oscuro. El altar mayor está en un ábside.

La ciudad nueva, que fue en otros tiempos La Pescadería, o sea, un simple cobijo de pescadores, ha eclipsado ahora a su antigua rival. Está bien construida, y principalmente en granito; la Calle Real es una calle ancha, bien pavimentada y de buen aspecto; lo mismo cabe decir de la de Espoz y Mina. Estas hileras de miradores con ventanas de cristal mate son los gabinetes preferidos de las mujeres, que se pasan las horas haciendo sus labores en ellos, spectant et spectantur. Al atardecer salen a dar un paseo, a tomar el fresco, por La Marina, que es un paseo encantador. La ciudad está bien abastecida de todo, del producto de la tierra tanto como del mar, y todo muy barato. Aquí mantequilla, aquí fresas, aquí patatas, y todo en abundancia, cosas que son raros lujos en la España central; los espárragos son excelentes, y los jamones y los dulces, famosos; el carbón llega de Gijón. Los baños de mar son aquí óptimos y el invierno es casi desconocido. Los indígenas son alegres, de tez clara, y las mujeres de buena clase llevan mantilla; las de clase inferior se anudan pañolones a la cabeza, con el cabello recogido en largas trenzas; su andar y su meneo son notables; los hombres visten de paño pardo y se tocan con singulares monteras, rematadas por un penacho rojo y una pluma de pavo real. Igual era la mitra de los iberos. En la ciudad baja hay un teatro grande, y están la aduana y la sede del comercio, y también se dispone de una buena sala de lectura o club. El convento de San Agustín ha sido suprimido, pero la bella y clásicamente moderna iglesia sirve de parroquia, mientras el resto del edificio se ha convertido en oficinas municipales. Aquí no hay bella arte; algunos pasos de San Nicolás, la Virgen y San Ignacio se exhiben en las fiestas para diversión, edificación y adoración del populacho.

La Coruña, excepto para los militares, tiene poca cosa que ver. La entrada, o boca del puerto, está defendida por el castillo de San Antón, y la entrada por tierra por la cortadura. Hacia la ciudad vieja va una línea de fortificaciones que ahora está a punto de ser transformada en explanada. Entretanto, falta aquí todo cuanto es necesario para la defensa, y con una tripulación de pescaderos como los que hay en nuestra lonja de Billingsgate, bastaría para tomar la

ciudad. En tiempo de guerra, La Coruña solía ser un nido de corsarios, que hostigaban a los británicos del canal de la Mancha, pero eso ahora se acabará gracias a los barcos de vapor. En la costa abundan el arenque y la sardina, y de ella viven muchos pescadores. Aunque la entrada por mar no es muy buena, el puerto es seguro y profundo.

La Coruña es fácilmente accesible desde Inglaterra, por vapor hasta Vigo, y se habla ahora de que también atraque aquí un vapor. Los alrededores están casi desiertos de pescadores con caña. Y en la periferia, o sea, Betanzos, Vaamonde, Villalba, Mondoñedo, los Valles de Oro y Vivero, hasta Puentes de García Rodríguez, se encuentran magníficos arroyos trucheros, de los cuales los mejores son el Allones, Eume, Ladra, Miño, Lamia, Azumara, Parga, Turia, Eo, Masma, y Jubia. El mapa de Tomás López, en España Sagrada (vol. XVIII), es de gran utilidad para los lugares que se encuentren entre Lugo, La Coruña y Mondoñedo.

Subiendo a los altos y oteando desde allí la tranquila bahía, gloriosos y tristes recuerdos se agolpan en la memoria del marino y el soldado inglés. Fue aquí donde, en mayo de 1588, se reequipó en cuatro semanas la Armada Invencible española, que zarpó en junio de este puerto, después de su frustrada salida de Lisboa, rumbo a una derrota que fue fácil e inmediata.

El escuadrón naval constaba de ciento treinta barcos, cuyo tonelaje ascendía a cincuenta y siete mil ochocientas sesenta y ocho toneladas, y sus cañones sumaban dos mil seiscientas treinta piezas. La tripulaban diecinueve mil doscientos setenta y cinco marineros, y transportaban a ocho mil cuatrocientos cincuenta soldados. Se les inculcó seguridad absoluta en la victoria, y se les hizo creer que esclavizarían a los ingleses como si estos no fueran otra cosa que indios salvajes de Sudamérica. Esta armada, que se tardó cuatro años en aprestar, fue liquidada en nueve días, auténtica maravilla de un instante. “A la altura de Galicia –escribe un español– todos nuestros castillos de solaz estaban hechos de aire, o mejor dicho, sobre las olas del mar”. Drake, con cincuenta barquitos, atacó a ciento cincuenta de los gigantes flotantes de la armada española, desbaratándoles exactamente como haría más tarde Nelson en San Vicente. “En todas esas peleas –sigue escribiendo el citado español–

Cristo fue el único que mostró ser luterano". El almirante español, duque de Medina Sidonia, pasó el combate "refugiado en lo más hondo de su barco". Había sido elegido, a la muerte del marqués de Santa Cruz, única y exclusivamente por su alto rango; cosas de España. Y, para rematar esta curiosa expedición, el duque de Parma, que iba a cooperar aportando en Dunquerque treinta y cinco mil hombres, estuvo horas de combate justo cuando más falta hacía su presencia; socorros de España.

Vencido y destruido así, el español, espantado por los brulotes, decidió huir: venit, vidit, fugit, y sin atreverse a pasar de nuevo por el canal de la Mancha, sino dando la vuelta por Escocia; lo malo fue que, cuando llegó a la altura de las islas Orcadas y la costa irlandesa, los mutilados fugitivos cayeron en poder de las tormentas, en las que perecieron otros treinta y dos barcos y diez mil ciento ochenta y cinco hombres. La armada, como suele ocurrir con las expediciones españolas, estaba tan mal aprovisionada que cada día morían de hambre cuatro o cinco hombres a bordo de los barcos, incluso en la nave capitana. Pero sabido es que los bravos españoles, dignos ciertamente de mejor destino, han estado siempre expuestos a este tipo de jefes y gobernantes incompetentes; y nadie ha puesto jamás en duda el valor con que los marinos españoles pelearon en este caso concreto. Medina Sidonia llegó a Santander hacia fines de septiembre, "con solamente sesenta barcos de la armada entera, y aun estos muy estropeados". La derrota de la armada penetró muy hondo en la mente de la nación, siempre más perspicaz que sus desgobernantes, y entonces cundió por la flota el rumor general de que si alguna vez se reponían no sería para volver a enfrentarse con los ingleses. Y esta actitud se expresó en un proverbio: con todo el mundo guerra, y paz con Inglaterra; y así se hizo, convirtiéndose esas palabras en una máxima de Estado, hasta que llegaron los Borbones y la sucesión francesa; y luego, los pactos de familia y las alianzas con Bonaparte, lo cual llevó a España a contactos hostiles con su natural y mejor aliada y fue causa de la pérdida de sus flotas y sus colonias. Recomiendo al lector que consulte dos curiosos librillos, de cuyo texto acabamos de citar aquí algún párrafo; a saber: A True Discourse of the Army which the King of Spain, etcétera, traducido del francés por Daniel Archdeacon y publicado en Londres por John Wolfe en 1588; y también: The Copie of a Letter, etcétera, de Bernardino de

Mendoza, publicado en Londres por J. Vantroller para Richard Field en septiembre de 1588. Toda esa charleta de que fueron los elementos los causantes de la destrucción de la armada se inventó para suavizar los resquemores del herido orgullo de Felipe II, y la misma explicación fue urdida por Bonaparte a propósito de Trafalgar, porque lo cierto es que todo ello fue obra de los marineritos ingleses, cuya raza todavía no se ha extinguido. A ellos les dan igual los vientos tormentosos, y su único cuidado entonces es luchar mejor, emulando la guerra de los elementos, mientras el extranjero de alfeñique se arrodilla para encomendarse a san Telmo o a Notre Dame de la Garde, tirándose de los pelos ante la conjunción de batalla y brisa.

Y ahora, que nuestro lector soldado vuelva los ojos hacia el interior, oteando La Coruña, cuyo mismo nombre bastará para recordarle la batalla, el triunfo, y la muerte de su vencedor. Este duro encuentro tuvo lugar el 16 de enero de 1809, en los altos de Elviña, detrás de la ciudad. Moore llegó allí el día 11 y no encontró barcos, pues estos, por consejo de otros, habían recibido orden de dirigirse a Vigo, de modo que ahora no podían dar la vuelta al cabo Finisterre, y no llegaron, por tanto, hasta el día 14; solamente entonces se embarcó la artillería pesada, de manera que los franceses tenían una gran ventaja.

Apretada, por cierto, fue la fuga de Soult, porque, de haber tenido Moore más firmeza de ánimo, esa flota de naves de transporte hubiera podido traer fácilmente nuevas tropas de Portugal; no, más aún: hubiera debido hacerlo, pues la noticia de la verdadera situación de apuro en que se encontraban los franceses y de su escasez de efectivos ya hacía tiempo que había llegado a Oporto, aunque por vías que, desgraciadamente, no merecieron crédito a la habitual arrogancia oficial. Y así fue como sir John Craddock perdió una magnífica, pero brevísima, oportunidad de convertirse en un auténtico Wellington, porque, si llega a presentarse allí a tiempo con sus brigadas, habría aniquilado a Soult. Esta fue una de las posibilidades que su sagaz jefe previó cuando fingió estar obligado a regresar cuanto antes de Astorga. La situación de Moore era mala, pero no por culpa suya ni mucho menos, pues con solo trece mil doscientos cuarenta y cuatro hombres no le hubiera sido posible defender la línea, más fuerte, pero también más larga, de las alturas

exteriores contra la superioridad numérica de los franceses. Y su artillería ya estaba embarcada; por consiguiente, se vio forzado a ocupar la línea más cercana a la ciudad. Hacia las dos de la tarde, los franceses, en número de más de veinte mil, atacaron brillantemente y con gran superioridad artillera y de caballería, pero fueron rechazados con gran contundencia y en toda la línea; los regimientos número cuatro, cuarenta y dos y cincuenta, mandados por Baird, pusieron en fuga en Elviña a una columna francesa entera dirigida por el general Foy, cuya defensa fue "débil" en extremo (Nap., IV, 5). Entretanto, como ocurrió en Vitoria, estaban teniendo lugar diversas batallas en otros lugares de la zona, y en todas ellas era el enemigo quien salía simultáneamente derrotado. La Houssaye, el saqueador de El Escorial, de Cuenca y de Toledo, volvió después la espalda y echó a correr con sus dragones, mientras Paget machacaba al enemigo, amenazando todo su flanco izquierdo; y entonces, si Frazer hubiera avanzado, Soult no habría tenido más remedio que darse a la fuga también. Las pérdidas inglesas ascendieron a setecientos hombres, mientras las de los franceses pasaban de tres mil, pues su columna fue acribillada por nuestras firmes líneas en Elviña y, afortunadamente, antes de la batalla, nuestros hombres habían sido aprovisionados con mosquetes y munición en abundancia. Moore, como Wolfe, Abercrombie y Nelson, vivió lo bastante para conocer la derrota final del enemigo, y, como estos, pudo morir tranquilo, habiendo "cumplido con su deber". Sus últimas palabras, y recordemos que las palabras de los moribundos merecen atención, como profundas armonías, se anticiparon a sus calumniadores póstumos: "Espero que el pueblo de Inglaterra quede satisfecho, espero que mi país me haga justicia". El parte del general Hope es una de las composiciones más sencillas, viriles, conmovedoras y bellas que ha escrito mano de soldado, y, tanto por su gusto como por su veracidad, es la antítesis misma del parte de Bonaparte: "Les anglais, (Oeuvres, V, 383) furent abordés franchement par la première brigade, qui les culbuta, et les délogea du village d'Elvina. L'ennemi, culbuté de ses positions, se retira dans les jardins qui sont autour de la Corogne. La nuit devenant très-obscure, on fut obligé de suspendre l'attaque: l'ennemi en a profité pour s'embarquer en toute hâte; nous n'avons eu d'engagés pendant le combat qu'environ 6.000. Notre perte s'élève à cent hommes (mejor dicho: tres mil): l'opinión des habitants du pays, et des déserteurs, est que le nombre

des blessés (ingleses) excède 2.500; des 38.000 hommes que les anglais avaient débarqué on peut assurer qu'à peine 24.000 retourneront en Angleterre. Les régiments Anglais portant les números 42, 50, 52, ont été entièrement détruits. L'armée Anglaise avait débarqué plus de 80 pièces de canon, elle n'en a pas rembarqué que 12; le reste à été pris, ou perdu; et de compte fait, nous nous trouvons en possession de 60 pièces de canon anglais". "¡Santo cielo!, cuánto le gusta mentir a la gente!", como dice el relativamente veraz Falstaff.

La verdad es que el embarque tuvo lugar en perfecto orden y sin la menor molestia por parte del derrotado enemigo; y con solo que el ejército inglés se hubiese vuelto contra Soult, este habría escapado por sus propios pies, y bien que lo sabía él.

Los coruñeses se distinguieron tanto antes como después de la batalla. Su primera acción consistió en detener a Baird con sus seis mil ingleses a bordo de sus barcos de transporte desde el 13 hasta el 31 de octubre, a pesar de que habían llegado con objeto de ayudarles contra los invasores, y rehusándoles incluso permiso para desembarcar sin previa orden de Madrid; y luego no les dieron, ni ofrecieron siquiera, la menor ayuda; así es como los moros bereberes solían tratar a sus aliados extranjeros. Cuando Moore llegó, los oficiales españoles que guardaban los polvorines, aprestados allí por los ingleses para uso de los patriotas españoles, declararon que estaban vacíos; y si se descubrió la verdad fue por pura casualidad, cuando se hizo explotar tres mil barriles encontrados en ellos, escamoteándoselos así al enemigo.

Mientras los ingleses siguieron en La Coruña, la ciudad permaneció segura, pero en cuanto se fueron de ella por mar, el jefe militar, don Álvaro Acedo, se apresuró, el día 19, a rendirse a Soult, quien de no ser por esto, careciendo de pertrechos de sitio, se habría visto imposibilitado de capturar la plaza y la ciudadela. Soult, provisto de tal manera de cañones españoles, los volvió contra El Ferrol el día 22. Este importante arsenal estaba guarnecido por ocho mil hombres, pero el gobernador, Francisco Melgarejo, y su colega Pedro Obregón se rindieron también el mismo día 26, de manera que Soult se vio en posesión de los pertrechos que habían sido enviados por Inglaterra a esos patriotas, y, además, de ocho barcos

de línea españoles. De ese modo, Soult pudo conquistar Galicia e invadir Portugal. Para rematar su infamia, Acedo y Obregón se hicieron afrancesados y el segundo fue hecho ulteriormente comandante francés de El Ferrol.

Pero pasemos a hablar de mejor gente; y subiendo al lado más extremo de la ciudad alta, visitemos el Campo de San Carlos y la tumba de Moore, por quien lloraron dos huestes: sus amigos y sus enemigos. Su réquiem ha sido cantado por Charles Wolfe, cuyo poema compite con la elegía de Gray; ¿y qué mejor sitio para repetirlo que el "cementerio" de su protagonista?

No se oyó un redoble, no se oyó una nota funeral,

mientras llevábamos su cadáver a la muralla;

ni un solo soldado descargó su disparo de despedida

sobre la tumba donde enterramos a su héroe.

Lo enterramos obscuramente, en plena noche,

removiendo la tierra con nuestras bayonetas,

a los temblorosos rayos lunares de neblinosa luz

bajo la agradable luz de las linternas.

No protegía su pecho ningún inútil ataúd,

ni sábana o sudario le envolvían,

pero yació allí cual guerrero que reposa,

envuelto en su capa de mármol.

Pocas y breves fueron las plegarias que dijimos,
y no pronunciamos una sola palabra de luto;
pero fijamos nuestra firme mirada en aquel rostro muerto,
pensando amargamente en el mañana.

Pensamos, mientras excavábamos su angosta yacija,
alisando su solitaria almohada,
que enemigos y extraños pisarían su cabeza
mientras nosotros bogábamos lejos, entre las olas.

Livianamente hablarán de este espíritu ido
y le censurarán sobre sus frías cenizas:
pero igual dará, mientras no turben su sueño,
en la tumba donde un británico le ha dejado.

Más de la mitad de nuestra ardua tarea estaba acabada,
cuando el reloj anunció la hora de la partida,
y oímos el lejano e impensado cañonazo
que el enemigo nos disparaba hoscamente.

Lenta, tristemente, lo depositamos en la tumba,
desde el campo de su fresca, ensangrentada fama;

más no inscribimos una línea, no levantamos una piedra,

dejándole solas con su gloria.

Moore fue enterrado por un grupo de soldados del noveno regimiento en los bastiones, pero más tarde el marqués de la Romana hizo trasladar sus restos a su actual lugar de descanso, donde se le ha erigido un monumento a expensas del gobierno británico; todo esto no tardó en ser olvidado por los coruñeses, que lo convirtieron en un templo a Cloacina Gallega. En 1824 el monumento fue restaurado y enverjado por el cónsul británico, señor Bartlett, también por orden y a expensas del gobierno británico, de lo que da testimonio una lápida que se encuentra en el recinto: sin embargo, el lugar volvió a ser ensuciado por los coruñeses, y así siguió hasta 1839, cuando el general Mazaredo, que había vivido mucho tiempo en Portugal, realizó una colecta entre los ingleses para limpiar y reparar la tumba, haciendo del terreno una alameda, aunque encontró grandes dificultades en persuadir al Xefe-político a dar su consentimiento; menos mal que ahora hay un centinela siempre allí y que la zona se ha convertido en elegante paseo: léase la inscripción de Mazaredo en el pabellón de verano. Napier (IV, 5), en su defensa a ultranza de Soult, dice que “él, con noble sentimiento de respeto al valor de Moore, levantó un monumento funeral a su memoria”; de modo que veamos ahora lo que dicen de esto los franceses: “Habiendo sido informado el mariscal del lugar donde había caído el general Moore, dio orden de que se hiciese una inscripción en la roca contigua en memoria del luctuoso suceso y de la victoria ganada por el ejército francés” (Le Noble, 45). En justicia a su excelencia en Dalmacia, Soult, que sabía perfectamente hasta qué punto había sido derrotado, digamos aquí que no habló para nada de esa supuesta victoria en su inscripción, limitándose a las siguientes palabras latinas: “Hic cecidit Joannes Moore, dux exercitus, in pugna, Jan, xvi, 1809, contra Gallos a duce Dalmatiae ductos” (Mald. II, 101).

No es posible calcular durante cuánto tiempo permanecerá aún este sepulcro de Moore. Ya conocemos el caso de los “dos amigos”, dos viajantes de comercio afrancesados de Madrid, en cuyo reciente libro sobre su viaje se expresa el deseo de sus autores de borrar la

inscripción porque ofende un tanto la delicadeza española; una delicadeza que es capaz de convertir en estercolero un sepulcro construido y sufragado por otros en honor de un valiente aliado que murió luchando por la independencia de España.

A El Ferrol se debería ir, sin duda, desde La Coruña. La ruta por tierra es de unas nueve leguas y media, y desde Betanzos costea la ensenada de Sada por un mal camino, pero con bellas vistas de tierra y mar. Luego se cruza el río Eume y después el Jubia, por Neda. El Ferrol se encuentra enfrente, a la derecha, algo más arriba a la izquierda. En Jubia hay una importante fundición de cobre creada por Eugenio Izquierdo. Es mejor, sin embargo, cruzar desde La Coruña, desde donde dista cuatro leguas al nordeste, o sea, yendo por barco de vapor (cuando lo hay), y es cosa de dos horas. Esta ruta era antes muy molesta de hacer en barco de vela, debido al oleaje contra esta costa forrada de hierro, sobre todo en las cercanías de la roca llamada la Peña de la Marola, de donde el proverbio local: Quien pasa la Marola, pasa la mar toda. Al entrar en el canal, bordeado, a la derecha por Monte Faro y a la izquierda por el cabo Prioriño, es muy impresionante la maravillosa situación del puerto excavado allí por la madre naturaleza, cuya angosta entrada el arte humana ha sabido defender con los castillos de San Felipe y Palma. El nombre de El Ferrol se deriva de un antiguo farol o luz; en su origen esta ciudad era una pequeña villa pesquera, innecesaria para actividades marinas e incluso como arsenal, pues los españoles, aunque eran dueños de Italia y de los Países Bajos, traían su artillería de Milán y sus flotas hechas como si dijéramos a medida y bien aparejadas, de Holanda. El cáñamo se compraba en Rusia, aunque en Granada tenían el mejor del mundo; el cobre les llegaba de Suecia y de Alemania, aunque a ellos les abundaba en Río Tinto; el plomo de Inglaterra, y no de Berja, que estaba en su tierra, y la lona para las velas de Francia (Bourgoin, II, 24).

Los Borbones españoles, si se veían privados de estos recursos extranjeros, se esforzaban por sustituirlos con ayuda de la industria nacional. Carlos III, que nunca perdonó a los ingleses por haber entrado con sus barcos en Nápoles, y que, a este rencor, añadía todo el odio y el miedo de los que era capaz su familia, eligió este lugar, por el que la naturaleza tanto había hecho, para crear en él lo que en esa época llegó a ser el arsenal naval mejor del mundo; estaba

destinado al uso exclusivo de la marina real; véanse a este propósito los detalles en Miñano, IV, supl. 276, con un buen mapa del coronel Ángel del Arenal. El lado de tierra fue fortificado entre 1769 y 1774 con una muralla sobre la que se podían emplazar doscientos cañones, y sobre la que actualmente no hay ninguno. La ciudad nueva se construyó después entre la vieja y el esteiro aforestado; la una es irregular, y la otra un paralelogramo de siete calles a lo ancho y nueve a lo largo, que se cruzan en ángulos rectos; tiene dos plazas cuadradas, cuyos nombres son la de Dolores y la del Carmen. En esta última, el general Abadía levantó en 1812 una fuente en honor de un tal Cosme Churruca, muerto en Trafalgar. La agradable alameda pública se extiende entre la ciudad nueva y el astillero, que es gigantesco. Aquí está la parroquia de San Julián, reconstruida en 1772. Entramos en el astillero o dársena por la Puerta del Parque; a la derecha se encuentra la sala de armas, de estilo dórico. El astillero se divide en uno menor, hacia afuera, y otro mayor, hacia adentro, de modo que la totalidad del espacio que ambos ocupan es de ciento quince mil yardas cuadradas. Detrás del dique interior están las viviendas de los obreros y los artesanos, y en el ángulo norte las fundiciones, almacenes y cordelerías, actualmente llenos de absolutamente nada; pero toda la instalación, por la grandiosidad de su concepción, el estilo de su ejecución y lo bien rematada que está la mampostería, bien merece el calificativo de verdadera obra de romanos. Pasando por la Puerta del Dique, a la derecha, se encuentran el Esteiro, el hospital, los arsenales Carranza y Carracón, para madera, el presidio de los penados, y las gradas de construcción. Todo aquí está hecho a escala colosal, pero al gigante de pies de barro le falta ahora vitalidad. Don Ángel habla triunfalmente del relativo menor tamaño de Plymouth y Portsmouth; lo malo es que fue de esos muellecillos ingleses de donde salieron los míseros barquitos con los que Nelson se quitó de encima con tal rapidez, y a la manera de Drake, a sus “viejos conocidos”, los gigantes flotantes de tres cubiertas que salían de El Ferrol.

Las autoridades se muestran recelosas cuando se trata de admitir a extraños a ver sus mendicantemente vacías instalaciones. Como el señor Pitt las visitó en 1776, piensan que todos los ingleses que pasan por aquí con la boca abierta son su doble y a lo que vienen es a sacar planes con los que conquistar toda esta atarazana, que es el

terror de la armada inglesa. El Ferrol, por echado a perder que esté, conserva aún lo que la naturaleza le ha dado, es decir, una bahía bien cercada de tierra; y, además, Gijón aporta carbón, los bosques de Asturias madera y Sargadelos hierro para cañones y munición. El agua, sobre todo la de La Grana, es deliciosa, mientras en la dársena está libre de la teredo navalis, o sea,

la carcoma; pero, ¿cómo sería posible curar el desgobierno español, podrido hasta la médula? El Ferrol, como La Carraca y Cartagena, es un triste ejemplo de España misma; la población ha bajado a unas trece mil almas, es paupérrima y está sin trabajo; ahora precisamente se habla mucho de elevar de nuevo la marina española a su esplendor de otros tiempos; mientras en la inmensa bahía no se ve casi una sola vela, las dársenas y los almacenes están vacíos, y apenas se aprecian uno o dos cascos podridos flotando como carroñas, cuyos marineros, pertrechos y vida se han desvanecido. Reinan aquí el silencio y el abandono y la decadencia del cementerio, no el movimiento y el vigor del astillero, donde en 1760 trabajaban cincuenta mil hombres, y donde en 1752 flotaban cincuenta y cinco naves de guerra. Francia, que indujo a España a crear a la fuerza una armada que costó millones, ha dejado a su víctima en la ruina en cabo San Vicente, desertando de ella en Gibraltar (como en Vigo) en su momento más crítico.

En 1793 las fuerzas navales españolas se componían de doscientas cuatro naves de guerra, setenta y seis de las cuales eran buques de línea y, de estos, cincuenta y seis estaban en perfecto estado; de ellos actualmente no quedan más que tres, y dos de ellos, El Héroe y El Guerrero, están hechos una verdadera ruina. Pero España (excepto Cataluña, que no es propiamente España) nunca fue realmente un país marinero, pues la estrechez del barco, igual que la de la guarnición o el fuerte, hiere los sentimientos nómadas del español, como dice el Duque (parte de guerra del 3 de mayo de 1812).

El Ferrol fue amenazado el 25 de agosto de 1802 por el almirante Walker y el general Pulteney. Esta ridícula expedición, que había sido enviada sin ningún objeto concreto, falló, como la de Amberes, debido a la indecisión conjunta de sus jefes. Si estos se hubieran

lanzado mar adelante con audacia, hasta llegar a El Ferrol, los gallegos se habrían mostrado impacientes por rendirse, pues, como de costumbre, se veían completamente carentes de medios de defensa, ya fuese por tierra o por mar. Pero “el oleaje era alto”, como cuando el fracaso de Tarragona, y el barómetro mostraba tendencias inquietantes; de modo que, con el bajón del mercurio, bajó también la resolución de los jefes, y la flota se fue re infectâ. Ahora resulta que todos los ferrolanos son héroes, y los fracasos ajenos les son imputados a ellos como si méritos fueran; la “bizarría de un puñado de españoles desconcertó a doce mil o quince mil ingleses”, dice Páez (I, 302). El Ferrol no habría podido, ni quiso, resistir a los marinos ingleses cual si de soldados franceses se hubiese tratado. Cuando Ney (22 de julio de 1809) lo evacuó después de la derrota de Soult en Oporto, destruyó los almacenes y desactivó las defensas. El capitan Hotham desembarcó el día 26 con un puñado de marineros y obligó a la guarnición española, como aliados que eran de los franceses, a rendirse.

Los que vayan de La Coruña a Avilés y Oviedo pueden elegir entre dos rutas; una de ellas, la más corta, va de El Ferrol a Mondoñedo.

RUTA LXXXI

DE EL FERROL A MONDOÑEDO

	Leguas	
Jubia	1	
Espinaredo	4	5
Lousada	3	8
Mondoñedo	5	13

Después de Jubia, donde hay una fundición de cobre, se cruza el río del mismo nombre y luego, pasado Espinaredo, también se cruza el Eume en el Puente de García Rodríguez: una dehesa o gándara que es realmente silvestre y triste conduce a la cantera del río Ladra, el cual se cruza antes de llegar a Lousada; a partir de ahí, la comarca se vuelve más accidentada. Esta es la ruta más corta; pero es intrincada, y el alojamiento, a lo largo de ella, malo; sin embargo, es lugar óptimo para el pescador de caña.

La otra ruta hace un circuito por Betanzos, desde donde, después de cruzar el Mandeo, que va siempre a la izquierda, llegamos a Labrada, situada a cuatro leguas de distancia; desde allí, por un camino realmente espantoso, parte páramo y parte pantano, y cruzando afluentes del Ladra, se llega al dulce arroyo truchero que lleva ese nombre, y una vez allí, al cruzarlo, aparece Villalba, situada a unas tres leguas de distancia. Aquí hay una posada decente, que podría muy bien convertirse en el centro de las actividades de un pescador de caña. El aficionado a las antigüedades observará una curiosa torre antigua encajada en las murallas. Al día siguiente se atraviesa una cuesta que divide las cuencas del Ladra de las del Tamboga y el Lama, afluentes ambos del Miño, y todo esto parece hecho a la medida de Isaac Walton.

Nota Bene: váyase acompañado de un guía local.

DE LA CORUÑA A SANTIAGO

La esquina que forman La Coruña, Vigo y Orense tiene interés para el lector de Froissart, pues fue el escenario de la expedición de 1386, cuando Juan de Gante, “el famoso Lancaster, consagrado por el tiempo”, desembarcó allí en busca de la corona de Castilla, a la que su mujer tenía derecho por ser hija de don Pedro. Juan pasó tres días recorriendo las nueve leguas y media que lo separaban de Santiago, pues la dureza del caminar en España continúa igual a lo largo de los siglos, y esta comarca le pareció a él, en su tiempo, tan dura como se lo pareció a Moore en el nuestro. Oh dura tellus Iberiae!, clamaban los antiguos, y en ella la dura y áspera marcha sigue dominando clima y terreno, y también a sus habitantes, y tan pocas cosas son delicadas, tiernas o suaves. Muy bien, por tanto, hizo Froissart en describirte, ¡oh, tierra de Iberia!, como “pas douce terre, ni aimable à chevaucher ni à travailler”. La ciudad de Santiago se rindió entonces inmediatamente a los ingleses, exactamente igual que se ha rendido en nuestro tiempo a los franceses. Juan de Gante habitó esa tierra durante la guerrilla que hicieron sus soldados, mientras él, ingloriosamente, pasaba el tiempo disfrutando con su Corte y sus damas como un sardanápalo.

Perdió más de la mitad de sus cinco mil hombres sin disparar una sola flecha, pues perecieron por enfermedades y privación en la hambrienta España, donde la intendencia es siempre la principal dificultad, incluso en tiempo de paz. Juan, empero, consiguió parte de su empeño, casando a una de sus hijas, Philippa, con el rey de Portugal, y a la otra, Constanza, con el hijo mayor y príncipe heredero de Juan de Castilla. Tales fueron, a pesar de todo, el miedo y el recelo que inspiró a los españoles, que estos, después, rehusaron permiso para visitar Santiago de Compostela incluso a los peregrinos ingleses (Mariana, XVIII, 12). Don Pedro había cedido parte de estas provincias del noroeste de la Península al Príncipe Negro, y cuando los franceses facilitaron a Enrique II la tarea de asesinar a su hermano, estipularon que ningún inglés, fuera quien fuese, podría entrar en España sin permiso expreso del rey de Francia. Desde entonces, la Península Ibérica ha sido manzana de la discordia y campo de batalla de los dos grandes rivales por la supremacía europea.

RUTA LXXXII

DE LA CORUÑA A SANTIAGO

	Leguas	
Palabea	1	
Carral	2	3
Leira	2	5
Sigueiro	3	8
Santiago	1 1/2	9 1/2

La diligencia, aunque mala y cara (la menos mala es la de José Pou), es el mejor modo de recorrer esta interesante ruta, que puede hacerse entre seis y siete horas. Al cabo de una legua de ver tierra razonablemente cultivada, hay que ascender una larga cuesta, y a continuación aparece ante nosotros una tierra como un terrible páramo, que sigue hasta Santiago y que, como Madrid, no tiene ni jardines ni vallas que anuncien la cercanía de una capital que,

además, es meta santa de peregrinación.

Los que sigan desde Lugo hasta las Asturias podrán, o bien llegar a Santiago por La Coruña, o bien cabalgar directamente tierra adentro. Hay dos rutas, ambas igual de malas; sin embargo, la pesca es excelente en el Ulla, bajo Mellid.

RUTA LXXXIII

DE LUGO A SANTIAGO

	Leguas	
San Miguel de Bocorrín	2	
Puente Ferreira	2	4
Mellid	3	7
Arzúa	2	9
San Miguel de Salceda	2	11
Omenal	2	13
Santiago	2	15

La otra ruta, que es igual de mala que esta, es mejor, sin embargo, para el pescador de caña. La distancia es también la misma, más o menos; no hay modo de saber cuántas leguas se recorren, aunque hemos hecho el camino dos veces, pero se hace muy largo.

RUTA LXXXIV

DE LUGO A SANTIAGO POR SOBRADO

	Leguas	
Santa Eulalia	2 1/2	
Carvajal	2 1/2	5
Sobrado	2	7
Buey Muerto	2	9
San Gregorio	2	11
San Marcos	3 1/2	14 1/2
Santiago	1/2	15

Después de cruzar el Miño por un noble puente, hay que ascender alturas cubiertas de castaños y volverse para otear la grandiosa

vista que ofrece Lugo, con su catedral y sus largas líneas de murallas amenizadas por torres. Y desde aquí, por entre pantanos, páramos, ríos y abominables caminos, seguir hasta Sobrado, que está situado junto al arroyo truchero de Tambre. La aldea se arracima en torno al convento de San Bernardo, que en otros tiempos era dueño de todo este panorama. Esta noble finca está cercada por murallas atalayadas de torres, y todo ello contrasta con la ínfima aldea, pero es que los gordos e imponentes monjes han desaparecido de allí. El edificio fue saqueado por los franceses, pero reparado en 1832. La fachada principal es dórica. El gran patio está sin terminar. El sobrecargado frontispicio de la capilla, con columnitas acanaladas y pilastras ornadas con rombos, es imitación del de la catedral de Lugo y partícipe del mal gusto que reinaba en 1676. Bajo el oscuro coro hay algunas bellas tumbas de guerreros yacentes envueltos en cota de malla entretejida, pertenecientes todos a la familia de Ulloa, 1465. El patio y los establos son espaciosos. Este convento fue fundado en el año 950, y en otros tiempos fue para religiosos de ambos sexos, situación esta que era "tan apropiada como los labios de una monja para la boca de un monje". Desde aquí hay nueve horas de trayecto a caballo por una tierra desolada hasta llegar a Santiago; el camino es, empero, mejor, pues ha sido suavizado para el uso de la santa fraternidad. A mitad de camino hay páramos muy silvestres que nos llevan hasta San Gregorio, una ermita que, con su bosquecillo de abetos atrofiados por la inclemencia de las tormentas, resulta visible desde lejos. Aquí la caza es excelente. A continuación llegamos a San Marcos, descrito de esta manera por el viejo peregrino al que cita Purchas: "Sobre una colina se encuentra un gran seto desde donde veréis primero a Santiago", y es allí, efectivamente, desde donde el fatigado viajero columbrará por primera vez las oscuras torres graníticas de Santiago, y donde, también por primera vez, oirá la voz profunda con que le saludarán las avezadas campanas. A la derecha se levanta el calvo y rocoso Monte Dalmático, mientras la verde ladera que baja a la izquierda está rematada por el convento de Belvís, más allá del cual se extienden ondulantes colinas y lejanas montañas; aquí, los peregrinos de otros tiempos se quitaban el sombrero y los más penitentes de entre ellos seguían avanzando de rodillas, cantando himnos, hasta llegar a las puertas de la ciudad santa. Y allí, hordas de mendigos husmean la llegada del forastero y le congratulan por haber salido sano y salvo de los dolores y

peligros de todo viaje por Galicia, pidiendo la caridad en nombre de su salvador, el gran Apóstol, y concluyendo, en el caso de que se les dé algo, con oraciones por el buen regreso del donante a su hogar y a los brazos de su cónyuge: “Ojalá Santiago os dé salud y os defienda de todos los enemigos”.

Santiago: las mejores posadas son la de La Vizcaína, respetable viuda vasca cuyo establecimiento está situado en la rúa Nueva, y es limpio y ordenado; y la Posada de Martín Moreno, en la calle Cases Reales. Los maragatos se hospedan de ordinario en la rúa de San Pedro. Van a Valladolid en cosa de doce días, y a Madrid en cosa de quince; y los que, habiendo desembarcado en Vigo, se proponen seguir a caballo, pueden confiarles sin miedo el transporte de cualquier equipaje, por pesado que sea.

Rey Romero, o sea, el rey de los peregrinos, con tienda en el número 16 de la calle de la Azabachería, es un buen librero para quienes den comienzo aquí a un viaje por España.

La ciudad de Santiago se llama así por Santiago el Mayor; también recibe el nombre de Compostella, o Campus Stellae, por la estrella de puntas que lucía sobre el lugar donde estaba escondido el cuerpo del Apóstol. Lo cierto es que resulta imposible apreciar debidamente muchas partes importantes de las bellas artes españolas y de su carácter religioso sin trabar antes conocimiento con la historia de este san Jorge de la Península Ibérica, la cual todavía no han sido contada con detalle a los lectores ingleses.

La leyenda española de san Jacobo el Mayor, o sea, “Santiago, como”, según dice Southey, “cabe llamarle con más propiedad en su leyenda mitológica”, es, si no puramente pagana, sí por cierto mahometana. El clero godo-español tomó estas cuestiones de los antiguos y de los musulmanes, de la misma manera que Mahoma formó su credo sobre la base del Nuevo y el Antiguo Testamento, añadiéndole los cambios que mejor le iban al peculiar carácter y clima de sus compatriotas y a la índole de su tierra, de donde su éxito y la fuerza que todavía tiene entre sus seguidores.

La costumbre de elegir santos tutelares para reinos y ciudades prevaleció en todo el mundo antiguo, y cuando, por consejo del Papa san Gregorio el Grande, esta habitualidad de los paganos fue

introducida por sus sucesores en la empresa llamada catolicismo, limitándose a cambiar los nombres, el sistema de los santos patronos estaba ya demasiado arraigado para que se pudiera prescindir de él. Los españoles sostienen, sin el menor género de duda, pero también sin la menor sombra de prueba, que san Pedro, san Pablo y san Jacobo o Santiago acudieron a la Península Ibérica inmediatamente después de la crucifixión. Pero como Roma se había apresurado a monopolizar a los dos primeros, haciéndoles tutelares suyos, España no tuvo otro remedio que conformarse con el tercero. La idea de convertir el lugar de su entierro en meta de peregrinación fue concebida en imitación de los usos orientales, y fue una de las consecuencias de la invención, o sea, encuentro (y bien delicado que fue) de la verdadera cruz por santa Helena, la madre del emperador Constantino, en Jerusalén, en el año 298. El principio de visitar lugares sagrados era también demasiado inspirador para que Mahoma lo pasase por alto cuando estaba ocupado en adaptar el cristianismo a los usos y costumbres de los árabes, de modo que la peregrinación se convirtió en uno de los cuatro preceptos de su nueva fe. Y fue así como Mahoma seleccionó La Meca, con objeto de favorecer a su ciudad natal con tan pingüe avalancha de gente. Los abusos sufridos por los peregrinos cristianos en Oriente dieron lugar a las Cruzadas, en las que los españoles participaron en pequeña medida; no, ni eso siquiera, pues el Papa mismo se lo prohibió, alegando que ya tenían al infiel en carne y hueso en su propia tierra. Y, a pesar de todo, españoles y moros sintieron en igual medida la necesidad del estimulante efecto de algún lugar santo específico, lo cual les indujo a crearse, respectivamente, su propia Jerusalén y su propia Meca en la Península Ibérica misma. Los moros españoles, en consecuencia, fueron eximidos por su propio clero de la obligación de ir a La Meca, la cual, por ser posesión del califa de Oriente, era inaccesible para los súbditos de su rival, el califa de Occidente; de modo que Abdur Rahman, al hacer de Córdoba la capital de su nuevo estado, quiso, como hizo Mahoma con La Meca, enriquecerla, y esta es la razón de que hacer una visita a La Ceca, donde se aseguraba que se conservaban algunos huesos del profeta, se considerase a partir de entonces el exacto y completo equivalente de una peregrinación a La Meca.

Y entonces los españoles, inmediatamente, y por no ser menos, en

vista de que no les era posible ir a Jerusalén, decidieron crear un sustituto en su propia tierra, y escogieron su montañosa capital, donde aseguraban que también ellos tenían enterrado a su profeta. Y así fue como el sepulcro de Compostela se convirtió en representación, por igual, del de Jerusalén y el de La Meca. Los aragoneses, cuyo reino era entonces independiente, eligieron para Ceca su capital de Zaragoza, donde decían que la Virgen María había descendido del cielo para iniciar desde allí una peregrinación a Santiago; y de esta manera se convirtieron los méritos salvadores y el deber religioso de una peregrinación a Zaragoza en parte tan integrante de la católica ortodoxia española como lo era el otro centro de peregrinación para los infieles, contra quienes los cristianos españoles siempre habían luchado con armas que les quitaban a aquellos. De la misma manera que los moros habían creado monjes-soldados, o rábitos para defender sus fronteras y proteger a sus peregrinos, vemos que la siguiente copia de los cristianos consistió en crear órdenes militares religiosas de la misma índole, de todas las cuales fue la de Santiago la que llegó a ser la más importante. Fundada en 1158 por Fernando II

de León, no tardó esta Orden en convertirse, como la de los Templarios, de sus pobres orígenes, en rica, arrogante y poderosa, hasta el punto de que el Maestre de Santiago figura en las primeras crónicas españolas casi como rival del monarca mismo. Cuando se conquistó Granada, dejaron de hacer falta los caballeros de Santiago, y la reina Isabel la Católica, confiriendo a su esposo Fernando la categoría de Gran Maestre de la Orden, absorbió todo el poder y toda la riqueza de esta para su corona, sin necesidad de recurrir a la perfidia y a los asesinatos con que Felipe el Bello de Francia consiguió suprimir a los Templarios en ese país.

Lo cual, por cierto, se hizo sin mayor dificultad, pues esas corporaciones carecían de la seguridad que dan las propiedades privadas que todo el mundo está interesado en mantener. Eran odiadas por el clero, que los consideraba hermandades rivales e independientes, medio clericales, medio guerreras, pero al tiempo, sin llegar a ser del todo ni una ni otra cosa, lo cual, por otra parte, no les impedía arrogarse los más insultantes privilegios de ambas. Y

el pueblo, igualmente, les mantenía a distancia, pues no veía en ellos más que caballeros altivos y arrogantes, que desdeñaban otorgarles el afable trato que encontraban en los monjes pobres; y el estadista, por su parte, sabedor de que la sustancia de su función era ya innecesaria, tenía a las órdenes militares por obsoletas y peligrosas. De modo que todas estas partes ayudaron a Fernando el Católico, que era codicioso de oro, y a Isabel, su mujer, que estaba decidida a ser reina de verdad, y la Orden de Santiago acabó por dejar de existir, excepto como mera distinción honorífica para nobles y cortesanos.

Pero en las épocas medievales su existencia era una realidad, pues entonces había verdadera fe, tanto entre los moros como entre los cristianos, y ambos se asían a las leyendas de sus respectivos profetas con el mismo fervor con que asían la espada y con ella les defendían y propagaban su doctrina. Orgullosos en sus tratos con la gente, esos monjes guerreros, moros y cristianos por igual, inclinaban la cabeza ante el sacerdote, en quien veían al ministro de su santo titular, y su fe santificaba y ennoblecía esta obediencia, pues ambos eran igualmente fanáticos y luchaban creyendo que esos santos apoyaban su bravura; ardiendo en tal confianza, hacían grandes esfuerzos por conseguir la victoria, Possunt quia posse videntur, y sobre todo en el caso de los españoles, que siempre estuvieron dispuestos a depender de otros. En el momento crítico de la necesidad, el español se cruza de brazos y reclama a gritos ayuda sobrenatural; de esta forma invocaban los iberos a su dios Neto, como más tarde invocarían al fenicio Hércules. Todo lo cual es clásico y oriental: Cástor y Pólux lucharon visiblemente por los romanos en Regillum (Cicerón, “N. D.”, II, 2); Mahoma se apareció en el Orontes para derrocar al conde Roger, y Santiago montó en su caballo de guerra y participó activamente en la batalla de Clavijo en el año 846 para desbaratar a los musulmanes. No había la menor mención de Santiago o de su visita a España, o siquiera de su tutelaridad o patronazgo, en el tiempo de los godos (San Isidoro, “Or.”, VII, 9), quizá porque en aquellos tiempos no había en España moros a los que expulsar, y, en consecuencia, su presencia allí no era necesaria.

Por lo que a esta hagiografía se refiere, véase El teatro de Santiago, Gil González. Flórez (España Sagrada, III) ha recogido todos los

datos auténticos que han sido ratificados por distintos, infalibles papas, desde León III. El mejor libro es Historia del Apostol de Jesus Christo, Sanctiago Zebedeo, Patron y Capitan General de España, Mauro Castellá Ferrer, folio, Madrid 1610, pues este es el título auténtico del Apóstol de España. La costumbre de conferir rango militar revela el espíritu de la época y su gente, cuando los obispos cabalgaban, revestidos de sus armaduras, y los caballeros llevaban cogulla, y una nación de caballeros jamás hubiera respetado a un santo tutelar que fuese lacayo. En consecuencia de todo lo cual, Santiago, san Martín y san Isidoro se nos presentan siempre a caballo, y representan a la Fortuna Equestris de los romanos.

Froissart sentía realmente toda la importancia del rango de tal jefe de una hermandad de caballeros religiosos, y de una iglesia militante y, por consiguiente, como Dante, llama a Santiago barón: varón, vir, o sea, caballero, hombre enfáticamente, en contradicción a homo, que es simplemente hombre, simple mortal o tarugo de tierra. Y también así don Quijote, que le llama “Don Diego”, el matamoros, y uno de los más valientes de todos los santos. Los Cides y los Alonsos de los siglos oscuros de España tenían, por lo menos, el sentido común de elegir un santo titular del género masculino para conducir a sus huestes a la victoria, pero a las ilustradas Cortes de Cádiz, en el año 1810, no se les ocurrió otra cosa que nombrar a santa Teresa, la demente monja de Ávila, como idónea generala de los Cuestas, los Lakes y otros hijos de la derrota, de parecida laya.

Según las leyendas refrendadas por la iglesia, san Jacobo, o Santiago, fue decapitado en Jerusalén en el año 42, pero su cuerpo fue llevado a Joppa, donde apareció una lancha nutu dei, en la que el cadáver se embarcó por sus propios pies, dándose sin más a la vela hacia Padrón, que está cuatro leguas más abajo de Santiago, y realizando ese viaje en solo siete días, lo que demuestra palmariamente que fue milagro, pues ni siquiera hoy en día es capaz la moderna Alexandria Steam Company de hacer nada parecido. Primero llegó a Barcelona, desde donde fue costeando España abajo, y evitando el delicioso sur (probablemente por estar contaminado por los infieles), hasta elegir esta húmeda diócesis, donde residía el prudente prelado Teodomiro, que fue el forjador de tan evidente treta. El cadáver del Apóstol descansaba en Padrón

sobre una losa, que se ahuecó por sí sola para acomodarle mejor, aunque no falta quien sostenga que no era losa, sino el casco mismo de la lancha donde había llegado allá. El cuerpo fue luego llevado a una cueva consagrada a Baco, y el asunto cayó en el olvido durante ochocientos años, cuando, como dice Flórez, España volvió a respirar gracias al descubrimiento del cuerpo del Apóstol, que tuvo lugar de la siguiente manera: Pelagio, un eremita, informó a Teodomiro, obispo de Iria Flavia, Padrón, de que veía luces celestes cerniéndose constantemente sobre cierto lugar cercano. Se procedió al examen del lugar y así es como se encontró una tumba que contenía un cadáver, pero no se especifica cómo se llegó a la conclusión de que fuese el del Apóstol: lo que ocurrió es que tan importante dato se dio por supuesto. Enseguida, el rey Alonso el Casto hizo construir allí mismo una iglesia, otorgando al buen obispo toda la rica y fértil tierra en tres millas a la redonda. En el año 829 el cuerpo fue sacado de allí y, para mayor seguridad, llevado a la ciudad de Santiago; y toros salvajes acudieron "por divina inspiración", "guiados divinamente", para tirar del carromato donde iba el cadáver, a modo de delicado cumplido al santo tutelar de la tierra de la tauromaquia. Y entonces comenzaron a llegar riquezas, sobre todo la "renta del trigo", de la que se dice que fue otorgada a la iglesia del santo patrono en el año 846 por el rey Ramiro, para corresponder a los servicios que aquel le hizo en la batalla de Clavijo, donde él solo, y por su propia mano, mató a sesenta mil moros exactamente. Este donativo consistió en el equivalente de un celemín de trigo por cada acre de tierra de España, y recibió el nombre de "el voto" y "el morión", o sea, la oferta votiva de la cantidad de trigo que cupiera en el amplio yelmo del capitán general. El documento, fechado en el año 834 en Calahorra, es prueba viva y palpable de falsificación (véase, empero, Mariana, VII, 13). Truhanería triguera esta que recuerda la del óleo, perpetrada por Hinckmar, quien, trescientos años después de la fecha exacta, inventó la historia de la Sainte Ampoule, llegada del cielo en el año 496 en alas de una paloma para que san Remy, o Remigio, bautizase con su óleo al rey Clovis en Reims.

Esta "renta del trigo", cuyo valor se calculaba en doscientas mil libras al año, solía ser cobrada por agentes, aunque no era mucho lo que acababa llegando a Galicia, porque los granos, sean de trigo o de oro, muestran una tendencia a pegarse a los dedos españoles, y

quien aceite mesura le unta las manos. Son muchas las bromas que circulan por España sobre este y otros cobros trigueros: Quien pide por Dios, pide por dos; anda con alforjas de fraile, predicando por el saco. Este impuesto fue suprimido en 1835. Como a los descubridores de huesos se les recompensaba con rentas de trigo, era natural que no faltasen revelaciones, y la tierra era buena; de aquí que cada zona tuviese su castro y su paladión, cosa, por otra parte, que tendía indirectamente a contribuir al avance de la civilización, pues los conventos se convertían en asilos en una época brutal y tosca como aquella, y en ellos, además, ardía, por débilmente que fuese, la llamita de la cultura, las artes y la civilización. El deber religioso de visitar Compostela, el cual, como el de hacer la peregrinación a La Meca, era absolutamente necesario cumplir, en algunos casos, para entrar en posesión de una herencia, daba lugar a la construcción de puentes, caminos y hospitales, e inducía a crear asociaciones armadas para acabar con los ladrones y mantener el orden; de esta manera, se iba reduciendo el imperio de la fuerza bruta.

El estudioso verá en toda esta leyenda una curiosa pobreza de imaginación, digna, ciertamente, de esta Beocia del norte. Lucida Sidera, extrañas constelaciones, eclipses y cometas son signos corrientes en la mitología pagana, injertadas luego en una época ignorante de la astronomía. Estos lugares indicados estelarmente acababan siempre siendo consagrados. Compárese esta Compostela con el Campus Stellae romano (Suetonio, Caes., 20). Los gallegos, sin embargo, fueron famosos desde lejanos tiempos por su tendencia a observar iluminaciones sobrenaturales, y, más aún, por su interpretación de tales signos (Silio Itálico, III, 344). Así pues, cuando los dioses llamaban la atención humana iluminando la colina sagrada, lo que se buscaba inmediatamente era oro, no huesos (Justino, XLIV, 3). Pero la avaricia de los antiguos era directa y franca, sin sonrojos, aunque, en cualquier caso, los resultados fuesen los mismos, y la imaginación de los sacerdotes modernos les daba la piedra filosofal, o sea, el imán con el que se atraía el metal precioso.

Y, por lo que se refiere a transportes maravillosos por mar, Luciano, en su De Dea Siyria (y nótese que también Santiago llegaba de Siria), nos cuenta que la cabeza de Osiris fue llevada a Byblus por

mar, qeih nautilih, y el viaje se hizo igualmente en siete días; y Heródoto, (IV, 152) registra también que Corobio fue transportado qeih pomph, o sea, por mar, e igualmente a España, e igualmente por el estrecho de Gibraltar. Pausanias (VII, 5, 5) cita específicamente a Tiro como el puerto del que la imagen (que, según Faber, Cabiri, I, 109, era de Hércules) fue transportada a Priene en un barco que era consciente de su sagrada misión, y Priene, en consecuencia, devino meta de peregrinación; así, según los griegos, bogó Cécrope desde Egipto en una lancha de papiro. Pero sería pura pedantería multiplicar aquí ejemplos sacados de la mitología pagana, y añadir, por cada uno de ellos otro paralelo, sacado del culto papista en España. Véase, por ejemplo, El Cristo de Beirut, en Valencia, y El Cristo de Burgos.

Todos los geólogos saben perfectamente que las rocas se reblandecen en tales ocasiones. Así vemos que la piedra de Delfos donde se sentó la sibila Herófila recibió la impresión completa de este acto, la cual es inferior únicamente en bajo relieve a la grandiosa piedra donde reposó Sileno, que le fue mostrada a Pausanias (I, 22, 5) en Trezene: lo mismo ocurría entre los musulmanes, pues, cuando Mahoma ascendió al cielo, los cascos de su camello quedaron impresos en la roca (exactamente como pasó con los de Cástor en Regillum, Cicerón, “N. D.”, III, 5), y las huellas de los pies del profeta se pueden ver todavía cerca de El Cairo en Attar-en-Nebbee, y en el Sáhara o sanctum del Haram de Jerusalén. Tales pétreas metamorfosis eran cosa vieja en los tiempos escépticos de Ovidio (Met., I, 400):

Saxa, qui os credat?, nisi sit pro teste vetustas,

Ponere duritiem coepere, suumque rigorem

Mollirique morâ.

Algunos estudiosos de la Antigüedad, con triste falta de fe, han declarado que esta piedra no es más que un sarcófago romano; empero, si la gente fue capaz, en un tiempo, de creer que Santiago

tocó realmente tierras españolas, todo lo demás sale por sí solo, y lo cierto es que esta firme leyenda sigue sin ser descreída en España, y consúltese si no la guía de Mellado, publicada en 1843, página 275, donde se habla de Santiago y de sus veneras; pero el fénix de los antiguos no es mal símbolo de la vitalidad de los fraudes supersticiosos, los cuales, pese a todo, e incluso reventados durante un tiempo, vuelven de nuevo a la vida, frescos de sus propias cenizas. Como la capacidad de imaginación del hombre es limitada, las viejas historias dan vueltas y más vueltas al son de la misma melodía del organillo. No hay nada nuevo bajo el sol, dijo el más sabio de los reyes, Il n'y a rien de nouveau, que ce que l'on ait oublié", como dice la más aguda de las escritoras epistolares. El Pontifex Maximus de los antiguos, tanto como la Roma moderna, han buceado en igual medida en las profundidades de la credulidad humana, que gusta de ser engañada, y lo prefiere así, "y por sus medios blanden autoridad los sacerdotes" (Jeremías, V, 31).

La primera catedral que se construyó sobre el cuerpo del Apóstol fue terminada en el año 874, y consagrada el día 17 de mayo de 899; la ciudad nació en torno a ella, creciendo y cobrando fuerzas, y enseguida acusaron los cordobeses el contragolpe del santuario rival y tutelar, que incluso en La Meca se sintió: en vista de lo cual, Al-Mansur, temeroso de la amenaza de una oleada de celo cruzado, decidió acabar por completo con tal posibilidad, y en julio del año 997 salió de Córdoba a su cuadragésima octava al jihad, o guerra santa, o cruzada, habiendo enviado antes una flota de guerra costa arriba para que cooperase en aguas del Duero y del Miño. Avanzó por Coria y fue recibido en Zamora por muchos condes españoles, o sea, el equivalente de pequeños jeques locales, los cuales, con típica insolidaridad y desunión ibéricas, se pusieron del lado del invasor, con el fin de ganar su propia seguridad y compartir el botín del enemigo (véase España Sagrada, XXXIV, 303). Al-Mansur entró en Santiago el 10 de agosto de 997, y la encontró desierta, pues todos sus habitantes habían huido ante el implacable infiel, cuya técnica bélica era el exterminio de sus enemigos; a continuación arrasó la ciudad, respetando únicamente la tumba del profeta de los españoles, ante el que se echó a temblar: tan íntima era la analogía entre ambas emparentadas supersticiones.

Mariana (VIII, 9) afirma, empero, que Al-Mansur se sintió

“deslumbrado por un esplendor divino” y que su ejército en retirada fue visitado por una epidemia que le infligió La divina venganza. De haber ocurrido esto antes de que Al-Mansur saquease la ciudad, habría sido mejor prueba de la eficacia de los poderes milagrosos del gran santo tutelar de España. El erudito jesuita, sin embargo, desdeña esta humillante conquista, despachándola con unas pocas palabras, en las que, con todo, se las arregla para cometer todos los errores imaginables, tanto en cuanto a nombres, como en cuanto a fechas y localidades. Así, por ejemplo, fija el suceso en el año 993 y mata a Al-Mansur, a quien llama Mohammad Alhagib, en Begalcorax en el año 998, cuando es sabido que Al-Mansur murió en Medinaceli en el año 1002.

Shant Yakoh, la “Ciudad Santa de Jalikiyah”, Galicia, es como llaman a la ciudad con más exactitud los cronistas árabes contemporáneos (Véase “Moh. D.”, I; II, 74, 193).; y esto nos da una curiosa prueba del temprano y amplio efecto e influencia que tuvo sobre los moros el tutelar rival y su tumba. El santuario era visitado con frecuencia por los cristianos que vivían entre los moros, y estos peregrinos volvían a su tierra con minuciosa información: “Su Kabáh es un colosal ídolo, que han erigido en el centro de la iglesia; juran por él y acuden a él en peregrinación desde los lugares más lejanos, tanto desde Roma como desde otros países, afirmando que la tumba que se ve en el interior de la iglesia es la de Yákob (Santiago), uno de los doce Apóstoles, y al que más amaba de todos ellos Isa (Jesús): “caiga sobre él la bendición y alabados sean tanto él como nuestro profeta!”. Se dice que los mahometanos no encontraron un solo ser vivo en Santiago, excepto un viejo monje, sentado junto a la tumba de Santiago, el cual, al ser interrogado por el propio Al-Mansur, que quería saber quién era, respondió: “Soy familiar de Santiago”, en vista de lo cual Al-Mansur dio orden de que no se le hiciera ningún daño. El musulmán respetó al faquir o monje, en quien veía un devoto, gemelo de los de su propia Kaaba de La Meca. El principal objetivo de Al-Mansur consistía en destruir los ídolos de los politeístas españoles, ya que la esencia del islamismo era el deísmo absoluto de los hebreos y el odio de estos a toda clase de imágenes esculpidas o pintadas. Al-Mansur, por tanto, purificó los templos según la ley judía (Deut., VII, 5) y exactamente de la misma forma en que los cristianos del siglo IV habían tratado los símbolos del paganismo. Así pues, por un extraño destino, los seguidores del falso profeta imitaron paso a paso tanto al Antiguo como al Nuevo

Testamento, mientras el cristianismo, corrompido por Roma, cambiaba y renovaba las mismas abominaciones paganas que tanto la ley antigua como la nueva prohibían en igual medida.

Al-Mansur volvió a Córdoba cargado de botín. Las campanas de la catedral de Santiago fueron llevadas a Córdoba a hombros de cautivos cristianos, y colgadas badajo arriba, a modo de lámparas, en la Gran Mezquita, donde siguieron hasta 1236, cuando el rey san Fernando las recuperó, y las devolvió a su sede anterior a hombros de prisioneros moros. Se dice de Al-Mansur que dio de pacer a su caballo en la pila bautismal de pórfiro de la catedral, pero el penco, según los españoles, reventó y murió. Es posible que, llegando a Santiago desde Córdoba, el cambio de régimen alimenticio le afecte de esta manera, y no me extraña, pues nosotros mismos estuvimos a punto de perder a nuestra soberbia jaca cordobesa por culpa de "los henos y las cebadas" de Galicia.

Al-Mansur no consiguió encontrar el cuerpo de Santiago, y hay gente a la que esto no sorprenderá; sin embargo, los más fiables teólogos de la localidad sostienen que el capitán general se rodeaba, cuando quiera que se sintiese en peligro, de una ofuscante nube de su propia invención, de la misma manera que el calamar, o como hizo el almirante de la Armada Invencible. Y hoy es el día en que nadie sabe todavía dónde se depositaron finalmente los huesos del santo: De non apparentibus et non existentibus eadem est lex. Lo que se dice es que Gelmírez los metió en los cimientos de su nueva catedral, a fin de que nunca más pudieran ser escrutados por el curioso impertinente ni robados por el enemigo. De esta misma manera les fue prohibido a los romanos revelar incluso el nombre del tutelar de Roma, no fuera que sobornos más pingües, o incluso la violencia, indujeran al tutelar en cuestión a traicionarles. De los restos de Hércules también se dice que fueron enterrados en su templo de Gades, pero nadie sabe dónde. A pesar de todo, Santiago debe yacer en algún sitio, porque se oyó el rechinar de sus armas cuando Bonaparte invadió España; de la misma manera que antes de la batalla de Leuctra, "Herculis Fano arma sonuerunt" (Cicerón, De Divi., I, 34), o como el viejo caballo de guerra relincha al son de la trompeta. El capitán general, bravo como él solo en Clavijo, ya había renunciado al servicio activo en el año 997, y no se podía esperar de tan inválido veterano que, como el viejo Príamo, arma

diu senior desueta, y abandonase su cómodo retiro para enfrentarse con Soult ochocientos doce años más tarde. Después de todo, es posible, por muy los mismísimos pelos que sea, que, al fin y al cabo, el verdadero Santiago no esté enterrado en Compostela, pues, de la misma manera que los coruñeses, con gran indignación de los gaditanos, aseguraban poseer un cadáver gemelo de Gerión, los sacerdotes de Saint- Sernin, en Toulouse, afirmaban que, entre los siete cuerpos de los doce Apóstoles que ellos poseían, estaba también el de Santiago, y si recordamos el triunfo de Soult en Santiago y su derrota en Toulouse, parece razonable pensar que el verdadero Simon Pure está enterrado en Saint-Sernin, y que fue él quien ayudó a nuestro Duque a derrotar al francés.

Sea todo esto lo que fuere, pues non nobis talem est componere litem, todos los teólogos españoles se ponen muy nerviosos en cuanto se arroja la menor sombra de duda sobre la veracidad de esta leyenda; se han escrito libros y libros sobre la controversia, y las pruebas así acumuladas, helas aquí. Primo, las veneras o conchas propias de los romeros encontradas en Clavijo demuestran que fueron dejadas allí por Santiago mismo, cuando estaba ocupadísimo en matar a sesenta mil moros. Secundo, si la Virgen descendió de los cielos en Zaragoza para ir a visitar Santiago, de lo cual no puede caber la menor duda, parece lógico deducir que Santiago tenía que haber estado en Zaragoza. En cualquier caso, el honrado jesuita Mariana (VII, 10) considera que no hace falta ninguna prueba, porque acontecimiento tan importante no habría podido ser creído en un principio sin suficientes pruebas; mientras que Morales concluye que “únicamente un hereje podría dudar un hecho como este, que nadie osa negar”. Sea ello lo que fuere, el caso es que el Papa no tardó en sentir celos de tanta supuesta elevación como despertaron los hijos de Zebedeo incluso cuando aún vivían (Marcos, X, 41); y Baronius se sentía irritado por unas pretensiones que rivalizaban incluso con las del mismísimo san Pedro, y eran además igual, más o menos, de poco fundadas. En consecuencia, el Papa Clemente VIII hizo cambiar el calendario de Pío V, y arrojó una duda sobre la totalidad de la visita, ante lo cual la Península Ibérica entera se alarmó. El Pontífice fue contraatacado con argumentos tan irresistibles que su virtud, como la de Danae, acabó cediendo, y la contienda quedó en componenda de esta manera en los anales papales: “Divus Jacobus mox Hispaniam

adiisse, et aliquos discipulos ad fidem convertisse apud Hispanos receptum esse affirmatur". Pero esto no era bastante; de modo que Urbano VIII, después de haber sido "instruido" en 1625 con áureas opiniones, restableció a Santiago todos sus hispánicos honores de antes.

La sede, actualmente arzobispado, era en otros tiempos sufragánea de la metropolitana Mérida, que en tales épocas se hallaba aún in partibus infidelium. En 1120 fue elevada por la administración del arzobispo Diego Gelmírez, partidario de la reina doña Urraca, la cual persuadió a su marido Ramón de que intercediera cerca de su hermano el Papa Calixto II. Diego, el primer primado, presidió durante treinta y nueve años, y fue el verdadero fundador de la catedral y, aunque el pueblo se levantó contra él y contra Urraca, se convirtió de hecho en el verdadero rey durante todo ese inquieto y turbado periodo, cuando Urraca le fue desleal, y no solo a él, sino a todos los demás. Hay una curiosa historia contemporánea en latín, titulada La Compostellana, que fue escrita por dos de sus canónigos, Munio Hugo y Giraldo; el texto se reproduce en gran medida en la España Sagrada, del padre Flórez, XX, y no es posible comprender este periodo sin leerlo. La ciudad y el capítulo de Toledo se opusieron a que fuese elevado un Santiago rival, pues tanto en el sistema mahometano como en el cristiano, que era imitación suya, la religión iba en aquellos tiempos paralela al comercio y al beneficio crematístico, exactamente igual que en tiempos de los fenicios. Una reliquia o un santuario atraía a ricos extranjeros, y su santidad atemorizaba a los ladrones y daba una sensación de seguridad a los opulentos comerciantes; de ahí que hubiese constantes rencillas entre lugares de santidad consagrada y pingüe comercio y advenedizos competidores: por ejemplo, Medina odiaba a La Meca tanto como Toledo odiaba a Santiago.

Pero Gelmírez era un astuto prelado y sabía muy bien cómo salirse con la suya; de modo que puso las imágenes y joyas de plata de Santiago en el crisol y envió los lingotes al Papa. Igual es el consejo que la sibila dio a los foceos: "arar con arado de plata"; y estos también, en obediencia, convirtieron los santos objetos de metal precioso en dinero contante y sin consagrar, y así fue como se salieron con la suya. Gelmírez envió el dinero a Roma (donde jamás hubo peor herejía que la morosidad en el pago de las monedas de

san Pedro, pues la norma allí es: “sin dinero no hay Padrenuestros”) por intermedio de peregrinos, quienes, a su vez, recibieron de Su Santidad cierto número de indulgencias, siempre en proporción a las sumas que le habían llevado de contrabando a través de Aragón y Cataluña, reinos independientes y hostiles entonces, y ambos “madrigueras”, dicen los historiadores, “no de ladrones, sino de demonios”. Y es que España, en aquellos desdichados tiempos, se parecía, por lo que a oriental inseguridad se refiere, a los tiempos de Débora, “cuando el camino real estaba siempre desierto, y los viajeros preferían pasar inadvertidos por caminos desviados”.

Siguiendo el ejemplo de los sacerdotes paganos del templo de Hércules de Gades, Gelmírez ponderaba ahora las virtudes y méritos de la peregrinación a Santiago, siempre acompañada de ofrendas al nuevo santo tutelar. El santo patrono se convirtió en el santo por antonomasia, como san Antonio de Padua es il santo. Nunca hacía oídos sordos a aquellos peregrinos que llegaban a él con el saco lleno de dinero: “Exaudit quos non audit et ipse Deus!”, y grande fue el torrente de ricos pecadores que se vertía sobre la sede del santo: los reyes le traían oro, y hasta los más pobres le ofrecían sus céntimos. De esta manera, todo el capital invertido por Gelmírez en Roma para asentar esta maquinaria le fue ampliamente reembolsado, y le producía limpio beneficio: los caminos de la cristiandad estaban tan apretujados de gente que Dante exclama (Paraíso, XXV, 17):

Mira, mira, ecco il Barone

per cui laggiu si visita Galizia!

En la boda de nuestro Edward I, que tuvo lugar en 1254, con Leonora, hermana de Alonso el Sabio, se estipuló que los peregrinos ingleses serían protegidos, pero tal era su número que los franceses se alarmaron, y hasta tal punto que cuando Enrique II pudo, gracias a ellos, destronar a don Pedro, fue obligado por sus aliados a impedir que los ingleses, quienesquiera que fuesen, entrasen en España sin el permiso del rey de Francia. La toma de Santiago por

Juan de Gante incrementó las dificultades, al suscitar también el recelo de España. El número de peregrinos en el siglo XV seguía siendo grande. Rymer (x, XI) menciona novecientos dieciséis permisos concedidos a otros tantos ingleses en 1428, y dos mil cuatrocientos sesenta en 1434.

Pero la peregrinación a Compostela comenzó a mermar después de la Reforma; pues entonces, según Molina, "las condenadas doctrinas del maldito Lutero redujeron el número de alemanes y de ingleses ricos". El efecto negativo de la peregrinación en la moral pública de Galicia fue exactamente el mismo que encontraría Burckhardt en La Meca; pues fomentaba la vagancia, la indolencia, la vida mendicante; nada podía ser más desordenado que las escenas que tenían lugar en torno a la tumba misma; incluso el hábito de peregrino, antes emblema de piedad, acabó convirtiéndose en uniforme de bribones (véase el relato de Ricote en el Quijote). Ese hábito acabó por ser prohibido en España, excepto ateniéndose a ciertas regulaciones. Pero otras peregrinaciones, tanto en España como entre los musulmanes, siguen en boga por doquier; todas las comarcas tienen sus santuarios milagrosos y sus lugares sacros que, en países poco comerciales y con escasa vida social, ofrecen algo de distracción junto con devoción y buenos negocios. Los peregrinos, como los mendigos irlandeses, solían ser bien recibidos a tomar "algo de comer y beber", pues eran cotillas itinerantes que contaban noticias de lo que habían visto y oído por el camino en una época en la que no había oficinas de correos ni periódicos u hojas de avisos; pero acabaron volviéndose impopulares, pues no daban nada nuevo, sino que se llevaban de todo; son especialmente odiados en las ventas, esos lugares tan poco cristianos, de donde hasta a los ricos se les echa después de haberles desplumado. De aquí el proverbio: Los peregrinos, muchas posadas y pocos amigos.

La residencia en lugares santos tiende a materializar lo espiritual y transformar las ceremonias y los ritos en algo ceremonial y mecánico. Así vemos que en Santiago, como en La Meca, los ciudadanos se muestran menos solícitos para con el "señor de los Apóstoles" que los que llegan de lejos; de la misma manera que, en Roma, los que viven allí están al tanto de cómo funciona en realidad la cosa, y ya se sabe que la familiaridad quita respeto. Igual que ocurre en todos los lugares de visitas periódicas, tanto

antiguos como modernos, esa gente piensa sobre todo en cómo sacarle tajada a la temporada, aprovechándose del entusiasmo de los forasteros, cuyo dinero les interesa más que sus buenos recuerdos. En consecuencia, los implacables indígenas hacen oídos sordos al mendigo que pide una monedita por Santiago, y lo único que le dan es un "¡perdone vuesa merced, por Dios, hermano!". De modo que la tribu de mendigos astutos los evita, y husmea a los peregrinos de fuera, cuya llegada hasta los ciegos acechan, y les localizan antes incluso de que suban la cuesta de San Marcos; el forastero entra en la ciudad santa rodeado de una hueste ronca de humedad e importunidad: quaere peregrinum, vicinia rauca reclamat.

Santiago, aunque ahora le hayan cercenado muchas de sus antiguas dignidades religiosas y civiles, sigue siendo sede de un arzobispo, con catedral, dos colegiatas y quince parroquias. Sus numerosos conventos fueron saqueados y profanados por los invasores en 1809, y desde entonces han sido suprimidos: construidos para monjes, y no valiendo para ninguna otra cosa, han quedado abandonados y desiertos, con los sepulcros desplumados y en ruinas, y aumentando el melancólico aspecto de esta melancólica ciudad, cuyo carácter levítico sigue siendo muy impresionante, a pesar de la Reforma y de la Revolución Francesa, que han acabado con los peregrinos, ricos ingleses unos y alemanes otros, y han carcomido no solamente los edificios religiosos, sino incluso su principio mismo, atacando de raíz la afluencia de donativos y herencias.

La supresión de la Capitanía General y la Audiencia, que fueron transferidas a La Coruña, lo que constituyó un duro golpe asestado por los liberales a una ciudad infestada de curas, ha rematado el empobrecimiento de Santiago, ahuyentando a los militares, los abogados y los clientes. No es de extrañar que estas dos ciudades se detesten mutuamente, y con más odio del que es habitual en España para detestar al vecino. Esta medida fue tan innecesaria como imprudente, pues La Coruña no tiene ninguna superioridad ni ventaja frente a Santiago, la cual, además de la religio loci, abunda en edificios apropiados y nobles. Lo único que le queda es la Universidad, que tiene una buena biblioteca y es muy frecuentada por los estudiantes gallegos.

Santiago está construida en un lugar desigual e irregular, de modo que cabe decir que el convento de San Francisco se levanta casi en un boquete: la catedral ocupa el corazón mismo de la ciudad y es, ciertamente, el verdadero origen de su existencia; desde este centro se extiende una nutrida red de calles y callejas, y la tumba del santo patrono es comparable a una araña que acecha en el centro mismo de su tela, presta a cazar moscas afuerinas y despistadas. Santiago misma es húmeda, fría y de aspecto gris. Está lleno de arcadas, fuentes y veneras, y tiene un sombrío aspecto por causa de la humedad de su granito. Debido a la continua lluvia, esta ciudad santa recibe el irreverente nombre de “el orinal de España” y todo el mundo que va por ella lleva siempre listo el paraguas: los campesinos llevan también bastón, pues su valor no ha sido coartado por la humedad, y a ellos les encantan las riñas, como si en vez de Santiago su patrono fuera san Patricio. Los riachuelos Sar y Sarela, mejor conocidos por el nombre de “los ríos de los sapos”, fluyen en dirección al noroeste. Las mejores calles van paralelas entre sí, como, por ejemplo, la rúa Nueva y la rúa del Villar. El clima húmedo, por desagradable que les resulte a los que llegan allá procedentes de las adustas Castillas, es bueno para las verduras, y las nubes rezuman gordura; en consecuencia, la ciudad es barata y está bien abastecida de fruta, entre la que destaca la deliciosa “pera de Urraca”; el pescado de mar y de río, sobre todo la trucha, es excelente en Santiago, donde, además, se encuentra mantequilla fresca, lujo este que es raro en las provincias sureñas y más cálidas.

La situación de Santiago es muy pintoresca: para otear su entorno, lo mejor es subir a la torre de la catedral, llevando consigo el buen plano de la ciudad de Juan Freyre; o ascender al monte de la Almáciga, al este, cerca de las canteras, y mirando por el lado de Santa Clara, desde donde la vista es majestuosa; o bien váyase a pie hasta la alameda de Santa Susana, del lado de la Puerta Fajera, hasta llegar al Campo de Feria, y de allí al Crucero del Gallo, y aun entonces, si se tiene tiempo, subir al monte Pedroso, desde donde el panorama es tan extenso como bello.

Naturalmente, la catedral es el principal objeto de todo peregrino en Compostela: en primer lugar, examínese su exterior; las cuatro fachadas dan a una plaza amplia, y la mayor de ellas da al oeste, o bien véase el grandioso portal; se llama El Mayor o El Real, y es realmente real.

La primera catedral fue comenzada en el siglo IX, por orden de Sisenando, cuando Alonso III y Jimena cedieron el solar y también los materiales, procedentes de mezquitas derruidas. Esta catedral fue arrasada por Al-Mansur, que no dejó piedra sobre piedra; pero en el siglo XI, Bernardo II y el obispo Cresconio la restauraron, erigiendo fuertes torres para defenderla de moros y normandos. Gelmírez, en 1082, reconstruyó el grueso del edificio, el cual fue terminado en 1128. Su carácter primitivo ha ido perdiéndose por causa de modificaciones ulteriores; una curiosidad es que la mayor parte de estas se construyeran contra las murallas originales, de forma que el viejo edificio ha quedado como encajonado y, en consecuencia, bien defendido de las inclemencias del tiempo en este clima tan húmedo.

La fachada principal es bastante moderna, y se sitúa entre dos torres demasiado pesadas de cima, rematadas por cúpulas que parecen pimenteros, pero sin ser desagradables a la vista: la entrada churrigueresca está adornada con la imagen del santo tutelar, ante quien se ven reyes arrodillados; aunque la obra parece más antigua por causa de la humedad, todo esto fue erigido en 1738 por Fernando Casas y Novoa, cuyos diseños originales se conservan en la catedral, donde pueden ser vistos; aquí, la humedad y el moho, que tanta falta hacen en el seco sur, han teñido ya el severo granito. A la derecha se levantan las torres cuadradas del claustro, con remates piramidales, y una larga fila superior de ventanas arqueadas. Este claustro grandioso, cuyo interior es sencillo y sobrio, fue construido en 1533 por Fonseca, que después fue arzobispo de Toledo; su biblioteca se puso en una bella suite de estancias, que está sobre el claustro: allí se encuentran también las oficinas; y a la izquierda del portal está el sobrio y sencillo palacio del prelado. En el lado norte de esta plaza está el Hospicio de los Reyes, el hospital para peregrinos, construido en 1504 por encargo

de los Reyes Católicos a Enrique de Egas. Este fue uno de los mejores edificios de su tiempo, y Molina lo menciona en 1551, aseverando que raras veces había en él menos de doscientos pacientes; las inclemencias y dificultades del camino, las enfermedades contagiosas y la locura religiosa dominaban esos edificios, que, inexistentes en tiempos antiguos, fueron edificados primero por Godofredo de Bouillon para uso de los peregrinos a Jerusalén. Muchas personas tullidas o maltrechas iban a Santiago con la intención deliberada de morir allí cómodamente, exactamente lo mismo que los hindúes hacen en Benarés, convencidos de que el santo patrono los llevará consigo al cielo el día de la resurrección. Esta idea procede de La Meca y también de Jugannât-ha, el "capitán general del universo", cuya región, consagrada a la muerte, está cubierta de huesos de peregrinos; pero recordemos que las supersticiones de invención específicamente humana tienen por fuerza que reproducirse.

El hospital es un grandioso edificio, pero está mal llevado, pues, desde la amortización de bienes eclesiásticos, ha quedado muy empobrecido, habiendo perdido los ingresos que le daban los diezmos. Es un cuadrilátero, y está dividido en cuatro cuadrados, con una capilla en el centro, y diseñado de tal manera que todos, desde los cuatro lados, puedan ver igualmente el servicio divino. El portal, muy ornamentado, está enriquecido con efigies e imágenes de santos y peregrinos y cadeneta bajo la cornisa y los emblemas de los Reyes Católicos. Dos de los patios tienen arcos y delicada obra gótica: obsérvese una fuente, en cuya pila vierten su agua cuatro máscaras. La capilla es sencilla, pero la parte que está allende la baranda no tiene rival en Santiago por la delicadeza y la riqueza de su obra; el tejado surge de cuatro arcos con estatuas y nichos góticos. Los otros dos patios son posteriores y de estilo dórico; en el atrio de la entrada se ven malos retratos de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos.

El seminario hace frente a la fachada de la catedral; fue construido por el arzobispo Rajoy, en 1777, para la preparación de jóvenes sacerdotes; según el sistema de celibato impuesto por Roma, los que están destinados al altar se educan aparte de los hijos de los laicos, con el fin de que, como en el caso de los colegios de chicas, sea posible mantenerles en un estado de cierta ignorancia sexual, lo

cual, empero, no siempre se consigue en ninguna de las dos instituciones. En este bello palacio solía residir el capitán general y reunirse la Audiencia: ahora ha sido asignado en parte al ayuntamiento; el ahora suprimido San Jerónimo está situado en el lado sur, y, por causa de la pobreza de sus instalaciones, solía recibir el apodo de "pan y sardina". Su fachada es antigua, pero el interior del edificio tiene poco interés. Se puede hacer el turista una idea general de este conjunto de moles arquitectónicas mirando una encantadora vista que nuestro buen amigo Roberts hizo copiando un dibujo del autor de estas humildes páginas (Landscape Annual, 1838, página 108), pero la descripción escrita de Santiago que se lee en esa publicación no es obra ni de Roberts ni mía.

En la bella y noble plaza se celebran las corridas de toros y se tiran cohetes en la fiesta de San Juan, que tiene lugar el día 24 de junio, y en la de Santiago, que es el 25 de julio. Esta ciudad, a pesar de lo mucho que llueve en ella, fue y es la Vauxhall de España, y todos los días de santos se festejan allí con cohetes consagrados, y en todos sus conventos, cuando alguno de sus miembros recibía una dignidad o distinción, se celebraba siempre el acontecimiento con fuegos artificiales, estrellando de nuevo este Campus Stellae con una girándula de San Pedro, aunque sea sin demasiado boato; en tales casos, los espectadores se apretujan en piadosos y pintorescos grupos y el peregrino protestante encuentra difícil discernir cuáles son los mejores o más numerosas, si los católicos romanos o las velas romanas; pero de las explosiones se piensa, cosa muy natural, que gustan al hijo del trueno, y de las luces azules que concilian a "la luz y patrón de las Españas". Lo mismo ocurre entre los hindúes (inventores de todas las supersticiones), que son también muy amigos de la pirotecnia, considerándola como favorita expresión de devoción, sobre todo para su diosa Kali. La Reforma y la Amortización han acabado con muchas de estas meritorias iluminaciones, pero todavía, entre las cofradías y los laicos ricos y piadosos, casi nunca falta el dinero para ellas. Santiago, por ser ciudad levítica, dependía de la Iglesia para sus distracciones, indulgencias y gastos, pero ahora le toca entrar en decadencia, como Toledo. De ahí que su gente no esté demasiado entusiasmada con el progreso o con los adelantos del intelecto; de esta forma, cuando las Cortes abolieron la Inquisición y pensaron apropiarse de las rentas de la Iglesia, "dependía –como dijo el Duque– del

arzobispo de Santiago el que el noroeste de España se levantara o no contra nosotros, que pasábamos por ser los defensores de los cambios constitucionales".

Saliendo de la plaza por el lado del sudoeste, obsérvese el ahora suprimido Colegio de Fonseca, fundado por el primado de Toledo, y luego vuélvase hacia la Platería, situada junto a la entrada sur de la catedral. Esta es su fachada más antigua; obsérvese la Torre del Reloj, una de sus torres originales, en la que Gelmírez y Urraca se refugiaron para salvarse de los desmanes del populacho. La muchedumbre trató de forzarles a salir prendiendo fuego a la torre, costumbre esta que es muy oriental y muy española. Así fue como Abimelec destruyó a los que se refugiaron en la torre de su "capitán general" Berit (Jueces, IX, 52). En otros tiempos, esta torre se llamaba Torre de Francia, de la misma manera que la larga calle sigue llamándose del Franco. O sea, que los franceses apoyaron y enriquecieron el santuario, y Louis le Jeune vino aquí en persona como peregrino; pero La Jeune o revolucionaria Francia se ha dedicado después a deshacer cuanto sus antepasados se encargaron de adornar esforzadamente, pues Ney fue enviado aquí por Soult en una de sus habituales expediciones de saqueo; llegó aquí el 17 de enero de 1809 y aquí siguió hasta el 23 de mayo, cuando la derrota de Soult en Oporto lo obligó a escapar, llevándose consigo, como dice Toreno, diez quintales de objetos sagrados del templo, dádivas honradas por el tiempo de antiguos reyes:

[...] Grandia templii

pocula adorandae robiginis, aut populorum

Dona, vel antiguo positas a rege coronas!

Y ahora Bory, cómplice, hace de defensor y lamenta, con increíble ingenuidad, la pobreza del "botín": "¡Ay!", dice Bory, "los candelabros de plata maciza eran plus minces que du billon, et de peu de poids"; "ce fameux Saint Jacques d'or massif avec des yeux en diamant, était du Vermeil; et n'avait que des prunelles en pierres

fausses". Aníbal, más hábil en cuestiones de pillaje, nunca incurrió innecesariamente en la abominación del sacrilegio, pues él, más listo que monsieur Bory, perforaba la plata de iglesia primero, y únicamente la robaba si demostraba ser realmente maciza (Cicerón, De Div., I, 24). Así pues, el capítulo catedralicio engañó tanto a los inteligentes franceses como a los piadosos peregrinos, imitando a sus predecesores paganos (véase Baruch, VI, 10) y convirtiendo las macizas dádivas en dólares sin otro valor que el puramente crematístico; así embaucaron al ojo incauto con sustituciones de oropel, de la misma manera que se holgaban en formas y ceremonias vacías en lugar de adentrarse en el espíritu y la práctica de la religión. Según Bory, "on n'a pas tiré en lingots la somme de cent mille écus, quand la nécessité des temps força d'employer, pour la solde des troupes françaises de la división du général Marchand, le don qu'en fit le chapître au corps d'armée du maréchal Ney". Esta necesidad (la vieja excusa con que ciertas personas justifican sus actos) fue consecuencia necesaria de la máxima bonapartiana, "la guerre doit nourrir la guerre", o sea, exactamente lo que dice la máxima latina: "Bellum se ipsum alet", de Porcio Catón, que arrasó las ciudades y esquilmó las llanuras de España, llenando todos los lugares "fuga et terrore" (Tito Livio, XXXIV, 9). Es posible que el saqueo de los altares de Santiago fuera impuesto a los oficiales franceses, ya que Foy (I, 67) afirma que "ils eussent cru s'avilir en prenant part au pillage, tant ils avaient le coeur haut placé": apología, empero, que Toreno y Maldonado consideran posiblemente un poco demasiado alta: en fin, sea ello lo que fuere, el caso es que una parte del tesoro de la catedral fue conservado, porque los saqueadores temían la hostilidad de los plateros, que viven cerca de la catedral y daban trabajo a mucha gente, para hacer imágenes, teraphims y lares, amén de medallones de Santiago, que los peregrinos son aficionados a comprar. De la misma manera, Alejandro, el artífice en cobre de Éfeso, y Demetrio, el platero, convocaron a su gente, diciéndoles: "Señores, sabrán ustedes que es gracias a este arte como adquirimos nuestra riqueza", en vista de lo cual se hicieron todos ellos encarnizados enemigos de san Pablo, que predicaba contra la adoración a imágenes y a las diosas. Y también fue así como los agrigentinos se levantaron contra Verres (con quien Toreno compara a Soult), cuando este trató de robar su imagen tutelar de Hércules, que era de oro.

Los plateros, como los de Zaragoza, son estentóreos en sus alabanzas a sus imágenes, sus filacterias y sus talismanes, preservadores contra toda clase de males, jurando que si ellos conservan sus tiendas es únicamente en beneficio de las almas de sus clientes; y afirman que un Santiago a caballo de plata es garantía infalible contra las tercianas y los ladrones; y, ciertamente, y teniendo en cuenta que el tal santito solo cuesta unos pocos chelines, la garantía en cuestión no es imprudente especulación, y viene a ser algo así como una cédula de barquero. Nosotros mismos colgamos uno de estos medallones en nuestras respectivas zamarras, y viajamos durante cientos de millas por todas las comarcas de España sin que nadie, excepto los posaderos, nos robara nada; todo lo cual oímos nosotros a un excelente canónigo atribuírselo en Sevilla a la especial intercesión del "capitán general de las Españas", y cierto es, además, que muy pocos gallegos olvidan jamás guardarse en el peto, que es como un entreforro de lino, un santiaguito y un rosario, pues así se aseguran de espantar las balas y las bayonetas.

En la plaza de los Plateros se puede observar en pleno funcionamiento, una fuente sostenida por tritones. A la izquierda está la Quintana de los Muertos, que es el antiguo cementerio de los canónigos. El antiquísimo portal de la catedral, situado a este lado, es el único que se abre en el año del jubileo; sobre él campea Santiago vestido de peregrino, y debajo, en nichos cuadrados, se ve a doce santos, seis a cada lado. Esta es la puerta por donde entran los peregrinos. En el lado del este de la Quintana está la iglesia consagrada a san Payo, Pelayo. Se dice de este altar que es idéntico a uno en el que ofició el mismísimo Santiago, pero Morales (Viaje, 132) descubrió, con gran horror, que se trata en realidad de una tumba romana convertida en altar. Morales consiguió que se borraran las inscripciones latinas y paganas, con gran indignación de los gallegos, que sostenían que D. M. S. (o sea, Diis manibus sacrum) significaba realmente Deo maximo sacrum. ¿Y quién osará decidir, cuando los doctores mismos están en desacuerdo?

El solar sobre el que está construida la catedral dista mucho de ser llano en toda su extensión, de ahí que tenga que haber escalones; y subsiste, de todas formas, una parte de la primera edificación. El cuarto y último lado se abre al norte, en la Azabachería o plaza de

San Martín. El primero de ambos epítetos se deriva de la palabra azabache, mineral del que se hacen innumerables rosarios, que se fabricaban en este mismo lugar y se vendían a los peregrinos según iban entrando, de la misma manera que actualmente ocurre en Jerusalén, y también en el patio grande de La Meca. Todo esto se ha tomado del Oriente, pues Azzabach, del persa Schabah, significa pequeñas cuentas negras. La elaboración de estos rosarios constituye una lucrativa artesanía en todas las ciudades que son centro de peregrinación, ya estén en el Oriente o en la Península Ibérica. Los monjes mendicantes elaboran sus cuentas con la madera de cierta baya parda de maíz, que era exactamente la Sibhá o cuenta islámica, y también se hace con bayas, Hab; las divisiones entre los misterios se indicaban con astillitas de viñas, sarmientos. Estas santas cuentas se ofrecían, como haciéndoles un gran favor, a los que, a cambio de ellas, llenaban la bolsa del oferente, y la tarea de ir pasándolas con los dedos proporcionaba a su vez un remedio para la indolencia de los españoles devotos: es así como los moros piadosos se pasan la vida contando las cuentas de sus Twer. El rosario del moderno mahometano egipcio, el Sheb'hhah o Suub' hhah, consta de noventa y nueve pequeñas cuentas, con indicadores de división entre ellas (Lane, I, 92). Con cada una de estas cuentas, el musulmán piadoso repite un epíteto de Dios, cuyo nombre se guarda hasta el momento final y más grande. En el celoso servicio de su Dios único, el mahometano contrasta con el español mariano, el cual, habiéndole tomado a él el rosario, lo ha adaptado a su adoración femenina. Pocas mujeres españolas van a la iglesia sin este utensilio oriental; y su devoción consiste en "numerar avemarías en las cuentas de su rosario".

Los dominicanos eran los administradores y grandes predicadores de las virtudes del rosario, así como también de sus milagrosas propiedades, pues la Virgen le había dado su propio rosario a santo Domingo, y su mismo nombre, rosario, se deriva del dulce perfume que exhalaba. Se lleva en la mano, o atado alrededor del cuello, mientras que la excelente cuerda de san Francisco se lleva únicamente en torno a la cintura. Se ha observado que, después de muertos sus dueños, las manos de muchos monjes españoles huelen a attar o aceite esencial de rosas, debido a que en vida estaban constantemente pasando entre los dedos las cuentas de su rosario, sin lavarse luego nunca su fragancia, de la misma manera que el

cigarro puro deja su aroma en los dedos del más profano fumador. Los analfabetos, ya sean moros, chinos o españoles, encuentran en estas cuentas oportuna ayuda para difíciles operaciones aritméticas, como contar las "largas plegarias" y las frecuentes repeticiones que el cristianismo condena sobre todo, y que el Papa y Mahoma, también sobre todo, exigen, por considerar que las tales repeticiones tienen por sí mismas en ambos credos una auténtica virtud salvadora, cuando lo que realmente han hecho es trocar esencias espirituales en meras formas. El rosario debería constar de ciento cincuenta cuentas, entre las cuales solamente se tolera un Paternóster, o sea, la plegaria del Señor, por cada diez Avemarías; "¡o sea, apenas medio penique en toda esta intolerable abundancia de mercancía menor!". Las oraciones se dividen por medio de ciertos intervalos en la cuerda en que están enhebradas las cuentas. Santiago y Sevilla eran las grandes ciudades del rosario. El curioso canturreo reaparece aquí, pero el himno resuena ásperamente cuando lo cantan gallegos de garganta irritada, que aúllan en su clima acatarrante tan bárbaramente como en los días de sus antepasados: "Barbara nunc patriis ululantem carmina linguis" (Silio Itálico, III, 346). Y no es que estos rosarios de azabache sean menos sombríos que los que se hacen en el soleado sur. Pocos, empero, de los rosarios de la edad de oro española han escapado al sacrílego crisol. Los de elaboración cordobesa o mexicana están exquisitamente elaborados en pura filigrana de oro y moteados de piedras preciosas; pero las virtudes del rosario requerirían todo un grueso volumen por sí solas.

El segundo nombre de esta norteña plaza de San Martín se refiere al enorme convento de ese mismo santo, que fue fundado aquí el 26 de julio del año 912 por el rey Ordoño II. San Martín es venerado en Santiago en segundo lugar, junto a Santiago mismo, y en realidad, como en el caso de los capitanes generales mortales de España, es considerado segundo cabo de la provincia, o, como nosotros decimos: vice lord del condado, o sea, de la misma manera que entre los paganos Cástor y Pólux, siempre a caballo, y siempre presidiendo en pareja; así de fuerte era la fe de los aborígenes iberos antes de que Roma introdujera en la Península su propio politeísmo. Ahora Santiago es el Bandua, o sea, el dios de la guerra de los españoles, y san Martín es su socio, como su Vexillor. Este es el mismo orden, exactamente, que vemos en la antiquísima

inscripción, mutato nomine: Deo Vexillor Martis socio Banduae (Masdeu, “H. C.”, V, inscripción 86). Los romanos, que se inquietaban muy poco por la religión abstracta de sus súbditos, con tal de que pagasen sus impuestos y obedeciesen las órdenes del pretor, aceptaban sin la menor objeción a los dioses locales en su amplio panteón, y dispensaban ad eundem el rango y la ceremonia debida, dando así ejemplo a san Gregorio Magno.

San Martín, si celebrara un sondeo de opinión en toda la cristiandad, resultaría ser más generalmente venerado que Santiago, cuya influencia es más bien cosa de la localista y aislada España, porque, vamos a ver, ¿dónde hay una ciudad europea que no tenga su san Martín? San Martín fue el gran fundador de conventos del siglo IV, y sus monjes, como es natural, consagraban altares a su defensor y benefactor, y así fue como la primera iglesia cristiana que se edificó en Inglaterra le fue dedicada a él. Como san Martín fue también un gran iconoclasta, y destructor de imágenes e ídolos de los paganos, se sentiría ahora muy apenado y dolido, ciertamente, si pudiera volver a Santiago y a la Península Ibérica, donde, ahora que está muerto, se erigen más imágenes en su honor que las paganas que él mismo rompió estando vivo. Tours es la auténtica Compostela de san Martín, y en Tours fue donde la simple exhibición de sus reliquias bastó para espantar a los normandos. La moderna palabra “capilla” se deriva, según Ducange, de la camarilla donde se adoraba la capa corta o capilla de este santo, pues estando vivo, él mismo, en una ocasión, la había cortado para cubrir los hombros desnudos de un mendigo, y este acto tan especial es el que habitualmente se representa en España en los cuadros y las estatuas de san Martín, y con razón, ciertamente, pues nadie es capaz de apreciar este acto de caridad más y mejor que la gens togata de nuestro tiempo, aunque también es cierto que en ningún otro sitio se encontrará menos gente de esa laya que esté dispuesta a seguir tal ejemplo, ni siquiera cuando de lo que se trata es de ayudar a una dama. Da mihi et beatae Martinae. Este antiguo convento ha sido casi totalmente modernizado. Es realmente impresionante, y parte de él cuelga casi sobre un abismo; tiene un bello jardín y domina espléndidas vistas desde sus magníficos y largos corredores. En otros tiempos fue uno de los conventos benedictinos más opulentos, y ahora es un cuartel.

La entrada dórica moderna es obra de Casas y Novoa, de 1738. El gran patio fue reconstruido en 1636 y se terminó en 1743, como indican las fechas que están sobre sus arcos. Fue este un feo periodo de mal gusto general, cuando los modelos que se ofrecían a nuestras asociaciones de beneficencia para sus caritativas edificaciones, que actualmente desfiguran nuestra dulce Inglaterra, eran una mezcla de cuarteles, bastillas y asilos; pero recordemos que los criterios por los que se regían tales construcciones eran, fundamentalmente, dos: habitabilidad y baratura. En fin, obsérvese la bella fuente, con tres surtidores y cabezas de sátiro. El interior del convento está a la altura del exterior en tamaño y volumen, pues, por ejemplo, uno de sus pasillos tiene doscientos cinco pies de longitud de un extremo al otro. La biblioteca fue soberbia. Los benedictinos eran Orden erudita y fomentaban las escuelas y colegios y la investigación de antigüedades. La capilla es ahora parroquia, y respira mal gusto, con un tejado teselado que resulta pesado y de techo amazacotado. El retablo es del peor churrigueresco que cabe imaginar, pero en él se ve a Santiago y a san Martín cabalgando juntos en paz y silencio, como fratres Helenae, lucida sidera, en un fricassé de dorado pan de jengibre. El púlpito está hecho con ricos mármoles: la sacristía circular es bonita. Desde la Azabachería hasta la gran plaza de enfrente hay una arcada comunicante bajo el palacio del arzobispo.

Entremos ahora en la catedral por la Azabachería, primero mirando la moderna cubierta, la cual, con sus niveles dórico y corintio, su pesado tímpano, sostenido por cariátides de esclavos moros, con Santiago sobre ellos, vestido de peregrino, etcétera, fue construida en 1765 por un tal Domingo Antonio Lois Monteagudo, gallego, lo que es como decir constructor beocio. La fachada original había sido estropeada antes por un tal Sarela, sujeto, por cierto, que bien habría merecido ser arrojado de cabeza al río del mismo nombre.

El interior ha salido mucho mejor parado, y es muy impresionante. Se ha conservado deliberadamente en relativa oscuridad, con el fin de incrementar el efecto de las iluminaciones del altar mayor, con lo que la imagen del santo tutelar resalta hasta convertirse en su principal adorno. La catedral traza una bella cruz, cuyas capillas laterales no dañan el efecto general. Las tres grandes naves son estrechas en proporción a la altura y longitud del conjunto, y la central es la más alta. Los entrepaños son ligeros y elegantes, y

contrastan con el enorme grosor de las paredes exteriores. En torno al coro hay galerías bajas, y también arriba, con una arcada abierta de arcos doblemente curvos. Los dos extremos del crucero de la catedral antigua siguen igual que siempre, y sus nuevos frontispicios, construidos fuera de ellos, incrementan el extraño efecto general. Las oscuras alas o naves laterales parecen pasillos y están llenas de confesionarios, cada uno dedicado a un santo distinto, mientras que los destinados a peregrinos extranjeros llevan escritos los idiomas que el sacerdote que los ocupa pasa por entender. Esto era necesario en otros tiempos, cuando llegaban a Santiago peregrinos de todos los países, pero ahora los confesores gallegos únicamente saben los idiomas foráneos comme des vaches espagnoles. Los confesionarios políglotas son del mismo tipo que los que en la basílica de San Pedro ofrece Su Santidad, el vivo oráculo, como en el santuario peregrino de Delos, donde los himnos se componían en todos los idiomas: pantwn d anqrwpwn fwnaj (Homero, Himno Apol., 162).

Cerca de la capilla de los Reyes está el gran confesionario, en el que únicamente el penitenciario puede sentarse; y, para hacerlo, este gran dignatario queda exento de asistir al coro: su garita lleva la inscripción “Tabula post Naufragium”. Y a él solo podían recurrir los monjes, el clero en general y los hombres de alto rango, para confesar sus peores delitos; y él, por su parte, tenía poderes absolutorios en proporción a tal clientela, pues sus capaces orejas eran la cloaca máxima de pecados que nunca debían sonar en oídos de menor calidad. Él perdonaba, gracias a los méritos y a la intercesión de Santiago, les forfaits que le courroux des dieux ne pardonne jamais. Y no se crea que esos personajes, que de tan lejos llegaban a su regazo, fuesen jamás tratados con dureza, pues el interés del capítulo consistía precisamente en atraer a pecadores opulentos para hacerlos dadivosos, y los grados anteriores de arrepentimiento corriente, o contrición, es decir, el dolor de haber pecado porque ofende a Dios, y atrición o dolor de haber pecado por miedo al castigo, se dan por supuestos por el hecho mismo de haber realizado la peregrinación. Es preciso confesar que los confesores, pues a todos los inspeccionamos personalmente, decepcionarían a la mayor parte de los lectores de la señora Radcliffe, pues no tienen mucho de la sobrenatural cogulla de Schidoni, que desgarra el alma, y todos estos confesores son, en su

mayor parte, gordos y están bien alimentados, con ojos de lirón aburrido, sobre todo cuando les toca atender a las necesidades espirituales de alguna vieja charlatana, y ante la perspectiva de tal pandilla a su alrededor, al acecho de su turno, como pacientes a la puerta de un médico que pasa consulta gratis; los confesores, como enfermeros de hospital, se vuelven enseguida duros y ásperos, por la sola fuerza de una larga costumbre, y, como sangrados españoles, llegan a dudar de la eficacia de sus propios remedios. El deseo de confesarse, y la fe en el efecto mágico que produce un golpecito de varita mágica en el hombro, gracias al cual el penitente queda espiritualmente blanqueado, va en disminución casi de día en día entre los españoles del sexo masculino, que preferirían con mucho ver a sus esposas y a las mujeres de su familia liberadas de tan abominable interrogatorio, gracias al cual el sacerdote puede espiar los secretos más recónditos de las familias; esto, naturalmente, le permite acosar moralmente al sexo débil, el cual, incluso en las más favorables circunstancias, es con frecuencia incapaz de guardar secreto alguno, excepto el de su edad. El confesionario es una atroz arma policial e inquisitorial, de cuyo contaminante escrutinio no suele estar libre ningún hombre ni mujer en España. “La más estricta delicadeza”, dice Blanco White, “es insuficiente para neutralizar del todo su tendencia desmoralizante; y sin el menor sentido de responsabilidad, y con frecuencia incluso convencido de estar cumpliendo concienzudamente lo que él considera que es su deber, es el confesor, y no otro, quien induce en la mente femenina el primer hálito mefítico que macula su pureza virginal”. Ese escritor, que conoce bien toda la verdad, no se atrevió a ir más allá en este tema; esta especie de interrogatorio se puede ver en el libro Sánchez de Matrimonio, o en cualquiera de los prontuarios que se venden doquier para uso de jóvenes confesores, y en comparación con los cuales el doctor Dens y su basura son nieve virgen.

En otros tiempos, confesarse era absolutamente necesario para conseguir las mercedes del Apóstol, y transmitir información sobre ese tema era el objeto de las medievales predecesoras de la señora Starkes; y así vemos que en la primera edición inglesa de la Guía de España se daban detalles más exhaustivos, ciertamente, que los nuestros sobre el poder de los confessourez o confesores para absolver y especificar penitencia, e incluso para “absolver cualesquiera cosas”. Este limpiar el alma de toda suciedad moral se

encontraba sobre todo en el lado norte, donde “hay perdón y mucha pulcra gracia”.

La efigie sagrada del marcial intercesor está puesta, como en los tiempos en que Al-Mansur estuvo aquí, en el principal y aquí aislado altar: esto era habitual en todas las antiguas iglesias gótico-españolas de Asturias. Este simulacro es exactamente el mismo que el ídolo ibero “Nethon, Martis Simulacrum, quod maxima religione colebant” (Macrobio, Sat., 1, 19). La base se compone de mármoles ricamente pulidos, ceñidos por pilares dorados, adornados con follaje y uvas, posiblemente en recuerdo de la cueva de Baco. Pero cualesquiera sentimientos de antigüedad y veneración que pudieran surgir en nosotros quedan mellados por el abominable, inmenso y alto dosel o baldaquino que se rezaga por encima y detrás de la imagen, en lugar del habitual retablo; esta hojarasca, tallada y dorada en el peor estilo del churriguerismo, es una mezcla de estilos pagano, clásico y salomónico, y es cualquier cosa, ciertamente, excepto cristiana, mientras que los pesados ángeles que la sostienen no exhalan nada de celestial. La imagen fue tallada por Mateo para Gelmírez, de “una piedra que para nada servía, y por mano provecta” (Wis. Sal., XIII, 10). En su mano derecha el Apóstol tiene asido el bordón o cayado de peregrino, con una calabaza dorada atada a su extremo: cum baculo peraque (Marcial, IV, 53); y es que aquí tenemos al mofado cínico de los paganos convertido en el tipo del dios del peregrino católico. En su mano derecha ase un letrero que dice: “Hic est corpus Divi Jacobi Apostoli et Hispaniarum Patroni”. El rostro está pintado, y su expresión es regordeta y vulgar, con nariz hinchada de bebedor persistente y ojillos centelleantes, más semejante a un engreído y obseso canónigo menor que a todo un capitán general, destructor de sesenta mil moros de una sola vez, y uno de los hijos del trueno, nada menos, Boanerges. Pero es que los ídolos de la gente tosca son anteriores a las bellas artes, y solo con el tiempo alcanzaron una santidad convencional independiente de la forma; más aun, cuando la belleza y la gracia ocuparon su lugar, se perdió el serio y hondo sentimiento religioso. La reverencia se fundió entonces con la admiración artística, y los altares, como se ve en Roma, pasaron a ser visitados como se visitan las galerías de arte, y la serena belleza sedujo al peregrino y al anacoreta. Y así, cuando León X sucumbió ante el bello pecado (porque el cinquecento o resurrección de la

Antigüedad fue casi renacimiento del credo tanto como del arte pagano), la severa majestad de la insultada religión se vengó en la reforma iconoclasta.

Se da gran importancia a la capucha o capa corta que lleva la imagen de Santiago, la esclavina, una especie de mantilla parecida a la que usan los policías londinenses y los cardenales romanos. Por cierto, también recibe el nombre de dengue, por su parecido a una especie de mantilla que usan las mujeres o algún moderno cardinal. En otros tiempos se hacía de oro, pero el señor Ney lo confiscó, pensando, como Dionisio el tirano cuando robó la mantilla áurea de Júpiter, que una capucha o capilla de lana sería más cómoda en este húmedo clima gallego. La actual esclavina está ornamentada por los adornos propios de un santo y capitán general, a saber: cañones y conchas, tanto veneras como bombas. Y es posible, después de todo, que en la batalla de Clavijo se usara artillería milagrosamente, a pesar de correr entonces el año 846, de la misma manera, al fin y al cabo, que san Cecilio habló español. Solamente los obispos pueden decir misa ante esta imagen, o también canónigos de una dignidad llamada cardenalicia, de los cuales solía haber siete en las grandes ocasiones. En esas ocasiones el altar se decora con la exquisita Custodia de plata que es obra de Antonio de Arphe, en 1544, y con la pequeña figura dorada de Santiago, cuya aureola se compone de rubíes y esmeraldas relucientes como colas de pavo real. La mayor parte de las lámparas de plata desaparecieron en 1809; pero bajo el cimborrio cuelga todavía el gran incensario con coronas perfumadas. También el tabernáculo está encajonado en plata.

Gracias a la influencia de un amigo del capítulo, nosotros, a pesar de ser protestantes, pudimos disfrutar de una visita guiada por todo el ceremonial de la peregrinación. El recién llegado sube algunos escalones que hay detrás de la imagen, pone ambas manos sobre los hombros de esta y besa la capucha. Esto se llama el fin del romaje, o sea la meta de la peregrinación. Esta osculación es el homenaje esencial; era así como la gente de Agrigento besaba a su imagen de Hércules (Cicerón, In Ver., IV, 43), y como ahora la multitud romana besa al viejo Júpiter con una cabeza nueva de san Pedro. Todos lo besan, algunos en el dedo gordo del pie, otros en los hombros, pues la parte del cuerpo que se bese es pura cuestión de costumbre o convención, como en La Meca el hadji mahometano

besaba la piedra negra de la Kaaba.

Después de la osculación, el peregrino sigue hasta uno de los confessourez, donde se limpia la conciencia y es absuelto de toda suciedad moral, como el dispépsico después de una cura de purgativos. A continuación, comulga y recibe el certificado o, como se llama aquí, su compostella: un documento latino impreso, firmado por el canónigo, "Fabricae administrador", que certifica que el aludido ha cumplido con todas las ceremonias devocionales necesarias para erigirse en romero, hadji o peregrino, y vuelve puro como la nieve como recompensa a sus acciones. Esos compostella se depositaban frecuentemente con los demás títulos y documentos familiares en prueba de la visita, ya que, de otra forma, fincas y tierras que estuviesen sujetas a ciertas vinculaciones o mayorazgos no podían ser heredadas.

En la sillería del coro se ven temas sacros tallados en el año 1606 por Gregorio Español; los dos púlpitos de bronce o ambones, uno a cada lado de la reja del altar mayor, son obras maestras del arte del cinquecento, y fueron hechos por Juan Bautista Celma en 1563. Obsérvense los seis exquisitos alto-relieves dorados, en los que están talladas batallas y temas sacros, pues en ellos se ve cómo la restauración del paganismo lucha con la catolicidad, y vemos sirenas mezcladas con temas religiosos. No hay muchos más ejemplos de bella arte en esta catedral, pues Galicia, al fin, es una Beocia. Los retratos de San Pedro y San Andrés fueron pintados por Juan Antonio Bouzas, un imitador gallego de Luca Giordano, su maestro.

Detrás del Apóstol hay una habitacioncilla donde se guarda lo que queda de la plata catedralicia. Obsérvense dos piezas de oro muy antiguas, dos copones. Hay también un Salvador sentado bajo un nicho gótico con dos ángeles y varias jarras y jofainas en forma de venera. La visita siguiente debe ser al relicario, donde se encuentran muchos relicarios exquisitamente trabajados, y obra de orfebrería, amén de la habitual colección de huesos, harapos, etcétera, que no describo aquí con detalle porque hay catálogos impresos con todos esos objetos, que se reparten gratis y están en latín, español y francés, con el añadido de "ochenta días de indulgencia" para quienes repitan un Padrenuestro y un Avemaría delante de esta

imagen, lo cual, por cierto, es también gratis y por la gracia del arzobispo. Las reliquias de esta estancia son señaladas y explicadas por un cura que con ayuda de un largo palo, el cual pasa revista, una a una, a todas estas maravillas por orden y con apatía de actor fatigado. En otros tiempos había aquí lenguageros, o sea, algo así como lingüistas, que explicaban en todos los idiomas de la Tierra cuanto este cura decía a los visitantes. Obsérvense unas gotas de leche de la Virgen, muy fresca y blanca, una espina de la corona, que se pone roja todos los Viernes Santos, varios recordatorios o restos de las once mil vírgenes, y un gran molar de san Cristóbal. Nos impresionó considerablemente un diente, bien es verdad que algo menor, de Santiago mismo, regalo de Gaufridus Coquatrix. Este relicario recibe también el nombre de la capilla de los Reyes, en la que las lápidas reales han sido bárbaramente modernizadas. Algunas de las estatuas sepulcrales son de remota antigüedad, por ejemplo, la de don Ramón, que data de 1126; o la Fernando II, de 1226; la de Berenguela, de 1187; la de Alonso IX de León, 1268; o la de Juana de Castro, de 1412. Las tumbas esmaltadas de san Cucufato y san Fructuoso son curiosas, como también los relicarios engastados. El rico crucifijo engastado, que contiene una astilla de la verdadera cruz. (Morales, por desgracia, demostró que era en realidad palo de peral) es uno de los más antiguos ejemplos de platería cristiana auténtica en existencia; es obra de filigrana dorada y está moteada de piedras preciosas sin tallar, y lleva esta inscripción: “Hoc opus perfectum est in era ixoo et duodecima. Hoc signo vincitur inimicus, hoc signo tuetur pius; hoc offerunt famuli Dei Adefonzus princeps et conjux”. Es decir, que fue hecho hacia el año 874, y se parece a la cruz de Oviedo, obra de ángeles; la figura de Cristo que hay sobre esta cruz es más moderna. Aquí hay también dos candeleros de arabesco dorado, moteados de piedras preciosas y con bassi-relievi del Rey Chico, de los que se dice que fueron sacados de la Alhambra en 1492, pero lo cierto es que son modernos, y su verdadera fecha es el año 1673. El tesoro, que se encuentra arriba, posee un bello techo artesonado. Aquí está la urna, el sarcófago de plata con la estrella encima donde se deposita la Hostia en Viernes Santo cuando es puesta en un bello viril hecho en el año 1702 por Figueroa de Salamanca.

Una de las antiguas entradas del crucero se conserva porque está protegida por un paramento moderno, y merece ser observada con

atención; consta de tres arcos: en el centro está La Gloria, o sea, el Paraíso, con el Salvador rodeado de ángeles y santos, y con profetas en las columnas. El arco pequeño está a la derecha y se llama El Infierno, por causa de lo apropiado de sus temas. Obsérvense los músicos y sus ropas y sus instrumentos. Todo eso fue diseñado y hecho, en su mayor parte, por el Maestro Mateo, cuyo nombre consta en una inscripción, con fecha de 1226, o bien del año de nuestra salvación 1188. De las capillas hay una que es que sumamente interesante, y que está dedicada a la Virgen del Pilar, en memoria de su descenso del cielo a Zaragoza sobre un pilar para ir a visitar Santiago. Obsérvense los jaspes y los mármoles preciosos, así como también el primoroso retablo. El fundador, Antonio Monroy, 1725, era un rico prelado mexicano, y está enterrado aquí: la cabeza de un noble viejo arrodillado es realmente admirable. La capilla del Rey de Francia conserva un delicado retablo de Berruguete en delicado blanco y oro; aparte de esto, las antiguas tumbas y mamparas de la catedral han sido lamentablemente modernizadas y ocultadas, y muchos son los sepulcros antiguos que han sido quitados de aquí: elíjase la capilla del Espíritu Santo como ejemplo, y obsérvese en ella la efigie recostada de Didacus de Castilla y, una vez hecho esto, el viajero puede ver la Virgen de las Angustias en el trascoro; finalmente, al irse de la catedral, deténgase a visitar la corticela o parroquia, la cual, como de costumbre, es un edificio aparte. Se trata de un bello ejemplo del estilo anterior, con tres naves, arcos redondos y ábsides. Recientemente ha sido abominablemente repintada en un estilo, como dice el capitán Widdrington, propio más bien para la sala de espera de los actores de un teatro de provincia.

La Universidad de Santiago es muy frecuentada, ya que los colegios menores han sido suprimidos e incorporados a ella. El edificio es pesado, con un portal jónico, pero el sencillo patio es mejor. La biblioteca es una bella estancia, y está bien abastecida de libros, los cuales, por cierto, no es que sean de gran valía, pues en realidad son sobras de bibliotecas conventuales: aquí, empero, se encuentran diversas obras francesas y (rara avis) el libro de debates parlamentarios de Cobbett en encuadernación de auténtico half-russia británico, que ofrece fuerte contraste con la encuadernación española de pergamino o vitela; el mismo contraste que ofrecen los rubicundos soldados de Gibraltar frente a los cetrinos y pálidos

españoles de La Línea. Los conventos de Santiago, tan magníficos en otros tiempos, están ahora tristemente profanados, medio en ruinas y desiertos: visítese, a pesar de todo, el de San Francisco, pues su capilla, que ha sido ahora transformada en parroquia, es bella y tiene un buen techo: detrás del altar se ve un retrato de un cierto Monroy, un antiguo benefactor de esa iglesia. El claustro de la semidestruida iglesia de San Agustín merece ser estudiado, como también el campanario cuadrado de la de Santo Domingo. Entre las parroquias de la ciudad cabe mencionar la de San Félix de Solovio, que es obra de Martín París, 1316, pero ha sido muy modernizada. En Las Ánimas hay algo de buena escultura pintada, sobre todo representaciones de la pasión de nuestro Salvador, cuyo artífice es un tal Prado.

El paseo público llamado Susana es encantador. En 1823 fue destruido por los absolutistas, porque había sido tendido por los liberales, los cuales, a su vez y en justa reciprocidad, procedieron a degollar una estatua que había en la plaza del Toral; pero sobre este asunto será mejor que el lector consulte otra parte de esta obra donde se explica la tendencia española a vengarse en obras que con frecuencia son incluso beneficiosas.

El artista y el naturalista irán, sin duda, a ver el mercado de la plaza del Pan, donde podrán estudiar historia y vestido. Las mujeres van vestidas de hilo blanco o rayado, que ellas se echan sobre la cabeza en lugar de mantillas, mostrando sus sayas oscuras. Los hombres, por su parte, se tocan con una singular montera en forma de yelmo (la mitra cristata de sus antepasados) que sus queridas les hacen con telas multicolores. Los domingos, como es costumbre en Galicia, son gran día de mercado, y entonces, después de misa, se baila y se toca la gaita gallega, todo el mundo se pone de lo más elegante y se juega al bastón, que es una especie de esgrima.

Los caminos que salen de Santiago o conducen a esa ciudad son abominables. Desde hace muchos años se habla de mejorarlos, y hasta se han diseñado planes con este objeto, y se piensa, sobre todo, en la posibilidad de tender buenas comunicaciones para vehículos entre la capital y Lugo y Orense. En otras provincias de España se llama el Camino de Santiago a la estelar Vía Láctea del cielo, pero los gallegos, que conocen muy bien el verdadero estado

de sus caminos, o sea, los peores de nuestro planeta, prefieren llamar a la Vía Láctea El Camino de Jerusalén. Los paganos solían atribuir, poéticamente, este fenómeno a algo de leche derramada por Juno. Y por eso los monjes, nuestros primitivos jardineros, cambiaron el nombre de Juno por el de la Virgen, y llamaron al cardo de leche, también llamado titímalo o lechetrezna, Carduus marianus.

Entretanto, los caminos de Galicia siguen bajo el patrocinio de Santiago, que ha sustituido al romano Hermes, o Macadam, y se muestran tan inmunes a las reparaciones mortales como la mismísima Vía Láctea celeste. El deán de Santiago es custodio oficial y, especialmente, "protector" de caminos virtute dignitatis. El capítulo, empero, profesa sobre todo suavizar el camino hacia el otro mundo, y sus miembros han degenerado completamente en comparación con sus antecesores, cuyo principal objetivo consistía en tender caminos de herradura para los peregrinos; aunque, desde la invención de los carruajes y la desaparición de hadjis generosos en dádivas, apenas si se ha hecho algo en ese sentido.

RUTA LXXXV

DE SANTIAGO AL CABO FINISTERRE

	Leguas	
Puente Maceira	3	
Buen Jesús	4	7
Corcubión	$3^{1/2}$	$10^{1/2}$
Finisterre	1	$11^{1/2}$

Todos los amantes de la naturaleza silvestre, ya sea por mar o por tierra, debieran hacer esta pintoresca excursión, que además está llena de interés para el marino. Contrátese a un guía local y consígase algún tipo de presentación para Corcubión, pues la gente de ese lugar es tan hosca y silvestre como su comarca misma. Los lectores de La Biblia en España de George Borrow recordarán sin duda el escalofriante relato de cómo se salvó de morir de un tiro en nombre de don Carlos, de la misma manera que lord Carnarvon estuvo a punto de ser ejecutado en ese mismo lugar en el de don Miguel; y también el capitán Widdrington fue detenido en estos lugares por sospecharse de él que fuese un agente de Espartero. Pero ningún absurdo es excesivo para los pequeños don nadies locales de España, que casi nunca se comportan con sensatez; y, cuando se despiertan en ellos sospechas o temores, se muestran tan

sordos a los dictados del sentido común o de la humanidad como los mismísimos bereberes. Cuando de extranjeros se trata, todas las clases suelen concebir las más extrañas ideas y, en lugar de esforzarse justa y razonablemente, por llegar a la verdad del asunto, lo que hacen es tergiversar cualquier palabra y torcer cualquier acto de modo que se ajusten a sus estúpidos prejuicios, y así es como, en sus recelosas mentes, las insignificancias se vuelven pruebas tan irrebatibles como Sagradas Escrituras. El señor Borrow, menos mal, fue salvado por el alcalde de Corcubión, quien, de estar vivo, sería un verdadero fénix, digno de ser mencionado en cualquier guía o manual, pues resultó ser, nada menos, lector del Gran Baintham, como él decía, refiriéndose a nuestro ilustre Jeremy Bentham, a quien los reformadores españoles pidieron que les escribiera una Constitución, aunque sin tener una idea muy clara de lo que tal palabra pudiera significar. Corcubión, su bien protegida bahía y su rico valle, han sido bien descritos por Basil Hall, que había pasado por allí antes de que el aficionado a Bentham ocupase su alcaldía. En abril de 1809 la fragata británica Endymion fue enviada allá para ayudar a los patriotas, pero él ha dejado buena constancia de la jactancia irresponsable, la cobardía y la imbecilidad de la Junta. Esos patriotas, empero, no eran otra cosa que una muestra de tantos grupos de su índole como aparecieron por toda la Península. En cuanto las tropas de Ney hicieron acto de presencia allí, la Junta puso pies en polvorosa, y entonces los pacíficos habitantes fueron masacrados, sus casas incendiadas y sus mujeres violadas como la cosa más natural del mundo.

Corcubión, cuya población asciende a mil doscientos habitantes, es una pobre ciudad pesquera situada en una ladera junto a una ría encantadora; el puerto es seguro, y en otro tiempo estuvo defendido por dos fuertes que ahora están desmantelados. La pescada y las sardinas de sus aguas son excelentes; el noble cabo, llamado así, El Cabo, que se ve en todo su esplendor desde El Pindo, se levanta majestuosamente a unas dos leguas de distancia. Y henos aquí, llegados al extremo occidental del Viejo Mundo, el Promontorium Nerium, Finisterrae. Este Fin de la Tierra es la comarca de los arotebrae, o artabri, palabreja esta que los fantasiosos etimólogos célticos interpretan como Ar-Ot-Aber, o sea, “colgante sobre el mar”. El Atlántico, ciertamente, es una maravilla, y lo sería aun cuando no hubiese crecido al doble su gloria natural gracias a las

victorias británicas.

Fue aquí mismo donde (el 3 de mayo del año 1747) Anson se enfrentó con los escuadrones franceses conjuntos de las indias occidentales y orientales, al mando de la Jonquière. Y les dio a probar el temple nelsoniano, es decir, que se cargó él solito a todos sus navíos de línea o alto bordo, que sumaban seis, más otros cuatro navíos armados del comercio con las Indias. Y entonces, el capitán de la "Invencible" (nombre este que los extranjeros gustan de dar a sus armadas), tendiendo su espada a Anson, le dijo: "Vous avez vaincu l'Invincible, et La Gloire (otra de sus presas) vous suit". Tanto la victoria inglesa como el cumplido francés fueron igualmente bonitos.

Y fue también aquí donde, el 4 de noviembre de 1805, sir Richard Strachan cogió por sorpresa a Dumanoir y capturó a los cuatro fugitivos de Trafalgar; y Le Formidable, la nave misma de Dumanoir, fue la primera en rendir la bandera.

E igualmente, en esas mismas aguas, sir Robert Calder se había encontrado cara a cara con el almirante Villeneuve el día 22 de julio de 1805; Calder mandaba una flota de solo quince naves de línea y dos fragatas, mientras la francesa constaba de veintiún naves de línea, tres de ellas de muy gran tamaño, y cinco fragatas. Aun cuando eran diecisiete naves contra veintiséis, Calder atacó a su enemigo, tomándole dos de sus naves de línea; y menos mal que, justo entonces, una densa niebla les cayó encima a los combatientes, porque los franceses la aprovecharon para escapar, metiéndose en El Ferrol, de donde salieron para ser desbaratados en Trafalgar.

Los franceses aseguran que ese día la victoria fue suya, porque, acostumbrados como estaban a perder todas sus naves en las batallas navales, en esta solamente perdieron dos; y los ingleses, por ser "una nación de tenderos", aun cuando muy habituados a hacer pingües negocios en este ramo, casi interpretaron este éxito como un revés, incapaces de comprender cómo sus diecisiete naves no habían conseguido capturar por lo menos a la mitad de las de las veintiséis de los franceses, razón esta por la cual el bravo Calder fue llevado ante un consejo de guerra que le pidió cuentas de la insuficiencia de su victoria. Su defensa, empero, fue imposible de

refutar, y Nelson, siempre justo ante un hombre valiente, como el duque de Wellington enjuiciando a Moore, afirmó “que él mismo, con tan pocas naves, quizá no hubiera sido capaz de hacer tanto”.

Bonaparte recibió la noticia de su victoria naval con infinito descontento, ya que frustraba por completo su invasión y conquista de Inglaterra. El resumen de la “V. et C.” (XVI, 143) es típico: “Ainsi, par une bizarrerie que nous ne chercherons pas à expliquer, l’amiral français, après avoir été réellement vainqueur dans l’action du 22, laissait entre les mains de son adversaire le gage de la victoire, deux bâtiments qui allaient étre considerés comme la preuve matérielle que 15 vaisseaux Anglais en avoient battu 20 Français et Espagnols” más bien habría debido decir que diecisiete barcos ingleses habían podido con veintiséis franceses.

Los que quieran seguir hacia Asturias y deseen visitar este rincón de Galicia, pueden hacer el circuito que damos a continuación. Las señoras pueden hacerlo en una litera, o bien en una silla de manos colgada entre dos mulas.

RUTA LXXXVI

DE SANTIAGO A LUGO POR PONTEVEDRA

	Leguas	
El Padrón	4	
Caldas del Rey	3	7
Pontevedra	2	9
Puente San Payo	1	10
Redondela	4	14
Vigo	2	16
Porriño	2	18
Tuy	2	20
Codesas	2	22
Tranquería	2	24
Ribadavia	3	27
Orense	4	31
Readago	$1^{1/2}$	$32^{1/2}$
Chamada	$3^{1/2}$	36
Taboada	2	38
Narón	$2^{1/2}$	$40^{1/2}$
Lugo	4	$44^{1/2}$

La bajada desde Santiago es larga y montañosa. Hacia el final del valle hay una iglesia de la Virgen, que en otros tiempos fue santuario para toda clase de delincuentes, los cuales han dejado testimonio de su gratitud a la patrona del lugar en forma de numerosas ofrendas votivas. Estos asilos de delincuentes, antiguamente tan numerosos en España, han sido ahora revisados severamente por la opinión pública: son de origen pagano y oriental, y en tiempos de violencia ofrecían una especie de tosca equidad que incluso el poder armado respetaba. Más arriba se encuentra el pico Sacro, colina cónica de cuarzo cristalizado; su santo epíteto no es más que traducción del gallego antiguo Mons Sacer, descrito por san Justino (XLIV, 3); la comarca es verde y agradable, abundante en maíz y fruta, y todo el camino hasta San Juan de Cova es sumamente pintoresco. El Padrón, o sea, el patrón, es la antigua Iria Flavia, nombre que aún se conserva en la Colegiata de Santa María, que tiene rango de catedral. Esta ciudad, cuya población asciende a ocho mil quinientas almas, está situada a orillas del Sar, que poco después desemboca en el Ulla; un puente de piedra separa El Padrón de Dodro y Lestrove. El Lunes Santo es aquí día grande, pues se llena de mulas y ganado por causa de la feria. Iria Flavia fue sede de más antigüedad incluso que Compostela; la colegiata, situada fuera de la ciudad, tiene tumbas de sus prelados antiguos.

El Padrón, por ser el lugar donde desembarcó el cuerpo del mismísimo Santiago, fue en otros tiempos ciudad de peregrinación; los romeros venían aquí después de visitar Compostela; Morales, en su Viaje, página 137, da los detalles de su conducta: en primer lugar, visitaban la iglesia de Santiago, subían y besaban la imagen del altar mayor, y luego a pie rodeaban la iglesia y besaban la piedra a la que se amarró sola la milagrosa embarcación, y que salta a la vista que es el plinto de una antigua estatua romana. A continuación iban a ver la piedra sobre la que dejó reposar su cuerpo después del viaje y, finalmente, lo más importante de todo: subían montaña arriba hasta una ermita o iglesia construida en el lugar mismo donde Santiago predicaba en vida, y allí bebían agua de un chorro que mana bajo el altar, terminando con unas abluciones. Luego, a modo de remate, subían de rodillas hasta las rotas y perforadas rocas que Santiago hendió con su cayado para escapar de los gentiles que le perseguían; dos de estos agujeros eran

especialmente sagrados, y sobre ellos extendían sus cuerpos los peregrinos devotos. Todo lo cual no es más que simple imitación de los musulmanes, que también bebían en La Meca las aguas del Zemzem, y abarcaban con sus brazos la piedra negra, y ascendían de rodillas la colina de La Meca. El Ulla es abundante en peces, y lo cruza un puente, el Puente de Cesures, Pons Caesaris, construido en 1161 sobre cimientos romanos por el Maestro Mateo, para el paso de los peregrinos que llegaban desde Portugal; cuando sube la marea, lo cubre.

De allí se prosigue a Caldas del Rey, Calidas, los baños minerales calientes, cuya temporada va desde el 1 de julio hasta el 20 de septiembre. La temperatura de esta agua, que ni huele a nada ni sabe a nada, es de unos 32º R. Sus efectos, por lo que se refiere a suavizar la piel, son realmente maravillosos. El baño es de granito, con un tabique; de esta forma se pueden bañar simultáneamente unos cinco hombres y cinco mujeres, hablando entre sí todo el tiempo. A cosa de una legua río arriba está Caldas de Cuntis, baños calientes hidro-sulfúricos, que son beneficiosos para el cutis. La temporada es del 1 de julio al 20 de septiembre, y los hospedajes, como es normal en España, son realmente indignos, pero, así y todo, muy frecuentados.

La comarca sigue siendo rica y fértil, pero los campesinos que la habitan están mal vestidos y son realmente paupérrimos, su aspecto recuerda en verdad el de los mendigos irlandeses. Cruzando un puente, llegamos a Pontevedra, Pons Vetus, que se levanta sobre una ladera que cuelga sobre su bella ría y sobre el estuario del Lérez. Es una ciudad limpia y bien construida, cuya población asciende a cinco mil almas. Hay una posada decente en la calle del Puente. En la parte superior de la ciudad hay una iglesia moderna que se ve desde muy lejos, como la Superga, cerca de Turín. Más allá hay un convento de los agustinos, destruido por los franceses y actualmente convertido en una pintoresca ruina cubierta de hiedra. Al lado está la alameda, con sus encantadoras vistas de los alrededores, moteados de chalets, granjas y boscajes. El viejo Palacio de los Churruchaos merece ser visitado. Los pontevedreses son maestros en el arte de odiar, y consideran a sus vecinos de Vigo como los santiagueses a los de la Coruña. Los gallegos, durante la guerra, detestaban a los asturianos más que los judíos a los

samaritanos, hasta el punto de que sus respectivas juntas no se juntaban ni siquiera para preparar conjuntamente planes de defensa contra el enemigo común; ni un solo hombre de ambas provincias se ofreció jamás a ayudar a los de la otra en la hora del peligro. Ni el frío ni la humedad del clima gallego consiguieron mitigar los fieros fuegos de los odios locales, ni bastaban todas las estrellas del Campus Stellae para iluminar sus cerebros sobre la locura y debilitación de tales divisiones. Existe un pequeño libro sobre Pontevedra publicado allí por el librero García.

Hay ruta directa desde Pontevedra hasta Orense, con la ventaja de que por ella se puede evitar Tuy; tiene catorce leguas y va por San Jorge de Sacos (tres), Cerdedo (dos), Boborás (cuatro), Maside (dos), Orense (cuatro). El gran convento cisterciense de Acebeiro, a la izquierda según se sale de Cerdedo y antes de cruzar la serranía, se encuentra en su valle, cerca de las fuentes del Lérez, bajo las alturas de la sierra de Candán. Su fundador fue Alonso VII, en 1135: allí siguen todavía las tumbas de Pedro Martínez y el abad Gonzalo.

El trayecto a caballo hasta Redondela es un continuo jardín, con encantadoras vistas de la ría de Vigo a la derecha. Poco después se pasa El Puente San Payo, famoso por sus ostras y por la completa derrota que sufrió allí Ney, al mando de siete mil hombres, el 7 de junio de 1809, a manos de unos cuantos rudos campesinos mandados por Noroña y apoyados por los infantes de Marina ingleses y por una batería a las órdenes del capitán M'Kinley; les reforzaba un puñado de rezagados de Moore, que hicieron lo que había que hacer, aun cuando, como en La Bisbal, son los españoles quienes ahora se adjudican todos los honores de la victoria. Los franceses explican ahora satisfactoriamente este no-éxito diciendo que fue consecuencia de un malentendido entre Ney y Soult; como si este, le brave des braves, hubiera permitido ser derrotado únicamente para complacer a su odiado rival. Ney, que era un soldado de primerísimo orden, se dio cuenta sin duda del error militar que suponía seguir en Galicia, ya que este remoto rincón de España estaba expuesto a un ataque inglés por el lado del mar y ofrecía al tiempo fuertes posiciones montañesas tierra adentro para que los españoles contuviesen al invasor.

Buena parte de la plata de la iglesia y demás, robada por los

franceses, pudo ser recuperada en los bagajes franceses, pero fue tan poca en comparación con las cantidades que se sabía que habían desaparecido, que todavía se piensa en Galicia que lo que ocurrió es que gran parte de ella quedó enterrada; de aquí que haya en Galicia tantas búsquedas de tesoros. Borrow ha detallado gráficamente las del aventurero suizo Benedict Mol; y todavía en diciembre de 1843 hubo otro ejemplo público de avaricia y credulidad cuando las autoridades locales ordenaron una nueva y vana búsqueda de parte del cuantioso botín escondido por Ney: pusieron la empresa a las órdenes de un simple soldado raso francés, antiguo cómplice de los ladrones, como Bory. Todo lo cual, a fin de cuentas, es muy clásico y muy oriental. Así fue como el púnico Basso engañó al digno Nerón prometiéndole encontrar el tesoro escondido por Dido, pero no encontró nada (Tácito, An., XVI, 31). Si cebas bien la trampa, la España universal pica sin falta, pues, desde el ministro de Hacienda hasta el conserje, todos los españoles se pasan la vida soñando con descubrimientos dignos de Aladino. Oh si urnam argenti fors quae mihi monstret! No cabe duda de que son muchas las monedas que están enterradas en la Península Ibérica, pues ese país ha sido siempre invadido y desgarrado por guerras civiles y, en consecuencia, nunca hubo mucha confianza entre los españoles. A fin de cuentas, la única inversión segura, por improductiva que en realidad sea, para los que tenían dinero, ya fuese oro o plata, y la única manera de no exponerse a perderlo era enterrarlo.

El exquisito paisaje continúa hasta Redondela, partida en dos por el río, por más que un puente la reúna. Se yergue junto a la encantadora ría de Vigo, que semeja un lago y aquí se abre al sudoeste y es una de las mejores bahías de esta anfractuosa costa. Está protegida, empero, por un quebrantaolas natural, las aisladas Islas Cíes, las Siccas de Plinio, las cuales, por cierto, también reciben el nombre de las Islas de Bayona. Bayona está situada a cuatro leguas de distancia por un mal sendero desde Vigo, a mitad de camino hasta la boca del Miño. Es muy antigua, y fue saqueada por los normandos; Milton alude a ella en su Lycidas: “El asidero de Namancos y Bayona”. Bay-on-a, según se dice, significa “la buena bahía”. Se puede entrar en la ría sin pasar por las Islas Cíes, y también entre ellas, por un paso que se llama da Porta. Estas eran las islas que el Duque, siempre presente, quería fortificar, a fin de

dejar un fuerte en Galicia para refugiarse en él en caso de algún revés, pero la recelosa Junta de Cádiz negó el permiso (Toreno, XIII), exactamente lo mismo que habían hecho en el caso de su propio puerto, para acabar por suplicarle al Duque, cuando llegó la hora en que se vieron incapaces de defenderse, que instalase en él una guarnición para protegerlo.

Vigo, Vico Spacorum, es antiquísimo puerto. La ampliación de El Ferrol le hizo mucho daño, y ambas ciudades se aborrecen mutuamente, aunque ahora está resucitando, y es el puerto en donde atracan los vapores peninsulares cuando pasan por esa costa, tanto hacia el norte como hacia el sur. Suelen atracar también aquí los que llegan de Inglaterra en menos de cuatro días de navegación. En consecuencia, el hospedaje ha mejorado en Vigo, y la Posada de los Vizcaínos es tolerable. Vigo probablemente llegará a ser un lugar de exportación del ganado gallego gracias a la nueva tarifa inglesa. El vicecónsul británico, don Leopoldo Menéndez, caballero emprender e inteligente, ha tomado ya medidas para la mejora de la raza de bueyes importando toros de buena casta de Inglaterra. Los ganaderos españoles son tan celosos de sus toros como los moros solían serlo de sus amantes. Son estrictamente conservadores y jamás ofrecerán su toro favorito a la vaca de su vecino con la liberalidad con que lo hace sir Robert Peel. Los bueyes gallegos se usan mucho como animales de tiro y arado: los buenos llegan a costar alrededor de diez libras esterlinas.

Vigo tiene un teatro, un lazareto, una agradable alameda junto a la Puerta del Placer y un buen puerto. Los altos que hay a sus espaldas están coronados por los castillos de San Sebastián y del Castro. La vista desde este último es soberbia. La población de Vigo asciende a menos de seis mil almas. El mar la provee de pescado en abundancia, y sus alrededores le dan los frutos de la tierra: es ciudad muy barata. Aquí residen vicecónsules extranjeros. La iglesia moderna de Vigo, aunque está sin terminar y carece de ornamentos, es un templo de sencilla arquitectura, con una majestuosa columnata doble que sostiene la nave abovedada. Hay una Descripción de Vigo, obra del doctor Nicolás Taboada, Santiago, 1840.

Vigo ha sido atacada con frecuencia y quedó casi destruida por los

ingleses. Drake la visitó en 1585 y 1589, chamuscando las barbas del rey de España, hasta que bastó con decir su nombre para darle miedo a la costa entera; y dio ejemplo al almirante Rooke y al general Stanhope, que, volviendo de sus respectivas derrotas, en Barcelona el uno y en Cádiz el otro, oyeron aquí que habían llegado los galeones de la Plata, el 22 de septiembre, y que el precioso metal estaba aún a bordo, no habiendo sido descargado todavía por causa de las protestas de las egoístas autoridades gaditanas, cuyo puerto era el único con el privilegio de importar plata; así las cosas, el día 22 de octubre, sin perder un momento, los ingleses atacaron la flota española, y los convoyes franceses, mandados por el conde de Chateau Renaud, el cual escapó inmediatamente, dejando a sus aliados españoles en la estacada, igual que había hecho Dumanoir en Trafalgar. La victoria inglesa fue completa y las flotas hostiles quedaron destruidas. Y ahora, según nuestros ingeniosos vecinos, este Chateau Renaud es un héroe naval; he quí su modesto epitafio, que dice lo siguiente:

C'y gît le plus sage des Héros:

Il vanquit sur la terre, il vanquit sur les eaux.

Chateau Renaud murió, de todas formas, inmensamente rico; y, en consecuencia, se conjetura que no todos los tesoros españoles se hundieron en la bahía de Vigo. Rooke, que sacudió a este invencible, murió en la pobreza, y en su testamento se explica la razón: "No dejo mucho, pero lo que tengo lo gané honradamente: jamás le costó una lágrima a un solo marinero, ni un céntimo a la nación". Como los antiguos romanos, "gloriam ingentem, divitias honestas volebant" (Salustio, "B. C.", 7). Del grueso del tesoro se dice que fue arrojado al mar; en cualquier caso, mucho más es el dinero que se ha tirado desde entonces en vanas búsquedas submarinas; pero Galicia es la tierra de los buscadores de tesoros, ya sea por tierra o por mar. Lo que se perdió en Vigo estuvo a punto de arruinar a Felipe V, como lo perdido en Cádiz por poco arruina a Felipe II.

Vigo fue destruida de nuevo, y esta vez casi por completo, el 11 de octubre de 1719, por lord Cobham. Y no es de creer que en el caso de una guerra futura dé a nuestros vapores mucho trabajo, aunque en apariencia esté bien defendida por los castillos de Alaje, del Castro y de San Sebastián, pues esas moles, como es habitual, están muy abandonadas y muy bien abastecidas de todo cuanto resulta innecesario para su verdadera función. El pequeño fuerte de Cangas se usa a veces como lugar de refugio en periodos de contienda civil o de bloqueo.

Los ejemplos de La Coruña y El Ferrol no cayeron en saco roto a ojos de los ciudadanos de Vigo, quienes, en febrero de 1809, se rindieron inmediatamente ante una simple carga de audaces dragones franceses a las órdenes de Franceschi, pero la ciudad fue retomada el 27 de marzo por una abigarrada banda de estudiantes y campesinos mandados por el abad de Valladares, pues en Galicia se llama abades a los curas. Y entonces, Morillo, que ulteriormente cobró mala fama, fue hecho, también inmediatamente, coronel, porque los franceses rehusaron tratar con rústicos. Morillo, ignorante de los rudimentos del arte de la guerra, aceptó una proposición de Chalot en Sintra, según la cual el enemigo, con todo el botín que llevaba, sería transportado a Francia; menos mal que M'Kinley, que estaba entonces bloqueando Vigo con las fragatas Lively y Venus, se hizo el remolón, y mil trescientos franceses hubieron de rendirse, con parte del botín robado de El Escorial por La Houssaye (Southey, XIX).

Toda esta ayuda y toda esa mala conducta fueron pasadas por alto por Toreno (VIII), Mellado y demás, que achacan toda la gloria al "impulso patriótico gallego" y al benemérito Morillo. Este meritorio caballero fue expulsado de Francia por el Duque por fomentar el pillaje y luego pasó al servicio de Fernando VII para "someter" a los insurgentes sudamericanos; su mala fe, peor que la de los cartagineses, sus más que ibéricos derramamientos de sangre y sus inhumanidades en Nueva Granada horrorizaron hasta a los españoles; derrotado en 1818 por Bolívar, y también por la legión inglesa, volvió a España, y después de quedar como falso ante todo el mundo, excepto ante sí mismo, murió en París en 1838, exiliado y deshonrado.

El camino de mulas, carente de interés, que va de Vigo a Tuy, termina en el camino real de Santiago en Porriño. Tuy, Tude ad fines, donde no hay más que una mala posada, fue fundada según se dice por el etolio Diomedes, hijo de Tydeo (Silio Itálico, III, 367); y Morales (Viaje, 145) descubrió aquí un altar y una escultura griega de luchadores. Witiza hizo de Tuy su residencia en el año 700. Tuy quedó destruida en el año 716 por los moros, pero su solar fue recobrado en el 740 por Alonso el Católico, y la ciudad vieja reconstruida por Ordoño I en el año 915; luego, en el año 1170, Fernando II trasladó la nueva ciudad de su antiguo solar hasta el que actualmente ocupa.

Tuy, que en un tiempo fue importante ciudad de frontera, a orillas del Miño, está trazada con regularidad y rodeada de murallas, pero su estado es decaído y decadente, aunque el clima sigue siendo delicioso y la fertilidad de las vegas infinita. En este feliz rincón de Galicia los valles, sobre todo el llamado La Vega de Louro, con sus naranjos que rivalizan con los de Andalucía, muestran lo maravilloso que son el suelo y el cielo de una tierra tan bendecida por la Providencia y tan abandonada por el hombre. Los vinos son excelentes; el salmón, los sábalos y la trucha abundan por igual. Los mejores ríos son el Louro, el Tea y el Avia. La catedral, fuerte hasta casi convertirse en castillo, comenzó a construirse en 1145; la sede es sufragánea de la de Santiago. Sus claustros son bellos. El gran santo se vuelve aquí naval, no ya militar como en Santiago, pues Pedro González, san Telmo, esperanza y patrono de los marineros españoles, representa al san Antonio de los italianos, al san Nicolás de los piratas griegos, o bien a nuestro Old Nick, y al dios de los ladrones españoles. Fue compañero de san Fernando y aportó el viento favorable gracias al cual pudo romperse el puente de naves de Sevilla. San Telmo fue canonizado por Inocente IV en 1254, y Flórez (España Sagrada, XXIII, 131) ha escrito su vida y sus numerosos milagros. Siempre se aparece en las tormentas, en la espiga, envuelto en ondulante llama, a la manera de los paganos “Fratres Helenae, lucida sidera”: en consecuencia, todos los marinos españoles, cuando empieza a soplar fuerte el viento, se pierden en oraciones a él, en lugar de dedicarse a bajar las gavias y amainar las velas; los guardamarinas de san Telmo se educan en el colegio de ese nombre. La tumba de este Nautarum Patronus, con rejas doradas y arcos, fue erigida aquí en 1579 por el obispo Diego de

Avellaneda, cuyo amigo, don Lucas de Tuy, el historiador, generalmente apodado El Tudense, y perseguidor de los albigenses, también está enterrado aquí, a su lado: por lo que a su biografía se refiere, véase al padre Flórez (España Sagrada, XXII, 108). El palacio episcopal estaba en el alcázar, pero tanto esta como otras defensas quedaron muy destrozadas por los franceses. Como no hay puente aquí que lleve a Valença, la frontera portuguesa, que está muy fortificada, Soult, el 10 de febrero de 1809, ordenó a Thomières (el mismo que dio el paso en falso por el que se perdió la batalla de Salamanca) forzar el paso con botes, y en este intento fue derrotado y rechazado río abajo hasta el puente de Orense. ¡De qué cosas nimias depende el destino! Esta pequeña demora impidió a Soult llegar a Lisboa inmediatamente, y dio tiempo a Inglaterra para enviar sus escuadrones navales a Portugal, lo cual no hubiera sido posible de haber sido ocupado antes este país por Francia, aprovechando la depresión que causó a los ingleses la derrota de Moore y la repulsión que les produjo la pésima conducta de los españoles. El Duque desembarcó, y por segunda vez expulsó a los franceses, preparando así el camino para la liberación de España y de Europa. Consúltese, por lo que a la historia local se refiere, Antigüedad de Tuy, Prudencio de Sandoval, cuarto, Braga, 1610 y, por lo que se refiere a la historia eclesiástica, Flórez, España Sagrada, XXII, 3.

El agradable camino que lleva a Orense va bordeando el Miño. Ribadavia, con unas dos mil almas, es un lugar aburrido e irregular, “situado a orillas del Avia”, que fluye bajando de su rica fuente. La provincia de Orense es la más fértil de este rincón de España, sobre todo en las cercanías de las orillas del Sil, el Avia y el Miño. Su más importante manufactura es el lienzo. Los jamones que se hacen en Candelas son excelentes. Aconsejo no olvidarse nunca de tener uno en la despensa, y siempre con una bota de vino de tostado a mano. Los vinos son famosos, aunque su elaboración sea más tosca y clásica, si tal cosa es posible, que en la costa oriental. Si llega a terminarse la gran vía de Vigo a Madrid, que pasará por Orense y Puebla de Sanabria, Orense se convertirá en punto importante, por la salida que desde allí se dará a estos fuertes vinos semejantes a los de Oporto. Esta carretera, cuando Dios quiera que se termine, formará también la línea de comunicación más expedita entre Inglaterra y Madrid.

Orense, Aquae Urentes, Warmsee, fue famosa en la Antigüedad por sus baños calientes, los cuales, llamados “Las Burgas”, son frecuentados todavía entre julio y septiembre. Manan, al oeste de la ciudad, de una roca granítica, y casi hirviendo, y se usan para muchos útiles menesteres, además de los médicos. Orense, ciudad bonita y limpia, es la capital de la provincia y residencia de las autoridades locales, así como también de un obispo, sufragáneo de Santiago: su población asciende a unas seis mil almas. Está agradablemente situada, y se eleva suavemente sobre el Miño, rodeada de colinas. El puente es muy impresionante, y tiene mil trescientos diecinueve pies de longitud y dieciocho de anchura: del lado de la ciudad está defendido por un castillo. El arco principal es de ciento cincuenta y seis pies de anchura y ciento treinta y cinco de altura desde el lecho del río, por motivo de las súbitas inundaciones. Fue construido en el año 1230 por el obispo Lorenzo, y reparado en 1449 por el obispo Pedro de Silva.

Orense fue ciudad favorita de los godos, y es aquí donde los suevo-godos renunciaron al paganismo. Muy temprano, en el año 550, se construyó aquí una catedral, consagrada a san Martín, pero los moros, en el año 716, arrasaron Orense por completo y la ciudad siguió siendo un montón de ruinas hasta el año 832, cuando fue reconstruida por Alonso el Casto, siendo otorgada al obispo en 1131. La actual catedral gótica fue erigida por el obispo Lorenzo en 1220. La santa patrona local es santa Eufemia, que tiene una capilla dedicada a ella cerca del altar mayor. Fue una pastorcilla, en los confines de Portugal, quien descubrió el cuerpo de la santa, que le alargó la mano, de la que la muchacha quitó un anillo, quedando inmediatamente muda; menos mal que recobró el uso de la palabra volviendo a ponérselo en el dedo. El cuerpo fue llevado a Orense en 1157, y se pasó el camino entero haciendo milagros sin cesar (Morales, Viaje, 148). Obsérvese también El Paraíso, llamado así por causa de la infinidad de santos y ángeles. La sillería del coro es buena, y el cimborrio y el crucero merecen una visita, así como también los curiosos relicarios o capillas de San Facundo y San Primitivo, santos locales y primitivos que son aquí muy venerados. Visítese también la capilla del Cristo Crucificado, fundada en 1567 por el obispo Fernando Tricio; y la de Juan Bautista, reconstruida en 1468 por el conde de Benavente, en desagravio por los considerables daños que le fueron causados a la catedral durante las

contiendas feudales que tuvieron lugar entre la familia de este conde y la casa rival de Lemos. El claustro antiguo fue construido en 1204 por el obispo Ederonio: obsérvese la inscripción. La capilla de la María Madre fue restaurada en 1722 y está comunicada con el claustro de la catedral: ocho de los canónigos de esta catedral recibían el nombre de cardenales, como en Santiago, y eran los únicos que podían oficiar ante el altar mayor. Esta costumbre fue reconocida como "inmemorial" por el Papa Inocente III en 1209. En lo referente a esta diócesis, consúltese a Flórez (España Sagrada, XVII), y véase asimismo el útil mapa de Cornide y López, Madrid, 1763.

Orense es un excelente cuartel general para el pescador de caña. Los mejores ríos de esta comarca son el Avia, el Arenteiro, el Miño y, cruzando este, el Sil, el Cave, el Navea, el Arnoya y el Limia.

Fue desde Orense desde donde Soult invadió Portugal, con Loison y Foy como lugartenientes. No encontraron resistencia hasta llegar a Oporto, ciudad que saquearon sin piedad, masacrando fríamente a unas diez mil personas, entre hombres, mujeres y niños: menos mal que el vengador estaba cerca. El Duque se lanzó sobre Soult, que puso pies en polvorosa el día 12 de mayo de 1809, llevando a cabo una retirada que no tiene igual en cuanto a horrores, tanto sufridos por él y los suyos como infligidos a las poblaciones del camino; ni siquiera la de Massena se le puede comparar. Y así quedó Moore muy cumplidamente vengado. El cruel y cobarde Loison propuso celebrar una convención en Sintra, pero el audaz y perito mariscal prefirió dar ejemplo a Massena en lugar de seguir el de Junot. Y lo que hizo fue renunciar a todo cuanto constituye debidamente un ejército, pero estorba la rapidez, y así pudo salvar a sus hombres, a costa de abandonar la artillería, los bagajes y el botín. Los franceses llegaron casi desnudos a Orense, de donde setenta y seis días antes habían salido con veintiséis mil hombres y setenta y ocho cañones, reducidos ahora a diecinueve mil quinientos fugitivos sin armas. Se refugiaron en Benavente, desahogando su irritación contra los hogares y las gentes del indefenso campesinado.

La frontera portuguesa, en el camino de Chaves, comienza cerca de Feces de Abajo, a doce leguas de Orense. A la derecha de Allariz y a unas tres leguas al otro lado del Miño, y cerca de un arroyo que

desagua en el Arnoya, se encuentra la otrora opulenta abadía benedictina de Celanova, fundada en el año 973 por san Rudesinto. En el jardín se ve una de las más antiguas capillas de toda España, que se supone que es obra de Vivianus y anterior al año 973. En la abacial iglesia se encuentran los antiguos sepulcros de Ilduara y Adosinda, madre y hermana respectivamente del fundador, que a su vez fue enterrado en un curioso sepulcro sostenido por cuatro pilares y construido a la manera del de san Torcuato, uno de los compañeros de Santiago. Este milagroso cuerpo, de incalculable valor, fue depositado por los cristianos cuando la invasión mora, en Santa Comba, a cosa de cuatro leguas y media de distancia: por estar cercano ese lugar a la frontera. Unos portugueses lo robaron, aprovechando una niebla; en el regreso, empero, se perdieron, y lo trajeron por error a Celanova, las campanas de cuyo convento comenzaron a repicar como locas al sentir la cercanía de tal cuerpo. Véase Velilla, si se quiere comprobar la frecuencia con que les dan estas resonantes urgencias a las campanas españolas.

Aquí hay muchas otras tumbas antiguas, todas ellas en triste abandono: entre ellas se veía una, con un famoso epitafio inscrito en su lápida: “Año de 1362: Aquí jaz Feijoo Escudeiro, bon fidalgo e verdadeiro, gran casador e monteiro”. De aquí se pasa por Allariz a la Laguna, es decir, al Limia, el verdadero río del olvido, que los soldados de Junio Bruto no se atrevían a cruzar.

Comunicaciones con Orense. Por lo que se refiere a la línea que conduce a Benavente, y de allí a Madrid, véase la ruta LXVIII. Una vez en Orense, debería hacerse una excursión a El Bierzo, o, cuando menos, hasta el Monte Furado del Sil.

RUTA LXXXVII

DE ORENSE A SANTIAGO

	Leguas	
Bouzas	2	
Piñor	1 1/2	3 1/2
Castrodozón	1	4 1/2
Gesta	1 1/2	6
Fojo	2	8
Castrovite	2	10
Barca de Ulla	1	11
Susana	2	13
Santiago	1	14

Esta es una mala encrucijada. Después de pasar las sierras de Piñor y Castrodozón, bajamos a la rica cuenca del Ulla, que se cruza cerca de Castrovite, dejando El Padrón a la izquierda y la colina cónica del pico Sacro a la derecha.

El camino de herradura de Orense a Lugo va Miño arriba, dividiendo los distritos de Chantada y Puerto Marín desde Monforte.

RUTA LXXXVIII

DE ORENSE A LUGO

	Leguas	
Readegos	$1^{1/2}$	
Chantada	$3^{1/2}$	5
Taboada	2	7
Narón	$2^{1/2}$	$9^{1/2}$
Puntin	1	$10^{1/2}$
Lugo	3	$13^{1/2}$

Este camino es duro y con frecuencia se inunda en invierno, pero la pesca es excelente ya que, a cosa de seis millas de Orense, el río se

bifurca: la rama principal baja por Chantada y Puerto Marín. Puerto Marín está a la derecha de Narón y es magnífico lugar de pesca con caña, porque sus truchas son excelentes. Es lugar bonito, escindido por el río, y con un buen puente. Primero perteneció a los templarios y luego a los caballeros de la Orden de San Juan. La colegiata, dedicada a san Nicolás es un bello edificio gótico sin terminar, de excelente mampostería. Obsérvense los delicados bajorrelieves que hay sobre las puertas. El palacio de los Bóvedas, el hospital de los peregrinos y el lugar entero, todo ello fue espantosamente saqueado por los franceses a las órdenes de Maurice Mathieu.

El aficionado a la pesca con caña puede bajar por el rico valle de Lemos hasta Monforte, junto al Cave, y seguir desde allí hasta la confluencia de este con el Sil y el Miño, cerca de San Esteban. La comarca es muy fértil y pastoral, el bacón delicioso y los bizcochos de Monforte, famosos. Cerca de la ciudad hay una curiosa fuente con mareas periódicas. Desde Monforte, el pescador puede subir hasta Ponferrada o bajar hasta Puebla de Sanabria. La mejor temporada es el verano. Contrátese a un guía local y cuídense las provisiones y también los aperos de pescar, pues por aquí se encuentran lugares de pesca de salmón y trucha que están entre los mejores de España. Toda la barrera montañesa occidental de España, desde Galicia, por Asturias, hasta las estribaciones de los Pirineos y el Bidasoa, abunda en valles alpinos, cada uno con su propio río, que son tributarios de otros mayores, los cuales, a su vez, desembocan en el mar, y a contracorriente de los cuales vuelan salmones y sábalo.

Desde el centro de Lugo hay dos vías de comunicación con Asturias: una, a lo largo de la costa; y la otra, enhebrándose por los valles de tierra adentro; veremos primero la de la costa.

RUTA LXXXIX

DE LUGO A OVIEDO POR LA COSTA

	Leguas	
Quintela	$3^{1/2}$	
Bean	3	$6^{1/2}$
Mondoñedo	3	$9^{1/2}$
Villa Martín	2	
Ribadeo	3	$12^{1/2}$
Franco	3	$15^{1/2}$
Navia	2	$17^{1/2}$
Luarca	$3^{1/2}$	21
Las Ballotas	$3^{1/2}$	$24^{1/2}$
Muros	$3^{1/2}$	28
Avilés	$2^{1/2}$	$30^{1/2}$
Villardeveyo	$2^{1/2}$	33
Oviedo	$2^{1/2}$	$35^{1/2}$

Aunque ya hemos recorrido a caballo cada pulgada de esta ruta, únicamente nos es posible dar las distancias de manera aproximada. Las leguas son muy largas y el camino que va de Navia a Avilés esta lleno de constantes cuestas abajo y arriba. El hospedaje es tolerable; aquí, en toda la comarca, el pescado, ya sea de mar o de río, es excelente.

Saliendo de Lugo, entramos en una comarca pantanosa y carente de interés, hasta Bean, a partir de donde el camino sube y baja, dominando agradables rincones, mientras el mar distante rellena las aperturas del montañoso horizonte con una cenefa azul. Mondoñedo, Britona, se extiende en un ovalado y muy cultivado valle, bajo la colina de Infiesta, y rodeada por los claros afluentes del Masma. Es sede de un obispo, sufragáneo de Santiago, y su población asciende a unas seis mil almas; resulta bastante carente de interés. La catedral, con dos torres como pimenteros, fue comenzada en 1221: entre 1595 y 1599, se le añadieron cuatro capillas detrás de la capilla mayor. El santuario es lo único que merece una visita, pues su imagen recibe el nombre de La Inglesa porque fue traída de la iglesia de Saint Paul, en Londres, cuando la Reforma, y también se la llama La Grande por ser de tamaño natural. Mondoñedo, igual que los distritos de Viveiro y Navia, fue completamente saqueado por Maurice Mathieu, quien cogió por sorpresa al viejo mentecato de Worster y a sus gallegos, que estaban jactándose y celebrando, en la idea engañosa de que los franceses huían de ellos como conejos, pero fueron ellos mismos quienes lo hicieron, y de los franceses. Bien comprendió el viejo Cid, en la famosa balada, a estos gallegos, con sus descuidos y su tendencia nacional a “ponderar su propia fuerza” menospreciando la de sus enemigos. También el Cid topó con ellos, como Mathieu, y les hizo poner pies en polvorosa:

Ca ellos han por costumbre

quando ganan algún campo,

alabarse de su esfuerzo

y escarnecer al contrario;

gastarán toda la noche

en placer y gasajado,

y dormirán la mañana

como homes sin cuidado.

En Sargadelos, junto al mar, cerca del cabo Burela, hay una fundición de hierro, inaugurada en 1792 por Antonio Ibáñez. Es aquí donde se hacían la munición y las granadas para los arsenales de El Ferrol. El mineral se encuentra en San Miguel de Reinante, cerca de Barreiros, y se embarca en Foz, en el Masma, a la izquierda de Ribadeo.

Saliendo de Mondoñedo, a una legua de distancia a la izquierda, en el Masma, hay un bello convento benedictino que fue fundado en el año 969 por el conde Gutierre Osorio, que luego se hizo monje, peregrinó a Jerusalén, murió, y fue enterrado aquí en una soberbia y ornamentada tumba de mármol y mosaico: por lo referente a su vida y milagros, véase España Sagrada, XVIII, 296. (Aquí también está enterrada su hermana Urraca. El convento fue saqueado por los franceses). La última legua hasta Ribadeo se llama La Legua de Rochella, y es la más larga de Galicia. La comarca está llena de alquerías, granjas y caseríos. Se produce mucho lino y maíz por estas tierras: el maíz se seca en unas construcciones cribadas de rendijas, como las saeteras de los castillos.

Ribadeo es una ciudad dulcemente asentada en su bella ría, que abunda en fruta, legumbres y excelente pescado. Hay una posada que no está mal y también una casita que ofrece buen hospedaje, a cargo de la viuda española de un francés. La alameda es bonita. Hay también un alcázar con dos torres y un portalón de aspecto moro. El castillo domina todo el panorama de la encantadora bahía, que se extiende como un lago de enmuescada y anfractuosa orilla. Sus cañones fueron arrojados al mar durante la guerra, y es posible que allí sigan, olvidados por el apático español. Las ciudades de Figueras y Castropol se alzan sobre sendas eminencias enfrente. Froissart describe el sitio de Ribadeo, que resistió durante un mes

contra sir Thomas Percy, en 1385, y esto causó a sir Thomas gran sorpresa, pues “no eran más que campesinos, y en toda la ciudad no había un solo caballero”. Sir Thomas preparó un ariete, que asustó a los habitantes de la ciudad, disponiéndoles a rendirse, y entonces los ingleses se echaron a reír, y les dijeron: “No entendemos el gallego”. Los ingleses saquearon la ciudad, expoliaron a los judíos ricos y comieron tanto cerdo y bebieron tanto vino que quedaron fuera de combate durante dos días. El vino es, y siempre ha sido, el único enemigo que puede ciertamente con los soldados ingleses. Ribadeo fue en otros tiempos sede eclesiástica y ahora tiene una colegiata consagrada a la Virgen.

El río Eo es famoso por sus ostras y su pescado, y fluye hasta desaguar en la bahía, separando las provincias de Galicia y Asturias. La pesca del salmón es de primera calidad en Abres, a dos leguas río arriba. Aquí el camino continúa hasta Avilés, diecisiete leguas a lo largo de la costa, pegado al mar por la izquierda; es bello, pero aburrido. Las estribaciones de las colinas llegan hasta la orilla, y por sus rendijas fluyen innumerables arroyos. De forma que todo es subir y bajar cuestas, arriba y abajo, y un constante atajar en bote y vadear a pie, lo que quiere decir que personas y animales avanzan poco, por mucho que se esfuercen.

A la salida de Ribadeo hay un bote de paso, y, tras una travesía de un cuarto de hora, el viajero desembarca en Figueras, que es la primera ciudad de Asturias. Cuando el tiempo es muy malo, será necesario dar la vuelta a la ría, cruzando hasta Castropol, que es una población empinada y pescadora, cerca de la cual se encuentran restos de actividad en torno a una vieja mina de estaño descubierta por el señor Schultz. La comarca se vuelve enseguida silvestre y pantanosa, y así llegamos a Navia, construida junto a su magnífico río salmonero; aquí el mesón no está mal del todo, y la pesca es estupenda. A Luarca no se la ve hasta que se entra en ella, pues este bonito lugar está como anidado en un abra entre las puntas de Las Mujeres y Focicón. El arroyo truchero Río Negro baja a desaguar en la bahía. Las casas son sumamente pintorescas, y una capilla, con su torre blanqueada, cuelga sobre una roca, sirviendo de mojón o atalaya para barcos, como puesta allí adrede para complacer a los pintores. La pequeña posada, con su bonito jardín, es limpia y cómoda, y en ella el pescador de caña podría alojarse

muy provechosamente. Los indígenas son sencillos y laboriosos, y la comarca entera está tupidamente poblada y sembrada de maíz. Los campesinos son aquí menos miserables que los del interior de Galicia. Sus hogares son más halladeros, y es más frecuente que sus ventanas estén acristaladas. Las costumbres y las maneras cambian y mejoran a medida que avanzamos por Asturias.

De aquí nos dirigimos al río Caneiro, a una legua de distancia a la izquierda, y del Caneiro hasta Las Ballotas, que es el nombre que recibe este revoltijo de colinas que se extiende hasta Muros, a seis leguas de distancia. Románticos, ciertamente, son estos valles y precipicios, pero fatigosos para el jinete, aunque los estratos rotos y desplazados de sus asientos ofrecen bellas oportunidades y tajos al geólogo, mientras la flora y los árboles de las laderas serán delicia del artista y del amante de la historia natural; por desgracia sus tallos son podados con excesiva frecuencia y cortadas sus ramas laterales. El camino es muy intrincado. En Soto reaparecen limoneros y naranjos. Hay un excelente mesón o posada en Soto de Rudinia, situado entre majestuosos castaños, en un encantador valle suizo que se extiende un poco a un lado del camino y que el capitán Widdrington recomienda calurosamente como cuartel general a los naturalistas.

A siete leguas de distancia está Muros, que nos costó nueve horas a caballo. Fue en Muros donde Jovellanos, uno de los pocos verdaderos patriotas españoles, fue maltratado e insultado por las ruines autoridades de la localidad: murió, el 27 de noviembre de 1811, en Vega, cerca de Navia, agotado de edad y fatiga y con el corazón roto por la ingratitud de su patria, que con excesiva frecuencia trata peor precisamente a los que mejor la sirvieron (véase Blanco White, Cartas).

Cruzando el profundo, azul y bellísimo río de excelente pesca llamado Pravia está el Castillo de la Barca, el castillo del bote de paso, donde una antigua torre cuadrada defiende el trayecto. Este paisaje se parece al del condado de Devonshire, todo él riberas arboladas y en cuesta, que van a hundirse en el río, y todo alrededor húmedo y verde, como en el monte Edgecombe. A dos leguas y media de distancia encontramos un camino verdaderamente infame, que sube y baja entre surcos y rodadas y

pedruscos, hacia Avilés; antes de llegar, a cosa de una legua a la izquierda y sobre la costa misma, se encuentran las ricas minas de Arnao, explotadas ahora por una empresa hispano-belga. La máquina que sirve para sacar y elevar el mineral es movida por bueyes, mientras el duro trabajo cotidiano de cargarlo en el fondo de la mina corre por cuenta de las mujeres. El acceso a la mina propiamente dicha se inicia a treinta pies sobre el nivel del mar, y el túnel llega a una profundidad de unos mil doscientos pies por debajo. La veta de carbón es de unos cuarenta pies de espesor. Nada podría ser más primitivo que tal procedimiento de minería, y el capitán Widdrington (II, 135) observa acertadamente que, al igual que las baladas campesinas, este sistema nos retrotrae a los tiempos de don Pelayo o a tiempos muy anteriores.

Avilés, con una posada que es muy decente, se encuentra a una legua, más o menos, del mar, tiene una ría abierta que se desborda cuando la marea es alta, y está muy bien provista de aves silvestres en invierno. Ahora están construyendo un malecón, gracias al cual, cuando esté terminado, se podrá redimir parte de estas valiosas salinas. Los sombríos tejados rojos y la total ausencia de espiras advierten al viajero de que va a conocer una vieja ciudad gris y pesada, a la que se entra por una calzada que cruza un pantano, pasando junto a la grande y vieja iglesia de San Nicolás.

Avilés, Argenteorolla, capital de su concejo y una de las cunas de la monarquía, cuenta con unas seis mil quinientas almas: es barata y aburrida, y está bien abastecida de fruta y pescado. Las calles son bonitas, húmedas, y con arcadas; la plaza es sombría. Las mujeres son bonitas, y andan con elegancia, sobre todo las solteras, que salen a por agua a la manera oriental y clásica: ligero y seguro es el paso de gamuza de estas graciosas Rebecas y Hebes; erguida es su figura; pintoresca su apostura. El pozo o la fuente son en España, como en Oriente, lugar de reunión o tertulia vespertina de las mujeres, que aquí se detienen un momento para descansar de una vida de duras labores y tareas, y criticar y poner verdes a sus amigas, pues el cotilleo es doquier el mejor refresco del sexo débil. Su modo de vestir es también muy à l'antique: un pañolón muy ceñido a la cabeza, cuya forma define, y el pelo agolpándose en nudos en la parte de la nuca, de modo que cae a la manera griega. Los corpiños son de terciopelo o de paño de colores, con una

especie de esclavina cruzada sobre el seno.

Avilés tiene poca cosa que valga la pena ver: el arquitecto podría estudiar las casas de los marqueses de Santiago y Ferrera, que son mejores y merecen una ojeada. Una parte de las toscas murallas antiguas sigue en pie junto al muelle, que, con el Puente de San Sebastián, es bastante digno de verse. La fachada de San Nicolás, construida al estilo normando, es muy antigua y está cubierta de animales, flores y diseños en zigzag y angrelados. En el interior hay una imagen de Nuestra Señora del Carmen, obra de Antonio Borja, con dedos largos, y también una vieja tumba de la familia La Sallas, sostenida por leones semejantes a los de la Alhambra. La capilla de Solís fue construida en el año 1499 por Rodríguez de Borceros para Pedro de Solís, quien también fundó el hospital en 1515. En la de San Francisco había tres tumbas antiguas, y una Santa Rosa, obra igualmente de Borja, un escultor asturiano de los tiempos de Felipe III. Juan Carreño de Miranda, el pintor, nació en esta ciudad el 25 de marzo de 1614. En Mansanara, a cosa de una legua de Avilés, el capitán Widdrington (II, 127) descubrió en 1843 una curiosa iglesia antigua de estilo normando que merece una visita; se levanta aislada en medio de un campo. El arco que hay sobre el altar mayor es sumamente bello, y la mampostería está admirablemente conservada: los modillones y el tejado merecen ser estudiados. El edificio es del siglo XI, y en un tiempo perteneció a los Templarios.

Es muy posible que Avilés acabe convirtiéndose dentro de no mucho tiempo en el lugar más importante de esta costa, y gracias solamente al contacto con la varita mágica del oro inglés y la ciencia y la iniciativa inglesas, pues ha sido elegida por la North of Spain Railroad Company para ser la estación terminal de la magnífica línea ferroviaria hasta Madrid, la cual ha sido proyectada por el señor Keily y Rembel, y se tiene intención de que pase por Oviedo y León. A la primera de estas dos ciudades no hay dificultad en llegar, y en los alrededores de ella se encuentran algunos de los yacimientos de carbón más grandes de Europa. También se tiene idea de iniciar una línea de vapores entre Falmouth y Avilés, pasaje este que posiblemente se realice en dos días: y de esta forma, en el término de pocos años, Madrid, la capital de España tan aislada durante tanto tiempo, podrá quedar a solo cuatro días de viaje desde Londres, la capital del mundo, el punto fuerte de la paz, el

orden y la libertad, la fuente de la civilización. Estos son obsequios dignos de la reina del océano, y es inevitable que influyan en grado incalculable en el futuro progreso de España, dándole acceso a nuevas riquezas, honores, poder y prosperidad; ojalá sea así.

Oviedo se encuentra a cinco leguas de Avilés, y las primeras tres de dichas leguas son muy accidentadas; al llegar a la segunda, y a la izquierda, se abre una gran vista, con Gijón proyectada sobre una amplia lengua de tierra. Yendo por el soberbio Camino Real se llega a Oviedo, con un maravilloso telón de fondo de neblinosas colinas descollando unas sobre otras; he aquí la grande y apropiada capital de las silvestres Asturias.

RUTA XC

DE LUGO A OVIEDO

	Leguas	
Gondar	2	
Fontaneira	3	5
Fonsagrada	3	8
Acebo	2	10
Puente Salime	3	13
Berducedo	2	15
Pola de Allande	2	17
Cangas de Tineo	5	22
Tineo	4	26
Salas	3	29
Grado	3	32
Oviedo	4	36

Esta ruta tierra adentro es dura de cabalgar en cualquier época, y en

invierno apenas si es pasable en absoluto, por causa de la nieve que cubre sus desfiladeros y las inundaciones fluviales de los valles. En verano, se vuelve realmente suiza y pastoral, y es una delicia para el artista que se lanza a cruzarla. Fue por esta ruta por donde Ney avanzó, en mayo de 1809, hacia Oviedo; y los implacables invasores convirtieron enseguida estos valles felices en verdaderos escenarios de angustia, transformando los tranquilos pueblecitos en guaridas de ladrones: incendiaron, robaron, y destruyeron cuanto encontraron al alcance de su mano. Y por mucho que la ficción les sea permisible a los poetas, es preciso confesar que ni Byron, cuando cantó las andanzas de "la hueste de langosta de Galia", ni Walter Scott siquiera, llegaron a retratar nada lejanamente parecido a los horrores que los franceses causaron y perpetraron por estos lugares:

Cuando, cayendo sobre esta tierra, sus legiones oprimen donde antes de su llegada todo era abundancia de vino y greyes, y todo sonreía como en el edén cuando se viste de estío, mas, en su zaga, su destructora marcha sólo deja humeante caos.

Contrátese a un guía de la localidad y cuídense bien las provisiones. Después de cruzar un anfractuoso trecho de dentadas montañas más allá de Fonsagrada, se llega al Navia, magnífico río truchero y salmonero. Nace cerca de Nogales, y desemboca en el mar en Navia, después de serpentear por un valle que parece suizo, con los picos que lo dividen de la cuenca del Eo emparedándolo hacia la izquierda.

La aldea llamada Berducedo, en el corazón del concejo de Allande, es buen cuartel general para el pescador de caña, y la caza es también excelente en sus fragosas colinas. Se cruza el Navia, antes de llegar a Berducedo, por un puente de piedra. La provincia de Galicia termina poco después de Acebo: otros montes separan el valle del Navia, que ahora aparece por la izquierda, del Narcea, donde encontramos Cangas de Tineo, la capital del concejo. Visítese la Cueva de Sequeras, que tiene curiosas estalactitas. El pescador de caña encontrará esta zona excelente lugar para su afición; por todos

los lados se levantan cordales, o sea, colinas, con sus desfiladeros, y cada una con su arroyo. Los mejores ríos son el Luiña, el Naviego, y el Pigüeña, algo más abajo.

Cangas de Tineo (canga, concha, que significa valle y concha de crustáceo) es punto central para el artista y el pescador de caña. La pesca, cerca del monasterio benedictino de Corias, es insuperable: el monasterio en cuestión fue fundado en 1012 por el conde Piñolo. En la iglesia de la Vega se ven algunos sepulcros antiguos, y aquí esta enterrado Bermudo el diácono. También hay cerca de aquí otro convento benedictino, el de Obona, a cosa de una legua de distancia de Cangas, que fue fundado en el año 680 por Aldegaster, hijo del rey de Gijón, que también está enterrado aquí. Su situación, en la ladera de la colina de Guardia, es muy silvestre, y los bosques de castaños están infestados de lobos. Visítese también la curiosa fuente con mareas llamada La Cornellana. Y ahora ya se puede continuar hasta Oviedo, o bien dedicarse a dibujar el paisaje y a pescar hasta llegar a Villafranca, en El Bierzo, o a León. En cualquiera de ambos casos, la silvestre ruta asciende hasta Naviego y Las Brañas, donde comienza el puerto de Leitariegos. Los que prefieran seguir de Cangas a Oviedo harán bien en bajar siguiendo el curso del Narcea, que desagua en el Pravia, y ambos luego en el mar, cerca de Muros. Aquí abunda mucho el salmón. Grado es otro buen cuartel general de pesca con caña: el pescador pescará subiendo valle arriba hasta Oviedo por Peñaflor, donde podrá cenar trucha, como Gil Blas. Cerca de aquí está Trubia, famosa por su fundición de balas de cañón, y también Langreo, que contiene grandes yacimientos de carbón, hasta ahora, por cierto, demasiado abandonados y nada apreciados. Desde Grado, río arriba, se llega al Nalón, con sus afluentes, el Lugones, el Noreña, ambos llenos de truchas, y el Nora, que, con su afluente el Aller, pasa por ser una de las mejores corrientes pesqueras del noroeste de España. Mieres es también buen lugar de pesca, y en Ujo, a cosa de tres millas de distancia, se encuentra la conjunción de los ríos. Los riachuelos menores Cot y Canedo se juntan cerca de Pola de Somiedo: Miranda y Silviella son también buenos lugares; y la pesca es excelente, igualmente, en el Arce y en el Pigüeña.

Los que no tengan intención de ir directamente a Oviedo pueden desviarse en Cangas de Tineo hacia Villafranca y El Bierzo, o hacia

León (véase la ruta XCII).

RUTA XCI

DE CANGAS DE TINEO A VILLAFRANCA

	Leguas	
Naviego	2	
Puerto de Leitariegos	2	4
Laceana	3	7
Palacios del Sil	3	10
Toreno	3	13
Cacabelos	2	15
Villafranca	1	16

El puerto es el desfiladero o paso por las montañas que separan León de Asturias y, por ser sumamente alto, está enterrado en nieve durante el invierno. Las Brañas son muy interesantes: la palabra significa “lugar alto”. Son aldehuelas de chalets, chozas, cabañas de monte, como las bordas de Navarra, a las que en el verano emigran desde las llanuras criadores de ganado o vaqueiros. Estos pastores nómadas viajan en caravanas, como los gitanos, llevando consigo todos sus cacharros y aperos domésticos, sus niños y su ganado. Van

por los intrincados desfiladeros de las altas montañas, donde apacientan a sus animales y acopian reservas de heno para el invierno, viviendo siempre junto a su ganado, como si formasen manada con este, y sin entrar en contacto con los aldeanos que viven ladera abajo, o siquiera con los de Las Brañas mismas, que quedan más arriba. Cada pequeño clan vive solitario y altivo, en aislamiento oriental e ibero, odiando, evitando, despreciando al vecino: se acotan a sí mismos contra la humanidad, como acotan a sus bestias contra el lobo. Igual que en el libro del Génesis, XXIV, 37, nunca se casan con mujeres de fuera de su tribu y, estando todos ellos demasiado emparentados entre sí para las leyes canónicas del matrimonio, lo que tienen que pagar por la dispensa es tan alto que les priva de los escasos beneficios de su trabajo. Aunque esta gente no paga impuestos, vive sin médicos y muere sin abogados, no puede escapar del cura, que se aprovecha de sus supersticiones, las cuales guardan relación directa con el nivel de su ignorancia. El verdadero espíritu de amor de uno mismo y odio a todos los demás, verdaderamente oriental y español, se extiende incluso a las iglesias, donde una línea divisoria separa a la grey en dos huestes: pastores a un lado y al otro aldeanos, a quienes aquellos maldicen incluso en sus oraciones. Estos beduinos de las montañas, no del desierto, han conservado muchas ceremonias paganas, sobre todo en lo referente a sus muertos y a los ritos funerarios; en realidad, siguen siendo iberos, sin cambiar, salvajes como los bereberes de las montañas del Rif, aunque no carentes de una especie de silvestre y arisca hospitalidad para con el extranjero. La civilización no ha conseguido llegar hasta donde se encuentran estas criaturas nómadas de Ismael, cuyos adeptos, como en tiempos bíblicos, no dejan huella de su paso por la tierra, pues sus altos, dondequiera que sean, nunca duran más tiempo que lo que permita el pasto propio de la estación.

Laceana es la primera ciudad de El Bierzo. Y ahora la ruta sigue el curso del bello río Sil, de donde seguimos hasta Toreno, con un buen puente, y de allí a Ponferrada.

La ruta de León asciende primero hasta el Puerto, y si el jinete va por la ruta de Carballo, entonces, véase la página siguiente.

RUTA XCII

DE CANGAS DE TINEO A LEÓN

	Leguas	
Puerto de Leitariegos	6	
Villablino	2	8
Puerto de la Magdalena	2	10
Riello	3	13
A la Magdalena	2	15
Campo Sagrado	$1^{1/2}$	$16^{1/2}$
Lorenzana	2	$18^{1/2}$
León	$1^{1/2}$	20

Nada cabe imaginar más silvestre que esta sierra, que es muy poco frecuentada. A la izquierda del desfiladero de Leitariegos se encuentran muchos otros pasos, en primer lugar el de Zorzal, luego el de Somiedo, y después el de La Mesa, con lo que se nos ofrecen pasos por todas las montañas hasta Pajares, por todos los cuales pasa el Camino Real. Todo el concejo de Somiedo es alpino. La comarca es anfractuosa y casi intransitable, y más bien del todo en invierno. Los bosques están llenos de pájaros y animales de presa,

así como también de caza; pero en los valles resguardados se cultiva fruta en abundancia. Los ríos, con sus puentes suizos, están hechos ex profeso para el artista y para el pescador de trucha. El Órbigo es un torrente muy bello, y nace cerca del Puerto de la Magdalena, pero el Luna, que confluye con él cerca de Llamas de Ribera, es posiblemente el mejor de todos estos arroyos trucheros. Hasta llegar a esa confluencia, el Luna cruza el concejo de Villamor de Riello. Allí el camino tuerce más a la izquierda y entra en el encantador valle del Bernesga que fluye, ladera abajo, desde el Puerto de Pajares; evidentemente, el viajero contratará un guía local y cuidará de ir bien provisto de vituallas.

Libro II

ASTURIAS

Las mejores épocas para hacer esta visita son los meses cálidos de la primavera y el verano. La principal meta es Oviedo, con su pesca y la geología de su zona. El paisaje y las antigüedades de la ruta XCIV, y el paisaje y la pesca de las rutas XCV y XCVI, son sumamente interesantes.

El principado de las Asturias, que es, por así decir, como la Gales de la Península, fue el refugio montañoso de los aborígenes de España, invictos por igual ante los romanos y los moros, y después se convirtió en la cuna de la monarquía hispano-gótica. Es una estrecha cinta de territorio, separada de León por una barrera montañosa interior de colinas y montes y limitada al norte por otra serie de montañas exterior, llamada la cordillera de la costa, que bordea el golfo de Vizcaya, teniendo ambas imponentes espinas dorsales y proyecciones laterales, llamadas cordales, que se adentran por doquier en valles y pendientes. La comarca entera se extiende por un total de unas trescientas diez leguas cuadradas, y está dividida en sesenta y nueve concejos, o sea, distritos. Su clima y sus características naturales se parecen mucho a los de las provincias vascas y Galicia: échese, pues, una ojeada a los encabezamientos de las secciones respectivas. Los asturianos odian a sus vecinos, y sobre todo a los gallegos. El principado es tierra accidentada de colinas y valles, ríos y bosques y, de la misma manera que las cañadas y los valles frondosos son morada de las dríades, estos arroyos límpidos abundan en las náyades. El clima es húmedo; frío en invierno y templado en verano. Es como nuestra Gales, solo que a mayor escala, porque su elevación aquí asciende a veces hasta a diez mil pies sobre el nivel del mar. Las nubes, con sombrías alas, se ciernen permanentemente sobre la cima de las montañas, volviéndose así como gigantescos alambiques, para captar y condensar las nieblas marinas que llegan desde el Atlántico. El trigo escasea en estas húmedas regiones, cuyo alimento habitual es el maíz; se hace un pan malo con centeno o escanda, que es una especie de trigo de espelta, o farra, que madura en agosto. Aquí se cría considerable cantidad de ganado y, como en Galicia, los bueyes tiran de los carros y los arados, porque hacen el papel de los caballos, de la misma manera que las mujeres hacen el

de hombres y asnos. Los pastos y el heno alimentan a las vacas, que dan mucha leche, y últimamente se ha estado prestando atención a la industria lechera, mantequera y vaquera en general, y se empieza a elaborar buena mantequilla fresca, que desde hacía mucho tiempo era un lujo raro en el centro, el sur y el este de España.

La madera natural del roble, el castaño, el pino albar, el abeto y el Pinus uncinatus es de muy buena calidad, por más que los bosques estén, en general, abandonados o hayan sido destruidos; pero en las zonas remotas, a las que aún no ha llegado la tala, la madera es soberbia, como en las zonas forestales de Liébana. También abundan el carbón y la turba para combustible, e igualmente la sidra, que es la bebida local; también la fruta en general, las flores las verduras y las legumbres, semejantes a las de nuestro condado de Devonshire; las colinas y los montes son ricos en caza y los ríos en truchas, salmones, anguilas y sábalos. Los caballos son seguros y vivos: el emperador Nerón estaba muy contento de poseer uno (Suetonio, 46). Como son pequeños, nunca resultaron muy útiles para el arma de caballería: “Hic parvus sonipes nec marti notus” (Silio Itálico, III, 335); pero los montañeses de esta tierra son mejores caminantes que jinetes, y los tercos jacos, tan duros como la gente, son tan parecidos a sus bípedos amos de Asturias como el fanfarrón caballo berberisco de Córdoba se parece al andaluz matamoros. Los asturianos usan los brazos casi con tanta energía como las piernas, y son excelentes bailarines y jugadores de bolos y bastones. Los bailes nacionales de aquí son la muñeira y la danza prima, amén de un retozón baile con bastones o estacas de remota antigüedad, muy parecido a la danza dels bastons de los catalanes.

En las Asturias, comarca que ha estado mucho menos expuesta que Andalucía a las incursiones moras y españolas, se nota, desde hace largo tiempo, mayor seguridad para las personas y los bienes. Hay pocos ladrones, porque, de haberlos, se morirían de hambre en estas colinas pobres y de poco tránsito. En consecuencia, el campesinado asturiano, en lugar de buscar protección en ciudades amuralladas, prefiere vivir en pequeñas granjas y fincas, y con frecuencia son propietarios de la tierra que cultivan. Aquí la tierra, en general, está más subdividida, como en las provincias vascas, que en el sur, donde se concedieron grandes extensiones de tierra a los conquistadores que ayudaron a expulsar de ella a los ocupantes

moros. Como este lejano rincón de España ha escapado en gran medida a los horrores de las guerras, tanto nacionales como extranjeras, sus granjas y sus casas muestran menos miseria que las de ambas Castillas y Galicia. La ropa de las clases bajas es semejante a la de los suizos: las mujeres, cuando se ponen de domingo, llevan corpiño amarillo o verde, ajustado en el pecho con joyas de oro y collares de coral. También gozan de mucha boga las estameñas de colores oscuros, las cuales, junto con mantillas negras o dengues, se usan sobre la cabeza; a veces lucen también bonitos pañuelos, que se atan muy prietos por delante, dejando que el pelo cuelgue suelto por detrás en largas trenzas. Las madreñas gallegas, semejantes a los sabots franceses, se sustituyen también a veces por zapatos de cuero, e igualmente se usa una especie de calcetinillo bordeado de rojo o amarillo, que se pone sobre las medias. En general, los hombres se tocan con gorras de fieltro rematadas de verde, y son muy aficionados a jugar a los bolos. Ambos sexos se conducen bien, son de maneras suaves y atentos con el forastero. Sus hogares pueden, sin duda, ser calificados de modestos, humildes incluso, y su vestir de casero; pero también es cierto que, por hallarse lejos de las ciudades, el comercio y la industria, los mejores sentimientos de sus corazones nunca se han visto corrompidos, tributo este que nadie que, como nosotros, haya cabalgado por estas ásperas comarcas, y sido objeto de su cortesía y de su hospitalidad, jamás venales, podría en pura justicia negarles.

La palabra ibera ast implica elevación, de manera que ast thor se ha interpretado en el sentido de “puerta de altas rocas”. Y cierto es que estas montañas siguen tan imperturbables como el carácter originario de los que han nacido y crecido en ellas, donde el aire indígena vigoriza mente y cuerpo. Lo que queda de estos autóctonos son gente activa, recia y laboriosa, sencilla, honrada y leal. Estas fortalezas naturales, si sus defensores son gente valiente, resultan inconquistables. Es, por consiguiente, inútil invadirlas con ejércitos pequeños, pero uno grande perecería de hambre. Los astures apenas eran conocidos antes del reinado del emperador Augusto, y fueron entonces, como los cántabros, sera domiti catena, y domeñados, aunque más en teoría que en realidad. Tampoco los godos supieron conquistarles, pues constantemente se rebelaban contra ellos (San Isidoro, año 641). La inundación sarracena, que llegó del Oriente y, sin encontrar resistencia, barrió cuanto encontró a su paso, recibió

aquí el primer revés, viéndose forzada a retroceder por primera vez ante estas montañas, a las que sus habitantes están amorosamente unidos. Y aquí, a pesar de la humedad, la comida áspera y el trabajo más áspero aún, la longitud media de vida es larga, y la población cundente, sin que sea óbice la insuficiencia del espacio y la falta de trabajo. Tal es la razón de que los varones emigren, igual que los nubios a El Cairo, para ir a trabajar en Madrid como leñadores y aguadores. También se emplean como lacayos y criados de casas grandes, y son algo así como los suizos españoles, fieles pero interesados: point d'argent, point d'asturien. Los asturianos se cuentan entre los mejores cocineros de España, o dicho de otra forma, entre los menos malos de esta tierra de gastronómicos Érebos, donde la gente solo come para vivir, como las bestias que perecen.

Muchos de los asturianos, y sobre todo los montañeses y los que llegan de las alturas cercanas a Santander, regentan tiendas de abacería y tenduchos de comestibles en otras partes de España; estos, además de por su avaricia, son famosos por sus triquiñuelas comerciales, especialmente la adulteración de los productos que venden: aguar el agua, se dice de ellos que hacen, y la frase se ha convertido en proverbio. Muchos emigran de sus húmedos hogares y se van a la árida Andalucía, buscando trabajo en Jerez y en las zonas vinateras, donde con frecuencia acaban haciéndose muy ricos, pues, a semejanza de sus antepasados (Astur avarus, Silio Itálico, I, 231), son ahorrativos y cuidadosos con el dinero que tan duramente han sabido ganar. Siempre vuelven, de la tórrida Andalucía, a sus montes tan frescamente aireados, de la misma manera que tantísimos escoceses, que se han hecho ricos en la India, acaban por regresar a sus lugares de nacimiento, bien protegidos por brezos y matas. Si se les hace imposible el regreso, se agostan de pura nostalgia, o heimweh; pero esta maladie du pays, o sea, el dolor de estar fuera del lugar de nacimiento, es como el bocio o la sarna: una enfermedad propia de los habitantes de las tierras altas, incapaces de vivir en paz si no están seguros de que su tumba se hallará muy cerca de su cuna.

Los que no abandonan la patria chica siguen viviendo en la pobreza y, a semejanza de los gallegos, trabajan mucho y comen poco, tanto si son hombres como si son mujeres, si son viejos como si son

jóvenes. Están muy expuestos a la broncocele o bocio, también llamado papera o lamparón. Se trata, probablemente, de una enfermedad propia de su raza y, de todas formas, surge en la mayor parte de los lugares alpinos, ya sea como consecuencia de beber agua de nieve en exceso o por alguna otra razón peculiar que encuentra su origen en el principio de predisposición constitutiva. Pero hay remedio para todo, y los lamparones se curan gracias al milagroso remedio del aceite de las lámparas de Santa Engracia de Zaragoza, y con la misma seguridad con que se curaba la escrófula al simple contacto de la mano real. A los asturianos les atormenta también el llamado "mal de rosa", que es una especie de escorbuto con erisipela, atribuido por algunos a la insuficiencia de buena ropa blanca y buena vida.

Las Asturias produjeron en la Guerra de la Independencia contra los franceses muchos famosos personajes, de los que el mejor fue Jovellanos. Desde esta provincia, que fue su cuna, Toreno se dio a la vela para buscar ayuda inglesa, y tuvo la suerte de vivir lo suficiente para escribir la historia de esta aventura. O bien, Riego, el jefe de la rebelión constitucionalista de 1820. O Argüelles el divino o Cayetano Valdés. Y tantas otras estrellas de las Cortes de Cádiz como también nacieron en estas neblinosas montañas. Rivales suyos en el campo de batalla, Blake y Ballesteros se lanzaron aquí al combate y a la derrota. Pocos hombres hay, ya fueran de consejo o de acción, a quienes quepa incluir aquí más justificadamente por su exceso de vanidad; pero los modernos asturianos, independientemente de su historia anterior, por ejemplo, en los tiempos de don Pelayo, han degenerado mucho desde entonces. Su carácter fue descifrado enseguida por lord Lynedoch, que escribió lo siguiente a Moore: "Los delegados que nos fueron enviados aquí no sabían nada, excepto lo relativo a su propia provincia, y, pour se faire valoir, lo exageraron todo: por ejemplo, los de Asturias hablaban más alto que todos los demás, y eso que Asturias, hasta la fecha, nunca ha producido un solo hombre de guerra". Y, añadía, "y nunca tampoco después". Sobre la misma cuestión, Carroll escribe lo siguiente a Baird: "Esta provincia, la primera en declarar la guerra a Francia, no ha dado ningún paso en estos siete meses últimos, al menos en la medida en que yo he podido averiguarlo, contra la posibilidad de que el enemigo invada esta provincia. ¿Qué se ha hecho con las ingentes cantidades de dinero que les llegaron

de Inglaterra?, esto te preguntarás, sin duda. Saqueadas y mal usadas, pues todos los que han tenido o tienen que ocuparse de dinero, lo primero que han hecho es quedarse con todo el que han podido, para estar en situación, si las cosas salen mal, de salvarse por sus propios medios" (Napier, I, Ap., 57-62). Por lo que a este egoísmo monetario se refiere, el astur avarus se limita a hacer gala de una cualidad en la que, por dispares que se muestren en otras cuestiones, todos los españoles son iguales, pues, como dice el Duque refiriéndose a ellos, "la primera cosa que necesitan, en cualesquiera circunstancias, es dinero" (parte del 7 de mayo de 1811).

Los viajes por Asturias se hacen a la manera primitiva: en mula o a caballo, pues los caminos son aquí como esos caminos reales de Galicia, que están pavimentados de estrellas y supervisados por Santiago, y no son aptos para otros carros que el de la Osa Mayor; la única excepción a esta regla es un magnífico Camino Real que cruza el principado y va de Gijón hasta León y Madrid, y cuyo costo fue tan exorbitante que Carlos IV preguntó si es que acaso estaba pavimentado de plata. Pronto, se dice, se tenderá un ferrocarril de hierro, gracias al oro inglés, ese afectuoso aliado que lucha y paga por España. Si este grandioso proyecto, "muy recomendable", según el criterio general, llega a hacerse realidad alguna vez en una tierra de montañas y donde los partos de los montes dan a luz monstruosos abortos, los beneficios que ello reportará a Madrid y a España entera serán incalculables; la cara y mal aprovisionada capital se verá verdaderamente en posesión de productos ultramarinos, ideas extranjeras, madera, combustible, fruta fresca, pescado y mantequilla, y además se convertirá en un verdadero mercado de exportación para los vinos y granos de las provincias centrales.

Entretanto, pues hasta los ferrocarriles van despacio en España, las comunicaciones cruzadas e interiores son impracticables para los vehículos; en esta provincia, de carácter y hospedajes alpinos, pero encantadora para los jóvenes, los artistas y los pescadores de caña, ya vayan por el interior o se limiten a la costa o costas del golfo de Vizcaya, pocas cosas hay tan agradables como esta "dulce alternancia de valles y colinas, ríos, bosques y llanuras, ya tierra, ya mar". Los amantes de las antigüedades y de los fastos románticos

recordarán que este es el rincón de España al que escapó lo que quedaba del ejército godo, y de donde don Pelayo salió de nuevo al combate para reconstruir la destrozada monarquía y la religión abolida de don Rodrigo. Es aquí, por consiguiente, donde se encontrarán lugares e iglesias del siglo VIII, y cuya nomenclatura, que, como la forma, sobrevive con frecuencia a la sustancia o el fondo, suele ser interesante en extremo. La gran antigüedad del culto queda demostrada por los nombres primitivos de las parroquias y por los curiosos y extraños santos que hacen aquí de tutelares de los lugares, y que son completamente desconocidos, o arcaicos, en el resto del país, por causa de los cambios que ha sufrido la hagiología papal; pero también es verdad que en Asturias se remacha el localismo propio del asturiano en sus propios y peculiares dioses. La iglesia gótica era muy independiente del papado, cuyo ritual y dominio no se establecieron realmente en España hasta alrededor del año 1086, y aun entonces gracias a la influencia extranjera y en especial francesa. En estas montañas salvajes se encontrarán los palacios rupestres y los santuarios rocosos donde sus primitivos campeones vivían y rezaban cuando España era libre y aún estaba sin corromper. Muchos de ellos fueron objeto de pillaje y profanación por parte de los franceses, o bárbaramente abandonados por los españoles mismos; a pesar de lo cual aún subsisten bastantes, basándose en los cuales el arquitecto ingenioso e imaginativo podrá reconstruir y comprender el sistema anterior. Las Asturias son pobres y están muy a desmano, de modo que se han visto relativamente libres de la moda de los dorados y el churriguerismo que dominó a los lugares más ricos, cuando los antiguos dioses, los Cabiri, los Dii majores gentium, y los santos y tutelares de los siglos medievales, se vieron desplazados para dejar sitio a los hombres recientemente santificados, esos “ex hominibus Deos”, como los llama Cicerón (“N. D.”, II. 15), que eran los exactos prototipos paganos de los modernos santos, los Semidei, los Anqrwpoi Daimonej del gran titiritero, el Kuroplasthj del Vaticano, gracias a quien se arreglan esas canonizaciones o elevaciones a la categoría de semidioses.

El patios que hablan los campesinos asturianos difiere del de los gallegos, y recibe el nombre de bable; fue una de las primeras aproximaciones del hispano-gótico al romance y al actual idioma castellano. Es muy de lamentar que nadie se haya molestado en

coleccionar sus restos, ya sea en forma de proverbios o de baladas antiguas, pues en ellos, además de ser verdaderas joyas del idioma, se conservan sin la menor duda muchas curiosas reliquias de maneras primigenias e historia antigua, que pronto, ¡ay!, pasarán sin remedio al pasado, porque el español en general vive solamente para sí mismo y para el presente, y, no hablando otro idioma que el suyo propio, apenas sabe lo que significa la palabra filología; para leer algo sobre el bable, véase a Durán, IV, 41.

El amante de las antigüedades puede consultar, por lo que a esta provincia se refiere, los siguientes libros: el Viaje de Morales, publicado por Flórez, folio, Madrid, 1765; también la España Sagrada, vols. 37, 38 y 39; Antigüedades de las Asturias, Luis Alonso de Carvallo, Madrid, 1695. La Historia Natural está descrita por Casal, y el profesor alemán Schultz se ocupa actualmente en la preparación de un estudio y un mapa geológico y mineralógico, un resumen de lo cual ya se ha publicado en el Boletín de Oviedo, en junio y julio de 1839; entretanto, lo poco que se sabe de este tema ha de ser buscado en las obras de otros extranjeros, especialmente el señor Wilton y el capitán Widdrington.

Las Asturias dan su título al heredero de la corona española, lo cual se hizo abiertamente en imitación de nuestro principado de Gales, y por deseo expreso del duque de Lancaster en 1388, cuando su hija Constance se casó con Enrique, hijo mayor del rey de Castilla don Juan I. Como en el caso de los galeses, el árbol genealógico de los asturianos se remonta, por lo menos, a los tiempos del diluvio universal, y su bable les llega desde la mismísima torre de Babel; el asturiano se siente tan orgulloso de la pureza de su religión como de la excelencia de su queso, aun cuando la verdad es que el Double Gloucester, y el puseyismo salen ganando en la comparación.

Oviedo, nombre que conocerán todos los lectores de Gil Blas, es la montañosa capital de este montañoso principado. Es un buen cuartel general para el pescador de caña, que aquí podrá encontrar un buen guía y avituallarse. Hay dos posadas, La Tinaña y La Catalana, donde el viajero se encontrará mejor que Gil Blas cuando vino aquí a enterrar a su padre.

Oviedo es ciudad bonita y limpia, con unos diez mil habitantes. Es la residencia de las autoridades de la provincia, tiene un Audiencia

territorial, y una sociedad de lectura, en la que los forasteros son admitidos sin ningún trámite y con buena gracia. La Universidad, bello y moderno edificio, situado en las afueras de la ciudad, tiene una biblioteca digna. Oviedo cuenta con varias calles anchas trazadas con regularidad: las cuatro principales siguen la línea de los caminos de Gijón, León, Grado y Santander, y terminan en alamedas, de las que La Tendería y Chambel o Chamberri son las más frecuentadas. Estas calles se juntan en una noble plaza. La ciudad está bien surtida por un acueducto llamado Los Pilares que le lleva agua fresca y pura desde Fitoria: fue proyectado en 1553 por Juan de Cerecedo, y construido en 1599 por Gonzalo de la Bárcena. El nombre de Oviedo se deriva de los ríos llamados Ove y Deva, en cuyas riberas derrotó don Pelayo a los moros. Hasta el año 791, los príncipes godos residían en Cangas y Pravia, hasta que Alonso el Casto convirtió este lugar en su corte y capital.

Durante la guerra, Oviedo fue bárbaramente tratada por los franceses. Cuando el mariscal Soult, después de la retirada de Moore, avanzó Portugal adentro, envió a Ney desde Lugo con seis mil hombres para saquear Asturias. Ney, tomando la ruta de tierra adentro, llegó a Oviedo antes de que los descuidados asturianos se enteraran siquiera de su salida, y mientras Romana y la Junta estaban totalmente ocupados en sus propias y bajas intrigüelas locales, el destructor armado se lanzó sobre ellos el día 19 de mayo de 1809. En vista de lo cual, Romana, Worster y Ballesteros pusieron pies en polvorosa sin pérdida de tiempo, dando así brillante ejemplo a sus soldados, que les siguieron hasta el último hombre. Aun cuando no se opuso la menor defensa o resistencia, la ciudad fue inmisericordemente saqueada durante tres días. La sutileza de la plata que cubría las santas reliquias, y las fervorosas oraciones del capítulo, que dio a Ney todas sus lámparas e imágenes de oro macizo, bastaron para salvar el contenido de la Cámara Santa, que no se tuvo tiempo de ocultar. De esta forma, la “obra de ángeles” escapó al sacrílego crisol de los mortales. La derrota de Soult en Oporto rebotó contra Ney, que huyó del noroeste con sus laureles algo marchitos. Pero la desdichada Oviedo fue nuevamente saqueada por Bonnet, que volvió sobre ella después de la mala conducta contra los españoles en Colombres, adonde Bonnet, con objeto de destruir a su arrogante enemigo, había tratado de retirarse; Bárcena cayó instantáneamente en la trampa, y avanzó,

como Cuesta en Talavera, sobre lo que él supuso que serían gamos huyendo, pero demasiado tarde cayó en la cuenta de que en realidad eran tigres, pues Bonnet dio media vuelta y dispersó a las ovejas que le perseguían. Este hombre, que se levantó de las filas revolucionarias, fue el Alarico de las Asturias, donde su nombre es tan execrado como el de Sebastiani en Granada o Murcia.

La sede de Oviedo se fundó en el año de 810 de nuestra era, y su fundador fue Alonso el Casto. Al principio era metropolitana, y después se hizo iglesia exenta, o sea, no sufragánea sino independiente de cualquier arzobispo. A la catedral la llaman La Santa, debido a las reliquias que contiene, y la ciudad recibe el nombre de civitas Episcoporum, porque fue aquí, entre los años 808 y 814, donde se celebró un Concilio de todos los prelados españoles cuyas sedes estaban en poder de los moros, o como suele decirse, in partibus infidelium; fue como si dijéramos, el Glastonbury de la Península Ibérica. La catedral, aunque no grande, es muy elegante y bella. Tampoco es muy antigua, pues fue comenzada en 1388 por el obispo Gutiérrez de Toledo, que en mala hora decidió derribar la mayor parte del edificio anterior, construido en el año 802 y dedicado a San Salvador. Excepción hecha de la Cámara Santa, las demás partes de aquella que se conservaron entonces fueron derruidas más adelante por el modernizador capítulo catedralicio. La fachada occidental, aunque está sin terminar, es impresionante. Un noble pórtico se levanta entre dos torres, solo una de las cuales está terminada, y, lamentablemente, no se atiene al plano original; y es que, en 1575, el capítulo prefirió añadir una aguja piramidal de filigrana abierta a terminar la segunda torre, situada enfrente, y no solo más grande que la primera, sino muy desparejada y de altura inferior a la de la nave. Obsérvese el curioso arco de la torre del norte. El interior de la catedral es más bien decepcionante: la nave central es más alta que las alas o naves laterales, y las ventanas del lado izquierdo están sin pintar. Bajo el crucero va una galería. El retablo del altar mayor data de 1440, y está dividido en cinco órdenes. Hay una moderna Custodia de madera dorada en sustitución de la anterior que, junto con una reja de plata, fue robada por los invasores franceses. La sillería del coro está adornada con obra de taracea.

Muchas de las capillas laterales están desfiguradas por

abominaciones churriguerescas y modernas. El trascoro también ha sufrido, pues el elegante centro gótico ha sido enjalbegado, mientras a cada lado se han erigido incongruentes altares de mármol oscuro y de un híbrido estilo clásico. Las capillas del trasaltar son abominables. Aquí es donde estaba la de la Virgen, el Escorial o lugar de enterramiento de los reyes primitivos: era una parte del edificio original, que fue derribado en 1712 por el obispo Tomás Reluz, que construyó luego el actual, despreciable aborto, del peor periodo del arte. El cimborrio está sobrecargado, y las columnas bajas y las pilastras corintias, como también la cornisa o sobrepuerta, son flagrantes fracasos. Esto se llama ahora la Capilla del Rey Casto (Alonso II, muerto en el año 843), y aquí está enterrado ese monarca, con muchos de los primeros reyes y príncipes, a saber: Fruela I; Doña Gloria, mujer de Bermudo; Urraca, esposa de Ramiro I, etcétera. Seis nichos en las paredes contienen ataúdes de piedra. Todos los sepulcros, epitafios e inscripciones originales, tan cuidadosamente descritos por Morales, han sido implacablemente eliminados y ahora, en su lugar, hay una mísera tableta moderna en la que están registrados sus nombres.

El claustro es pequeño, pero macizo; las ventanas son de buen gótico ojival.

Lo mejor, empero, tanto de esta catedral como de esta santa ciudad, son los restos salvados de la invasión mora y puestos a salvo por don Pelayo, quien, como el pío Eneas, cuidaba más que su mujer de los penates:

Los restos y las obras escritas de los santos,

el tesoro de Toledo, más valioso que cualquier

riqueza,

él llevó sus vivos y muertos restos,

a sus baluartes montañeses.

Los que no tengan a mano las obras de Flórez y Morales podrán consultar el Don Rodrigo de Southey (notas, página 89) sobre algunos detalles como este estupendo:

Almacén de munición,

de cruces, reliquias, crucifijos,

cuentas, pinturas, rosarios, copones,

las herramientas que harán nuestra salvación

con operación meramente mecánica.

Esta superstición es fruto natural del abuso de un anhelo que late en todos los corazones humanos, y que, en consecuencia, fue puesto al servicio de una astuta, mundana iglesia. Hay, naturalmente, una cierta sensación amable y poética en el amor a un resto del pasado, a una reliquia, a lo único que queda de algún benefactor, al recuerdo de alguien que se ha perdido para siempre, pero que sigue siendo caro a la memoria. Estas reliquias se encuentran aquí en la Cámara Santa, o sea, la capilla primitiva (repintada, por desgracia) de San Miguel, que pasa por ser el segundo más antiguo de los edificios cristianos que quedaron en pie después de la invasión mora. Esa capilla se encuentra escondida, para mayor seguridad, entre la catedral y el claustro, y está elevada para salvar las reliquias de la humedad: veintidós peldaños ascienden hasta una antesala de techo de arista. Obsérvese el camino en arco, con follaje y curiosas esculturas, que conduce a la capilla, y que mide veintiséis pies por dieciséis. Al final, y dos pies por debajo, está el sanctum sanctorum: doce imágenes de los Apóstoles, de la misma antigüedad que el edificio, sostienen el techo, y el mosaico del pavimento se parece a los de la Italia del siglo IX, en especial a las obras normando-bizantinas de Calabria y Sicilia. Esta capilla estaba antes iluminada por magníficas lámparas de plata, que han sido robadas por los franceses. Los devotos se arrodillan ante una barandilla cuando se exponen las sagradas reliquias. Morales escribe lo

siguiente en su informe oficial a Felipe II: “Estoy escribiendo en la iglesia antes de la reja, y Dios sabe que estoy fuera de mí de temor y reverencia”. Tales eran el temor y la reverencia de este sabio personaje, que temblaba ante estos objetos de oro, atesorados como reliquias; temor, por cierto, del que el mariscal Ney, le brave des braves, estaba filosóficamente exento.

Se distribuyen entre los peregrinos papeles impresos en francés, latín y español, en los que la autenticidad de cada reliquia queda garantizada por el deán y el capítulo; y el Papa Eugenio otorgó mil cuatro años y seis cuarentenas (o sea, cuarenta días) de indulgencia a todos cuantos visitan, observan y creen que sus almas se salvarán gracias a la intercesión de aquellos cuyos huesos allí se veneran. La oración que se recita en la Fiesta de las Reliquias dice así: “Propitiare Domine nobis famulis tuis, per horum sanctorum tuorum, quorum reliquiae hic continentur, merita gloriosa, et eorum piâ intercessione, ab omnibus semper muniamur adversis” (Morales, 85).

Si buscamos detalles en la comunicación oficial, veremos que estas reliquias fueron llevadas, de Jerusalén, tras su reconquista por el persa Cosroes, a África, de donde pasaron a Cartagena, Sevilla, Toledo, el Monte Sacro y Oviedo. En un principio las conservaron los godos en Santo Toribio, cerca de Los Escobios de Morcín, hasta que Alonso el Casto erigió la fortaleza en el año 875. Estas reliquias consisten en la habitual mezcolanza de objetos dispares, como por ejemplo maná del desierto, un barrilito de las bodas de Canaán los huesos de San Pantaleón, San Cucufate, San Bachis y Santa Pomposa, amén de otros santos que el deán menciona en su documento, y cuyos nombres mismos indican su antigüedad. Hace mucho tiempo, empero, que los tales santos han sido suplantados por otros santos tutelares más modernos y elegantes de ambos sexos. Las reliquias son igual de antiguas, y cuanto más oscura la edad de la que proceden, tanto más piadoso es el engaño. Así pues, vemos que en Glastonbury, que fue en tiempos la Oviedo de Inglaterra, se mostraba a los devotos la piedra que el demonio ofreció a Jesús para que la convirtiera en pan, y que, para los ingeniosos monjes, resultó tan eficaz como una piedra filosofal.

El arca ovetense es realmente auténtica, y está hecha de roble,

cubierto con una fina capa de plata, con bajo relieves de temas sacros y una inscripción latina en torno al borde, que se refiere a su contenido. Obsérvese especialmente el crucifijo hecho por Nicodemo, el cual es de marfil y tiene aproximadamente un pie de altura: la figura recuerda con exactitud al Cristo de las batallas del Cid que está en Salamanca y por el cual cabe fijar su fecha en el siglo XI. Los pies de la figura están separados, y no clavados el uno sobre el otro; y, por ser obra de Nicodemo sin el menor género de dudas, es considerado por los teólogos españoles como prueba innegable de una cuestión, la posición de los pies del crucificado, tan debatida hasta ahora. Aquí hay también una sandalia de San Pedro, y un poco de leche de la Virgen, que se guarda en una cajita metálica. En otra caja se conserva el Santo Sudario de Nuestro Salvador, que se expone al público tres veces al año, más otra vez en Viernes Santo, que es cuando predica el obispo. Y entonces, además, el sudario se despliega desde un balcón que fue bárbaramente abierto en la caja misma de la Cámara Santa en el año 1732. Los campesinos le presentan panes y cuentas y otros objetos, porque se les ha dicho, y ellos lo creen, que así adquieren valor nutritivo y medicinal. Curiosear en el interior de esta caja conlleva castigo seguro, y así cuenta Garibay (España Sagrada, XXXIX, 122) que, en 1550, el entonces obispo, Cristóbal de Rojas Sandoval, aun cuando se había preparado debidamente con ayunos y oraciones, quedó sin sentido por haber intentado abrirla. Lo mismo le ocurrió a Eurípilo, cuando la conquista de Troya, quien obtuvo un arca donde se guardaba una imagen de Baco hecha por Vulcano y entregada a Dardano por el mismísimo Júpiter; bueno, pues es el caso que Eurípilo, al tratar de abrirla, perdió también el uso de los sentidos (Pausanias, VII, 19, 6). Y hay más casos, como cuando Minerva dio orden de que nadie mirara en el interior del cesto donde ella misma había escondido a Erictonio, y todos los que lo intentaron se volvieron locos y se suicidaron (Pausanias, I, 18, 2): compárese con el pasaje bíblico Samuel, VI, 19; Crónicas, I, XIII, 9.

De la copia idéntica de la casulla, hecha en el cielo, que la Virgen misma le puso sobre los hombros a san Ildefonso en Toledo, se dice que está en Oviedo, aunque nuestras indagaciones sobre esta cuestión no dieron resultados satisfactorios. Otro objeto notable es el altar portátil que usaron los Apóstoles: tiene forma de libro y está bañado en plata, con los adornos interiores en marfil tallado; no

hay duda de que fue hecho en el siglo X. A continuación tenemos la cruz de don Pelayo (la Cruz de la Victoria), que cayó del cielo en Cangas justo antes de la victoria de este rey, como la "lapsa ancila caelo" de Virgilio. Esta cruz está encajada en magnífica filigrana hecha en Gozón, a cuatro leguas de Oviedo. La inscripción, que es de la época, explica que fue donada por el rey Adefonsus y su esposa Scemena (Ximena), en el año 908. Más antigua todavía, pues tiene un siglo más, es la cruz que fue hecha por ángeles, como la Cruz de Caravaca, aunque Morales piensa que dichos ángeles solamente hicieron su parte delantera. La Cruz de los Ángeles tiene forma de cruz maltesa, y está enriquecida con filigrana de oro de índole bizantina o mora, y tachonada con piedras preciosas sin tallar. Los cuatro brazos llevan la siguiente inscripción: "Susceptum placide maneat hoc in honore Dei offert Adefonsus, humilis servus Christi. Hoc signo tuetur pius hoc signo vincitur inimicus; quisquis auferre presumpserit mihi fulmine divino intereat ipse; nisi libens voluntas dederit mea. Hoc opus perfectum est in era DCCCXLVI a.d. 808". Por consiguiente, esta cruz, como la de Santiago, tiene sin el menor género de dudas más de mil años de antigüedad; pero ni su antigüedad ni la amenaza de ser herido por un rayo pudo salvar a la Cruz de la Victoria de la codicia de un soldado francés, que se la llevó exactamente igual que el sacrílego Dionisio se llevó las paganas Victoriolas aureas (Cicerón, "N. D.", III, 34). Menos mal que fue rescatada por el canónigo Alfonso Sánchez Ahumada por pura casualidad, como él mismo nos lo contó a nosotros, y la cosa, a partir de ahora, se citará como milagro; convengamos en que cualquier cosa hecha de plata que escape a la codicia gálica es, en realidad, poco menos que un milagro.

La buena y antigua biblioteca de la catedral de Oviedo –muchos de cuyos manuscritos proceden en realidad de Toledo– había sido abandonada por el capítulo tiempo atrás para pasto de los gusanos, y recordemos que el tío de Gil Blas fue digno dignatario de estos sitiales. Los catálogos o registros de documentos y demás, que se conservan en la mayor parte de las catedrales y conventos españoles reciben en esta el nombre de tumbos, pero su verdadero nombre es Libros de Becerro, debido a la encuadernación, que es de piel de ese animal; becerro es diminutivo de la palabra árabe baccara, que significa bovino, vaca, como vacca en latín.

Oviedo, como cabría esperar, contiene algunas de las iglesias cristianas más antiguas de la Península. Están cuidadosamente descritas por Morales en su Viaje, por Ceán Bermúdez (Arch., I, 4) y por el capitán Widdrington (II, 102). Su estilo de columnas de capitel redondo, que es nuestro estilo sajón primitivo, recibe aquí el nombre de obra de Godos, a fin de distinguirlo del estilo ojival o apuntado, al que nosotros llamamos indebidamente gótico, pero al que los españoles prefieren dar, con más acierto, el nombre de tudesco, o sea, tedesque.

Estas iglesias primigenias son sencillas y sólidas, y suelen estar provistas de un saledizo o tejadillo a la entrada, a modo de protección contra el clima lluvioso. Las muestras mejor conservadas se encuentran en la elevada colina de piedra arenisca roja llamada La Cuesta de Naranco, que se levanta al otro lado de un valle situado al norte de Oviedo. Esas iglesias cuentan entre las más antiguas del cristianismo peninsular ibérico, y por estar fuera de la ciudad, se han visto menos expuestas a las garras de arpía de los innovadores modernizantes. Se trata de auténticas muestras de los templos godo-hispánicos de la primitiva monarquía, y son tan pequeñas que casi parecen baños o tumbas abovedadas.

Lo primero que hay que visitar es Santa María del Naranco, que todavía se usa como parroquia. El párroco vive en una parte del edificio, que está adaptado a la irregularidad del nivel de la ladera. Desde este lugar se puede ver Oviedo muy ventajosamente contra el fondo montañoso. La entrada se hace por un pórtico, y el interior está dividido en tres partes, la más baja de las cuales es el suelo de la parte central. El cuerpo principal tiene aproximadamente cuarenta pies de longitud por quince de anchura, lo cual es grande, como dice Morales, para ermita, pero pequeño para iglesia. La cripta, abajo, según dice Morales, se usaba también como iglesia, siguiendo las costumbres de la época. Obsérvense los pilares retorcidos como cables, el tejado circular, los escudos tallados en la piedra y los tres arcos bajos que hay detrás del altar. De algunas de las columnas se dice que fueron llevadas a Oviedo desde un templo romano que había en Lugo. Es indudable que el cristianismo primitivo utilizó los materiales de edificios paganos, exactamente igual que hicieron los moros de la época en Córdoba y en otros lugares. ¡Qué diferentes, empero, son entre sí los monumentos de

ambos pueblos, y qué espléndida y vasta resulta la mezquita si la comparamos con estas pequeñas y sencillas iglesias! Y lo fuertes que son ambos, por diferentes que sean los materiales con que están construidos, se ve por el hecho de haber sabido resistir al tiempo durante doce siglos.

En el capitel de una columna se ve una tosca escultura, de la que el vulgo dice que alude al tributo femenino que pagó a los moros el rey Mauregato, cuya muerte tuvo lugar en el año 788. Esta iglesia, que es una joya de la Antigüedad, se mantiene bien conservada por el cura, que además sufraga su conservación de su propio bolsillo, pues las autoridades ovetenses no se cuidan de adelantar un cuarto para conservar dignamente las viejas piedras. El cura, bienintencionado, pero ignorante, ha tenido sin embargo la curiosa idea de sustituir la vieja pila bautismal por una reluciente y nueva.

San Miguel de Lillo se levanta un poco más monte arriba y es de forma cruciforme. Cuando se hallaba en perfecto estado debió de ser una iglesia en miniatura, por sus proporciones y por estar dotada de todos los accesorios necesarios para desempeñar bien tal papel. Ahora, sin embargo, está cayendo rápidamente en ruinas, por encontrarse abandonada y haber sido profanada de la manera más vergonzosa. Obsérvense las ventanas del crucero, las columnas cortas y los arcos. El vulgo afirma que el casto Alonso y Berta, su mujer, tenían cada uno su cama separada en sendos nichos de la tribuna: pero no puede ser así, pues esos dos nichos estaban reservados a los objetos de culto, y la iglesia, según Morales (Viaje, 103), no fue construida, por Ramiro I (hacia el año 850), hasta después de la muerte de ambos cónyuges; el nombre del arquitecto es Tioda o Fioda. El padre Mariana (VII, 13) afirma que los gastos se sufragaron con el botín de la batalla de Clavijo, en la que Santiago luchó en persona; esta ladera del monte estaba entonces cubierta de casas, las cuales desaparecieron cuando Alonso el Magno (hacia el año 905) fortificó Oviedo. Morales, en 1572, describió las ruinas que quedan por toda huella del palacio de Ramiro, del cual han sobrevivido fragmentos enquistados en edificios más modernos.

Hay otras dos iglesias de ese periodo: una, a cosa de una milla de distancia de la ciudad por el camino de Gijón, y que probablemente

fue también construida por Tioda, dedicada a San Julián (Santullano). Esta tiene tres naves y sus proporciones son buenas. Su carácter es bizantino, aunque Ceán Bermudez lo califica de toscano. Obsérvense los pilares situados a ambos lados del altar y los singulares capiteles: examínense el interior y la ventana que se ve al este. Y la otra, Nuestra Señora de la Vega, según Morales, fue fundada por doña Gontrodo Pérez, muerta en 1186 y madre de la reina Urraca. Está enterrada aquí, y Flórez (Reyes Católicos, I, 300) ha conservado su curioso epitafio latino. Véase también España Sagrada, XXXVIII, 151.

Volviendo a la ciudad, cerca de la catedral se encuentran los restos de la Corte o residencia del Rey Casto. La fortaleza fue añadida por Alonso III el Magno, para proteger las santas reliquias de los piratas, por quienes se entendía, sin duda, a los normandos, que devastaron la costa en el año 862. Morales vio y copió la inscripción original. Los restos de una vieja torre tienen bastante carácter normando de ese periodo. El fuerte, sin embargo, y otros edificios antiguos, fueron demolidos para dejar sitio al claustro de la catedral. Desgraciadamente, se ha permitido que se pierdan muchas otras de las auténticas piedras inscritas que mencionan Sandoval, Flórez (España Sagrada, XXXVI, 140) y otros, y preciosas pruebas de obras de arte. La fortaleza se transformó en prisión, lo cual es el destino habitual de los alcázares españoles. En la puerta consta la fecha (cerca del 913).

Junto a la catedral se encuentra otra iglesia, también muy antigua, dedicada a San Tirso, pero por desgracia ha sido tristemente modernizada. Lo bella que debió de ser en otros tiempos puede deducirse por la descripción del obispo Sebastiano: “Cujus operis pulchritudinem plus praesens potest mirari quam eruditus scriba laudare”. De ella lo único que aún queda es un doble arco, con columnas en la pared exterior. De este periodo temprano es San Payo, que está junto a una iglesia que originariamente fue fundada por Alonso el Casto en honor de san Juan Bautista, pero la dedicatoria fue cambiada cuando se pusieron aquí los restos mortales de san Pelayo por orden de Fernando I, en el año 1023 o 1053. Este san Pelayus, el Shant Pelay de los cronistas moros, era sobrino de un obispo de Tuy, que, cogido prisionero por los moros en la batalla de Junquera, fue guardado en Córdoba como rehén del

prelado, siendo ejecutado allí por orden del califa en el año 925. El rey Sancho el Gordo suplicó a los moros que le entregasen su cuerpo, habiendo él mismo ido a Córdoba a consultar a los médicos moros, y fue su hijo, Ramiro III, quien lo trasladó con gran pompa a tierra cristiana.

El eclesiólogo sentirá sin duda interés por mirar el interior de la iglesia de San Juan, donde es digna de examen la curiosa moldura que tiene su imagen en torno a la frente; cerca de esta iglesia se encuentra el enorme convento de San Vicente, fundado en 1281 para los benedictinos por el abad Fromestano. Es, en realidad, un monasterio doble, para monjes y monjas por igual. La parte anterior ha sido ahora convertida en residencia del jefe político, y también para oficinas públicas, como la de imprentas, tabacos y otros departamentos gubernamentales. Se puede visitar la celda del padre Feijoo, que fue miembro de la congregación. Fue él quien, con sus ensayos críticos, publicados hará ahora cosa de un siglo, disipó algunos de los errores más crasos de España, que, como la neblina que corona el monte, parecían haber hecho de la Península Ibérica su punto favorito de reposo. Los benedictinos españoles decayeron lamentablemente después de la muerte de este helluo librorum; a partir de entonces nunca estudiaron mucho, porque como su Feijoo había leído y escrito suficiente para el mundo entero, e incluso para lo que le queda de existencia al mundo, podían jactarse del beneficio de sus infinitas obras, que son suficientes y aun sobrantes para todos. Su Teatro crítico universal, sus Cartas eruditas y curiosas, con réplicas y contestaciones, etcétera, more Hispano, ocupan diecinueve tomos en cuarto, y han tenido muchas ediciones; la nuestra, que es la quinta, fue publicada en Madrid en 1748 por los herederos de Francisco del Hierro. ¡Descanse en paz!

En la pared de fuera del convento hay encajado un monumento a Jovellanos, que en nuestros tiempos siguió el ejemplo de Feijoo: está situado, muy adecuadamente, al otro lado del camino de Gijón, la ciudad natal de este verdaderamente inteligente patriota.

El convento de San Francisco, fundado según se dice por san Francisco en persona, está ahora transformado en hospital. El paseo es uno de los más bellos de Oviedo. La vista desde la piedra donde se fusila a los delincuentes es encantadora y domina el acueducto y

San Miguel de Lillo. El capitán Widdrington da al bello roble de aquí el nombre de Quercus pedunculata. Este paseo está frecuentado en los días de asueto por las clases bajas, que cantan y bailan con sus curiosas evoluciones circulares: la letra de sus canciones, viva Pravia, sigue aludiendo a don Pelayo y a sus victorias contra los moros. El domingo es el gran día de baile y cantos para los campesinos, que se reúnen en la plaza después de misa, y entonces se pueden observar sus trajes típicos. Obsérvense las complexiones claras y frescas de estas pelicastañas hijas de los godos, cuyos largos rizos se juntan en trenzas. Estas muchachas llevan sus grandes jarras de agua y sus cestas con la erguida andadura de la mismísima Hebe. Los hombres se tocan con un curioso gorro azul cielo, llamado aquí montera, y son aficionados a un feo tipo de paño amarillo. El convento de San Agustín, cercano y enfrente del de San Francisco, es ahora una casa de expósitos y, como suele ocurrir, es realmente lamentable.

Paséese también por el camino de Santander y mírese hacia atrás para otear el impresionante conjunto que forman las iglesias de San Vicente, San Pelayo, la vieja torre y la catedral. La de Santo Domingo, en el camino de León, con sus bosquecillos, ha sido convertida ahora en hospital. Las montañas de Asturias, vistas desde el Campo Santo son realmente grandiosas.

La arquitectura doméstica de Oviedo, con sus tejados salientes, es apropiada para este clima húmedo. Entre los caserones abandonados de la nobleza cabe citar aquí la casa del duque del Parque, que ahora es una fábrica de armas, y también la del marqués de Campo Sagrado, bello edificio cuadrado en el que se alojó el general Bonnet, personaje este cuyas demasías son relatadas por Toreno (XI). No se olvide visitar la casa solar de este historiador, cuya familia es una de las más antiguas de Asturias. La calle de la Platería tiene trozos que son dignos de Proust. La Audiencia tiene una jurisdicción de más de cuatrocientas treinta y cuatro mil almas; el número de personas juzgadas en 1844 ascendió a cuatrocientas ochenta y cuatro, lo que da una por cada ochocientas sesenta y cinco; en Madrid esa proporción es de uno por cada ciento noventa y dos: de modo que ya vemos en qué queda eso de que la moralidad reinante en estas sencillas tierras altas haya de ser superior a la de la corrompida capital

La pesca de la trucha en los alrededores de Oviedo es magnífica. Váyase de paseo también una tarde por Las Caldas, Calidas en latín, o sea, baños calientes, a una legua de distancia, y encantadoramente situados en la ribera de abajo. Los edificios datan de entre 1731 y 1780, y son obra de Manuel Reguera González. La estación de los baños va del 1 de junio al 30 de septiembre, y en ese tiempo son muy frecuentados.

Oviedo, como Lugo, es centro de muchas comunica-

ciones. Hay un soberbio camino que va a León (ruta XCV). Las rutas laterales no son apenas otra cosa que caminos de herradura, pero así y todo resultan sumamente pintorescas, ya vayan costeando el mar o tierra adentro. Los que llevan a Lugo y a Mondoñedo ya han sido descritos (ruta LXXXIX y CX). A Santander van dos líneas, una a lo largo de la costa y la otra por el interior.

RUTA XCIII

DE OVIEDO A SANTANDER

	Leguas	
Venta de Puga	2	
Gijón	2	4
Villaviciosa	4	8
Lastres	3	11
Ribadesella	4	15
Llanes	5	20
Colombres	3	23
San Vicente	2	25
Comillas	$1^{1/2}$	$26^{1/2}$
Santillana	3	$29^{1/2}$
Puente de Arce	3	$32^{1/2}$
Santander	3	$35^{1/2}$

Hay una diligencia diaria que va de Oviedo a Gijón.

La séptima edición de la Enciclopedia Británica, que es de 1842, informaba a la Humanidad de que “no se ha encontrado todavía nada de carbón en ninguna parte de España, ni hay indicios de la presencia de ese mineral”, pero la verdad es que, además de los yacimientos, explotados desde hace largo tiempo, de Soria y Sevilla, todo el distrito de Gijón no es otra cosa que un gran yacimiento carbonífero.

Por consiguiente, el minerólogo se interesará por evitar el Camino Real y dirigirse, haciendo un desvío, a los concejos de Siero y Langreo, subir el bello Nalón arriba, hasta Sama, y desde allí, seguir hasta Siero. El Nalón fluye a través de un inagotable yacimiento de carbón. Estos yacimientos, como muchos otros de los tesoros que hay escondidos por España, llevan largo tiempo abandonados por los apáticos indígenas, los cuales, empero, están destinados de ahora en adelante a cambiar a fondo su comercio y sus manufacturas. Los campesinos solían sacar un poco de carbón acá y acullá, rascando la tierra, abriendo hoyos como y donde mejor les pareciera: una carretada del mejor carbón, o sea, cosa de un quintal más o menos se vendía por solo tres reales, lo que vienen a ser ocho de nuestros peniques, comprado en el lugar de extracción mismo. De allí solían llevarlo a Gijón a lomos de mulas, y lo revendían por el equivalente de dos chelines, y esto en un país donde abundan las materias primas, como la piedra para los caminos y el hierro para los ferrocarriles: hierro en yuxtaposición con carbón. Recientemente, sin embargo, se ha tendido una carretera propia para vehículos, llamada La Carbonera, que comunica con Gijón. Esto, junto con la mayor parte de las mejoras que se han introducido por estos lugares, se debe a Aguado, que perdió la vida por causa de las privaciones y penalidades de un viaje por Pajares en 1842.

Este capitalista se enriqueció partiendo de lo más abyecto de la sociedad, y en 1808 se hizo afrancesado. Cuando los franceses fueron expulsados de España por el Duque, Aguado escapó con ellos y abrió una tienda de montañés, o sea, de vino y chocolate, en París, en la rue Jean-Jacques Rousseau, donde se las arregló para conseguir en 1823 un préstamo del rey Fernando VII, y a partir de allí acabó haciéndose millonario, un hombre de muchas talegas, o sea, de muchas bolsas. La talega contiene mil dólares, y en la bidr o

talega mora cabían diez mil dirhams. Aguado recibió el título de marqués de las Marismas, y esto porque entre sus muchas iniciativas estaba la de participar en la compañía del Guadalquivir, y, a pesar de sus acuáticos apellido y título, era hombre mas agudo que aguado, y astuto levantador de reses de todo tipo. Como el dinero y la inteligencia son, indudablemente, las principales carencias de cualquier gobierno español, ya tenga su sede en Madrid o en las Asturias, la muerte de Aguado ha sido un duro golpe para estas tierras. Aguado fundó la principal de las cuatro grandes empresas que funcionan en esta comarca. Sus territorios están situados junto al Nalón, a cosa de una legua de Oviedo, y para aquella zona había conseguido Aguado el monopolio del nuevo camino o carretera. Desde su muerte, esta empresa ha llevado una vida lánguida, porque en España, como en Oriente, pocas cosas son per autre vie; planes y proyectos surgen y caen con el individuo cuya mente y potencia los creó y mantuvo. Hay una tendencia auténticamente española a impedir que los forasteros observen las obras cuya torpezas y dificultades se derivan directamente de la ignorancia y de su compadre la envidia. Mas allá, Nalón abajo, se encuentra la zona de la empresa inglesa cuyos yacimientos tienen a veces hasta trece pies de espesor, aunque la media no pase de tres o cuatro pies. La falta de comunicaciones por tierra reduce la abundancia de mineral, cuya cualidad es buena, y mejor ciertamente que la de la mayor parte del carbón sulfúreo francés y extranjero: y, sin embargo, aquí se encuentra en la superficie, y en una comarca donde la población es pingüe, la mano de obra barata y la gente muy trabajadora, y donde no hace falta horadar pozos hondos y caros ni se requieren máquinas de vapor, que también son caras. Pero lo malo es que esas minas están en España, y no en Inglaterra.

Los impuestos que sir Robert Peel cobra por las exportaciones de carbón inglés dieron a esas minas un incentivo, y los capitalistas extranjeros despertaron a los españoles de la modorra en que yacían, enseñándoles, en lugar de a cazar imaginarios tesoros perdidos, a empezar de una vez a excavar estos recursos tangibles de riqueza. A pesar de todo, estos siguen siendo muy imperfectamente explotados, aunque las fundiciones de Málaga y Cartagena requieren cuantiosos abastecimientos. Así y todo, en 1841, se cargaron (solamente) en Gijón alrededor de veinte mil

toneladas, y tal fue el efecto paralizador de las leyes fiscales, los derechos, las aduanas y los malos caminos de España, y, encima, sus malos modos comerciales, que en 1843 Murcia por sí sola importó 215.000 toneladas de carbón inglés, a pesar de que estaban gravadas por derechos de exportación ingleses de dos chelines por tonelada y un impuesto español de importación de siete chelines.

Desde la muerte de Aguado se han creado muchas empresas asturianas para explotar esos carbones y también mineral de hierro, y la comarca ha sido minuciosamente estudiada por ingenieros y geólogos competentes. Los yacimientos y minas pueden ahora ser explotados con toda seguridad, pues este principado, debido a su situación geográfica, su constitución física y el carácter moral de sus habitantes, siempre ha disfrutado de relativa inmunidad de las agitaciones políticas que habitualmente turban otras partes de este reino. Los puertos de embarque elegidos por una empresa son los de Avilés y Ribadesella.

El primero de ambos tiene capacidad para acoger barcos de trescientas toneladas de carga, mientras el segundo puede jactarse de ser uno de los puertos más amplios y seguros de toda España. El río Sella, cuya desembocadura es el puerto mismo, puede hacerse navegable por relativamente poco coste hasta varias millas tierra adentro, e incluso llegar a poca distancia de algunas de las concesiones minerales más pingües de la empresa en cuestión. Los que tienen confianza en los negocios con España y quisieran ser accionistas, pueden obtener cuanta información necesiten en Oviedo, visitando al barón Morat, o a los banqueros Rousseaux. Los agentes londinenses son los señores Amery y Co., de la calle de Throgmorton, en Londres. El recelo que sienten los españoles por el carbón, por considerarlo sucio y malsano, acabará teniendo que ceder cuando entre en juego el funcionamiento de potentes máquinas, y a medida que el ya escaso abastecimiento de madera y carbón de leña siga reduciéndose más y más día a día; también influirá poderosamente en esto la terminación del proyecto de un ferrocarril que lleve el carbón directamente a Madrid.

Saliendo de Siero llegamos a La Pola, donde hay un bello palacio del siglo XVI que, por desgracia, está sin terminar. Y de aquí seguimos hasta Gijón, Gigia; la posada es decente. El puerto está

construido sobre un promontorio bajo dominado por el monte Santa Catalina, y, aunque la entrada es mala, el anclaje una vez dentro es bueno. El emplazamiento de las Aras Sestianas (Pomponio Mela, III, 1) ha sido localizado en el cabo de Torres. Los moros destruyeron la ciudad romana, usando sus ruinas como cantera para la construcción de Gijón, que fue su marca defensiva. El nombre Gyhon, cuyo significado es "valle de gracia", es sirio, y es el del lugar donde fue ungido Salomón (1, Reyes, I, 33). Munuza, el gobernador moro, lo evacuó en el año 718, después de haber perdido la batalla de Canicas; y el vencedor, don Pelayo, se instaló en su puesto, imponiéndose a sí mismo el título de conde de Gijón, lugar que enseguida se fortificó de tal manera que pudo rechazar a los invasores normandos en el año 844. Enrique II otorgó Gijón a su hijo natural, que, haciéndose fuerte en él, se enfrentó con Enrique III, por quien quedó casi destruido: la reconstrucción de la ciudad tuvo lugar en 1410 y fue obra de Lucas Bernaldo de Quintana. La bahía es agradable y el puerto bueno para barcos pequeños: los vapores locales hacen escala aquí en su trayecto de ida y vuelta, de modo que quienes quieran evitar el penoso trayecto por tierra a La Coruña o a Santander pueden hacerlo rápidamente por mar.

Entrando por la puerta del Infante Pelayo, la elegante y amplia calle de la Cruz nos conduce hasta el muelle y el puerto, que están más abajo, y cuyas fortificaciones, como de costumbre, se hallan abandonadas. La ciudad es barata y limpia, y está bien abastecida; el pescado es excelente y la población no llega a seis mil habitantes. No hay mucho en ella que sea digno de verse. La parroquia de San Pedro es pequeña; las estatuas del santo patrono y de nuestro Salvador son obra de Antonio de Borja. Gaspar Melchor de Jovellanos, que nació aquí el 5 de enero de 1744, proyectó una iglesia más adecuada a esta ciudad, que estaba entonces en pleno crecimiento. Jovellanos fue el benefactor de Gijón, a la que mejoró moralmente con su Instituto Asturiano, centro docente de alto nivel, cuyo edificio, como siempre, quedó sin terminar, pues Jovellanos murió, miserable y perseguido, en Vega, el 27 de noviembre de 1811. Así es como España recompensa a los que mejor le sirven.

También nació en Gijón Ceán Bermudez, el excelente escritor sobre el arte español. Gijón comercia con Inglaterra, exportándole nueces y otros frutos semejantes, procedentes de Villaviciosa, la capital de

las avellanas, y también castañas de Colunga. Fue desde aquí desde donde Toreno y los diputados asturianos se dieron a la vela, el 30 de mayo de 1808, para implorar a Inglaterra que les ayudase a liberar a España de los franceses. Toreno fue la estrella de las Cortes de Cádiz, y uno de los pocos mortales que han elogiado esa asamblea digna de Babel, y su impracticable, absurda Constitución. Toreno fue, por su cuna, uno de los hombres más nobles y ricos de Asturias, y elocuentísimo orador. Siendo primer ministro de España, Toreno introdujo a Mendizábal en los créditos y las finanzas de Madrid; sobre las consecuencias de esta introducción, indáguese en la Bolsa de Londres.

Gijón, como Oviedo, fue saqueado, sus almacenes despojados de cuanto contenían, y su flota destruida por los franceses a las órdenes de Bonnet.

El camino costero se parece al de Ribadeo, y está cortado por rías, tinas o estuarios, los altibajos del camino, el cruce o vadeo de arroyos trucheros, todo lo cual resulta cansino, pero pintoresco. La costa está infestada de contrabandistas y guardas de costa, o sea, hombres cuya misión consiste en prevenir los asaltos a mano armada; estos firmes aliados y socios del contrabandista molestan al honrado viajero que comete la imprudencia de no sobornarles. Villaviciosa, con sus nueces, puede ser dejada a la derecha. Nota bene: Cómanse castañas en Colunga.

Riba de Sella se levanta sobre la orilla opuesta de una ría y está encajonada entre montañas. El Sella baja desde Infiesto y Cangas de Onís; la pesca, más arriba, sobre la conjuncion de Dobra, cerca de Arriondas, es estupenda. La cabalgada hasta San Vicente está cortada por varios ríos que es preciso cruzar, mientras, para el pescador de caña, allí hay cuantas cosas pueda ansiar su corazón. Primero, se encuentra el Aguamía, cerca de Pría; luego está el Río Caliente, cerca de Rales; a continuación, el Niembro o Cabrales; y finalmente, el Poo y el río de Llanes. Llanes es la última ciudad de Asturias; hay dos antiguos monasterios, ambos a tres millas de distancia de Llanes y distantes entre sí unas dos millas; el uno se llama San Antolín y el otro Celorio, cuya situación es encantadora, y tiene una bella capilla gótica. Colombres es la primera ciudad de las montañas de Santander, así llamadas para distinguirlas de las

montañas de Burgos y Reinosa. Desde estas montañas bajan los montañeses, o abastecedores de buques, y también las famosas nodrizas. El vasto bosque de Liébana, entre las peñas de Europa y Reinosa, tiene algunas de las mejores maderas del mundo. Véase la ruta CXIV, y también la Historia de estas comarcas, escrita por Cossío, y publicada en cuarto, en Madrid, en 1688. El Deva es un majestuoso arroyo truchero y salmonero. El pescador de caña debería subir hasta el concejo de Cabrales, y asentar su cuartel general en Carreña o Las Arenas, donde el Cares, bajando desde Camarmeña, y el Casano, se unen hinchando al Deva. El arroyo siguiente es el magnífico Nansa, que, para el pescador de caña asturiano, es el equivalente del Nansen noruego.

San Vicente es un lugar miserable. Allí fue donde el general Sarrut, con solo novecientos animosos franceses, derrotó completamente a seis mil gallegos el día 20 de noviembre de 1808. Una carga de caballería fue suficiente para amedrentar al jefe, que dio media vuelta, y la tropa le imitó como un solo hombre, abandonando toda la artillería de Romana y dejando Oviedo en manos del saqueador. El general español Llano Ponte ni siquiera se detuvo para destruir los barcos y, fiel a su nombre, lo que realmente hizo fue dar ancho puente, un verdadero pont d'or, no a un enemigo que huyera, sino a uno que avanzaba (véase Schepler, II, 115, y Toreno, XI).

Este bello puente, con treinta y dos arcos, fue construido en 1433; el menor, con ocho, en 1779. El panteón de un inquisidor es digno de ser visitado; fue esculpido en Génova. El viajero bien equipado y dispuesto puede llegar a Santander al día siguiente, a menos que su amor por Gil Blas le induzca a hacer parada en Santillana. Esta bonita ciudad, la Concana de los antiguos, está situada junto al río Besaya, donde la pesca es excelente todo el camino hasta Corrales. Santillana dista cosa de una legua desde el puerto de Suances, Portus Vere-Asueca. Los besugos, que son una especie de brema, resultan deliciosos de comer. Los santillaneses ya no se ponen morados de beber la bebida tártara por excelencia, la sangre de caballo, que era el lujo de sus antepasados (Silio Itálico, III, 361; Horacio, Oda III, 4, 34).

El nombre de Santillana es una corrupción de Santa Juliana, como Illán lo es de San Julián, el santo patrono de los peregrinos. Santa

Juliana es la santa patrona de la ciudad, a la que su cuerpo fue llevado en 1307. Íñigo López de Mendoza, el amigo de don Juan II y el Mecenas de España, tomó su nombre para su título nobiliario, y lo dio a esta su ciudad. El escudo de Santillana muestra a santa Juliana asiendo al demonio, o Asmodeo encadenado. No es de extrañar, por lo tanto, que Le Sage sintiera afecto por este duendecillo indígena, un "hijo" del pueblo. La casa consistorial, que está en la plaza, es un bello edificio, y digno de una ciudad que realmente dio a luz al Ínigo Jones de España, Juan de Herrera. El río Pas pasa por el Puente de Arce; ese río baja desde lo alto de esas sanas comarcas montañosas donde los recios campesinos, aficionados al juego del bastón, engendran a las jugosas amas de leche o nodrizas, las pasiegas, que amamantan a los enfermizos niños del malsano Madrid, y cuya rica vestidura da un toque de color al Paseo del Prado. De aquí se sigue hasta llegar al floreciente Santander.

Ya estamos ahora en plena comarca de Gil Blas, y no podemos dejarla sin decir unas palabras sobre esta encantadora novela y su autor, Le Sage. El amante de Don Quijote y de Cervantes puede comparar ambas obras y ambos autores: ¡qué distintos son, y qué populares! Le Sage, un littéraire de París, que escribía para comer, eligió como protagonista de su libro a un despierto pícaro y bajo lacayo, un muchacho de tipo parisino, en cuya personalidad apenas nos interesamos, pues sus andanzas huelen a las tretas y al ambiente de la antecámara. Cervantes, en cambio, soldado y caballero, escogió para el suyo al imponente, majestuoso hidalgo castellano, el cual, a pesar de su monomanía, nos inspira respecto y afecto. Don Quijote es un castellano a las derechas, un verdadero español hasta la médula de su vieja planta, mientras que Gil Blas se queda en una mera voz, pues sus manos son manos de francés.

Desde hace bastante tiempo se discute quién fue el autor de Gil Blas: la obra apareció primero en francés y fue publicada sucesivamente en diversas fechas; los dos primeros tomos en 1715, y un tercero en 1724; finalmente, el cuarto y último en 1735. Su éxito fue merecidamente inmediato y grande, y extenso, pues Gil Blas se hizo europeo muy rápidamente, convirtiéndose en una especie de hermano gemelo, si no rival, de Don Quijote. Fue traducido a casi todos los idiomas europeos, y también al español,

hacia 1783, por el famoso Padre Isla, el autor de Fray Gerundio de Campazas, un Don Quijote espiritual, en el que se denuncia con inteligencia la absurda ignorancia y supersticiones de los monjes mendicantes, aunque, como es habitual entre los españoles, la broma resultó exagerada, pero es que los españoles son incapaces de dejarse nada en el tintero. A pesar de la sagacidad con que veía lo ridículo en los demás, el Padre Isla llegó a afirmar audazmente que todo el texto, entero y vero, del Gil Blas había sido robado por Le Sage en España, o sea, justo lo mismo que hicieron los señores Dupont & Co. con la plata de las iglesias de Córdoba, Santiago, etcétera. El Padre, en su traducción, respetó todos los errores, tipográficos, cronológicos y de otras índoles menores, que eran tupidos como el follaje en Vallombrosa, y que constituyen prueba de que por lo menos un francés había tergiversado el manuscrito extranjero de la misma manera que hizo monsieur Bonnemaison con los cuadros de Rafael sacados de El Escorial.

La primera página de la traducción del Padre Isla es una muestra exquisita de la aptitud nacional para quedar con toda la gloria del trabajo y la diligencia ajena: “Aventuras de Gil Blas de Santillana robadas a España y adoptadas en Francia por monsieur Le Sage, restituidas a su patria y a su lengua nativa por un Español celoso, que no sufre se burlen de su nación”. Llevado de su miedo a que el extranjero se riera de él, este celoso español expresó los auténticos sentimientos del españolismo; y alcanzó hasta más allá de los Pirineos, ofendiendo profundamente a los franceses, cuyo carácter, en todo cuanto se refiera al honor y la gloria, raras veces acepta el generoso reconocimiento de un error. En consecuencia de todo esto, en 1818, monsieur le comte François de Neufchâteau, membre de l’Institut, publicó una disertación probando que Gil Blas tiene que ser una obra francesa, por lo inteligente y aguda: este alegato fue mal recibido por Llorente, autor de un excelente análisis histórico de la Inquisición española, y la riña entre ambos llegó a enconarse mucho. El español tenía, con mucho, los mejores argumentos, sobre todo en lo referente a las sutilezas idiomáticas y a los detalles nimios de los peculiares rasgos nacionales. La esencia de sus razones fue resumida en un agudo artículo publicado en Blackpool, en junio de 1844, aunque el aprendiz de impresor que lo imprimió hizo alarde en todo el texto de una ignorancia tal del idioma, los nombres y la ortografía española, que habría podido rivalizar

incluso con la del mismísimo monsieur Le Sage. Llorente pensaba que el verdadero autor del Gil Blas pudo haber sido Antonio Solís, el historiador de México, lo cual, empero, no pasaba de ser mera conjetura. Otros han afirmado que su autor fue un anónimo abogado andaluz, que, hacia 1654, compuso esa sátira sobre los ministros, el teatro, la justicia y la medicina de España, y no se atrevió a publicarla con su nombre, de modo que el manuscrito debió de ser adquirido por el conocido monsieur de Lionne, el gran coleccionista de libros, que estuvo en España en 1656 en una misión relacionada con la Paz de los Pirineos. En ningún país del mundo se han dejado tantas obras en manuscrito como en España, dado que el alto coste de la impresión, los obstáculos que suscitaban la censura y los inquisidores, y la escasa remuneración que los escritores recibían, espantaba a muchos de estos, los cuales, una vez satisfecho cacoethes scribendi, se conformaban con permanecer en inimpresa oscuridad. El marqués legó su biblioteca a su nieto, el abate de Lionne, protector inicial de Le Sage, y también profesor suyo de lengua española. Le Sage, eso desde luego, jamás pisó siquiera tierra española, porque, como buen parisino que era, adoraba París tanto como Sócrates amaba Atenas: su vocación era escribir, y de eso además vivía. Comenzó traduciendo comedias y novelas españolas, pero le faltaba la inventiva de Cervantes, y era más bien embellecedor de truenos ajenos; bien es verdad que tampoco fue tenido nunca por sus contemporáneos por un autor original, hasta el punto de que el mismísimo Voltaire pensaba que el Gil Blas tenía que ser un plagio. Su genio era sintético, no creativo; sabía combinar y construir, pero no dar a luz. Desde el principio de su carrera, dependió siempre del sudor ajeno y, en consecuencia, su mente, por causa de las muchas traducciones que hacía, acabó impregnada de cosas españolas; además, sus hurtillos y sus cosechuelas no fueron nunca seriamente investigadas por sus compatriotas, que, por otra parte, tampoco eran demasiado escrupulosos en estas cuestiones.

Se diría que lo que ocurrió fue que Le Sage, habiéndose pasado la vida entera, según confesión propia, desplumando y parafraseando libros españoles, y habiendo reconocido que su Bachelier de Salamanque era una traducción de un manuscrito español que él nunca mostró a nadie, publicó de pronto el Gil Blas, calificándolo de obra original suya. Hay que tener en cuenta, empero, que todos

los críticos están de acuerdo en que dos tercios de los mejores episodios de este libro son, sin el menor género de dudas, de origen español, cosa por cierto que el mismo Le Sage nunca se cuidó de ocultar. Así pues, aunque el Padre Isla esto no lo sabía, Le Sage sacó muchas de las escenas y personajes de su Gil Blas del Marcos de Obregón de Vicente Espinel, de cuyo prefacio procede el famoso incidente inicial del estudiante y el alma enterrada de Pedro García, tomado palabra por palabra. Y lo mismo cabe decir de las escenas de la Posada de Peñaflor, del barbero Diego de la Fuente, y de la mujer del médico; y, como para susurrar de dónde había tomado estos dulces, Le Sage mismo, real y honradamente, da el nombre de Marcos de Obregón al escudero. Le Sage tuvo también la audacia de adoptar la máxima de Molière, tomada, también, con bastante libertad, de libros españoles: "le beau est mon bien, et je le reprends où je le retrouve"; aprobación y justificación estas, de paso sea dicho, que fueron proclamadas antes por otro español, Séneca, que expresa de la siguiente forma su latrocinesco principio: "Quicquid bene est dictum ab ullo meum est" (Epístola XVI).

Lo probable es que Le Sage sacara su Bachelier de Salamanque, como también su Gil Blas, del mismo manuscrito español, pero que, en vista de que la anterior novela había sido ya vista por otros en manuscrito, no se atreviera a apropiarse del original en cuestión tal cual, sino que procediese a entretejer otras historias, algunas de las cuales eran, evidentemente, de su propia cosecha, y que, por ser muy francesas, desvirtúan el tono y el sentimiento español de las partes auténticas del texto.

Como lo que él hizo fue copiar de un manuscrito y no de un libro impreso, y en parte por la dificultad que siempre hay de descifrar una escritura extranjera en un idioma que solo se comprende de manera imperfecta, Le Sage cometió errores de ortografía, onomástica, geografía, etcétera, que habrían dejado en mal lugar al mismísimo Laborde. Y, ciertamente, esos errores son tan numerosos que los franceses aducen, con notable naïveté, que tan notables descuido e inexactitud son una prueba más de que de esta obra tuvo que ser autor un compatriota suyo. Y verdad es que en Gil Blas se percibe un conocimiento general de España y los españoles, pero también lo es que faltan en esta obra esos mínimos rasgos de identidad, y ese íntimo conocimiento de los topoi kai tdopoi, o sea,

lugares y maneras, que caracterizan a las auténticas novelas picarescas de los españoles; e, igualmente, falta con frecuencia en estas páginas la auténtica Borracha, mientras que, de vez en cuando, aparece en ellas ese olor a alcantarilla que tan propio es de Lutecia. Le Sage, empero, cuando copió con exactitud supo conservar el aroma español, afrancesándose únicamente cuando quería mostrarse original, o cuando daba por supuesto que la ignorancia de un país extranjero es más exacta que el conocimiento propio de un indígena: "si cela n'est pas l'Espagne, il doit bien l'être. Pero, más sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la ajena".

Le Sage publicó su Gil Blas en edad madura, y cuando tenía completo dominio de ese difícilísimo arte que es escribir agradablemente: este libro es su opus magnum, y pocos son los mortales que en toda su vida producen más de un buen libro. Se sirvió de su original español como el tejedor se sirve de la trama, añadiéndole sus propios hilos de oro, que relucen en la obra entera, siendo, ciertamente, parte íntegra del conjunto, pero distinta de este. Aquí fue de donde él sacó lo mejor de su mente y de la vida; fue aquí donde invirtió el capital flotante de su ingenio, sus acervos de memoria y su mordaz y mordiente sentido común, sus mejores observaciones sobre el hombre y las maneras, especialmente a vista de gusano, y en tono bajo, familiar y algo ridículo, sed ridentem dicere verum, quid vetat? Y todo esto, ciertamente, de su propia cosecha, y si alguna prueba fuere necesaria de lo verdaderamente francés que es todo ello, leamos la versión que hizo el Padre Isla al castellano, la cual demuestra por sí misma no ser realmente otra cosa que justo eso mismo: una traducción; y, en verdad, Gil Blas es demasiado ingenioso y agudo para ser una obra auténticamente española, y su vena epigramática es mucho más constante, mucho más cuidadosamente compuesta que los chispazos, más infrecuentes y naturales, que relucen como granos de oro en la arena entre la palabrería, las perogrulladas y los episodios digresivos y las glosas en las que tanto se recrean los españoles, a semejanza de los orientales, tanto en la escritura como en la conversación. Le Sage no cosechó otra cosa que guindas, trillando cuidadosamente fanegas de paja y hojarasca españolas y rechazando todos los campanudos lugares comunes, sobre todo eso que los indígenas de la Península Ibérica, que son hiedra al aburrimiento, llaman reflexiones graves, juiciosas y filosóficas, y en inglés llamamos habladuría. Es

innegable que Le Sage ha tenido el mérito de haber mejorado el original de esta obra; y si alguna que otra vez secuestró a algún hidalgo español, al menos no le desfiguró, convirtiéndole en un gitano, sino que por el contrario, le dio el barniz y la afabilidad del verdadero parisiense, aparte de que también es preciso reconocer que nunca engastó en plomo las joyas robadas.

La ignorancia de un idioma extranjero, la inexactitud en la traducción, la manipulación del texto original, la tendencia a matizarlo todo al gusto y según los prejuicios de París, son cosas que con frecuencia benefician al original, en lugar de echarlo a perder; así vemos que las Noches árabes del señor Galland, a pesar de lo mutiladas e incorrectas que han quedado, son mucho más agradables de leer que la íntegra y correcta traducción inglesa del señor Lane. Evidentemente, es imposible negar el tacto, la agudeza y la brillantez de la pluma francesa, y los escritores como Le Sage se asemejan a esos mariscales revolucionarios que saquearon España, llevándose toda su pesada plata de iglesia y todos los cuadros que tanto tiempo llevaban enterrados en conventos españoles que nadie visitaba. De esta forma, todo ese inútil cúmulo de oro y plata pudo acuñarse, convirtiéndose en dinero contante y sonante, y muchos fueron los grandes maestros del arte que, desconocidos hasta entonces, salieron a la luz y fueron conocidos por el público y admirados por toda Europa.

Al español le gusta compararse con un tesoro escondido. Quizá lo sea, pero es una verdadera lástima cuando resulta ser exactamente lo contrario, y queda mal, como el Padre Isla, frente al cuidadoso extranjero que ha sabido desenterrarlo como si fuera el alma de Pedro García. Es indudable, en términos estrictos, que Le Sage es un plagiario; pero, como Sterne, es también preferible a decenas de originales menos divertidos que ambos, y si es cierto que se apoderó indebidamente de la materia prima española, también lo es que trabajó esa materia con diligencia e ingenio extranjeros, ensamblándola en un mosaico que era suyo propio. Estos buceadores literarios pescan perlas que nadie había visto antes, y saben enhebrarlas hasta hacer con ellas preciosos collares, de modo que no puede negárseles el mérito de la callida iunctura y de esa relativa originalidad que da verdadero valor a lo que hasta entonces nadie apreciaba en su justo precio, dando, en cierto modo, nueva

vida a lo que estaba muerto. Grande, ciertamente, debería ser la gratitud de España a Le Sage y, a pesar de esto, no contentándose con llamarlo ladrón, trata de privarle de su obra y de su verdadera gloria.

Ningún inglés osaría rehusar a Le Sage sus bien merecidos laureles. Gil Blas es inimitable en su propio contexto, y es uno de los pocos libros cuya muerte la posteridad no tolerará; es uno de esos "libritos" que nuestro querido doctor Johnson amaba, y del que nadie que se lance a viajar por España debería prescindir en sus alforjas, junto con el Quijote. La edición de Evaristo Peña y Marín, publicada en Madrid en 1828, es muy práctica por su formato.

RUTA XCIV

DE OVIEDO A SANTANDER

	Leguas	
Siero	3	
Infiesto	4	7
Cangas de Onís	4	11
Covadonga	$1^{1/2}$	$12^{1/2}$
Peñamellera	4	$16^{1/2}$
Abandames	$2^{1/2}$	19
San Vicente	4	23
Santander	$9^{1/2}$	$32^{1/2}$

El camino por tierra adentro es menos fatigoso, pues no está tan entrecortado por estuarios como el que va a lo largo de la costa.

Serpentea entre las mismas montañas que don Pelayo defendió, y en él se hallan los solares de antiguas iglesias y los campos de antiguas batallas: es sumamente pintoresco y de aspecto suizo, y la pesca a lo largo de él es excelente. Nadie debería arriesgarse por este camino excepto cuando haga buen tiempo de verano, contratando un guía y cuidando de las provisiones en todo momento. Al dejar Siero, con sus yacimientos de carbón, y bajando hasta Infiesto, el camino se curva y sube hacia el agradable valle del Sella, hasta Cangas de Onís, Canicas (conchas, el valle de las conchas), donde hay un buen puente que cruza los confluentes Sella y Güeña. Esa comarca abunda en caza y pescado: a media legua de distancia se encuentra el antiguo monasterio de San Pedro de Villanueva, construido hacia el año 760 por Alonso I, que conmemoró en uno de sus arcos la trágica muerte de su padre. A continuación entramos en los hocinos en donde se refugiaron los godos que quedaban tras la invasión mora y la fatal batalla de Guadalete, que tuvo lugar en el año 711. Fue aquí donde Pelayus, don Pelayo, cuyo padre, Favila, hijo del rey Chindasvinto, había sido asesinado por el usurpador Witiza, acopió unos pocos hombres valientes, y siete años después, en 718, ganó una batalla contra los moros, liberando Gijón y todo ese rincón de España, de las garras invasoras.

Como es natural, el viajero tendrá la precaución de contratar un guía local, recurriendo al cura, para que le acompañe hasta Covadonga, La Cueva de Auseva, o sea, la cueva en la que se refugió don Pelayo, como David en la de Adullam; esa cueva dista unas cinco millas, y es de ella de donde emergió el león godo; se llega a ella yendo río Bueno arriba, cerca de la aldea de Soto. Después de bajar por el rocoso y angosto desfiladero del Deva, ahora llamado Rinazo, llegamos a

Covadonga, el sitio triunfante,

Cuna fue en que nació la insigne España

Esta rocosa cuna, en la que podrían caber alrededor de trescientos hombres, fue el verdadero Maratón de España, donde, según se

dice, trescientos mil moros fueron vencidos por quienes en ella estaban refugiados, pero resulta más fácil adivinar el número de los adversarios que contarlos, como Cocker. Los campesinos señalan los riachuelos cuya agua enrojeció y se creció, empapada en sangre de infieles. La curiosa capilla antigua que describe Morales (Viaje, 63), fue incendiada en el año 1775, cuando Carlos III encargó al rutinariamente académico Ventura Rodríguez que erigiera el actual edificio, el cual tiene bien poco que ver con don Pelayo o con el obispo don Oppas. Don Pelayo se convirtió en el Dux, o duque, de los godos, y murió en el año 737 después de haber reinado durante dieciocho años. Fue enterrado en la pequeña iglesia de Santa Eulalia, por él mismo construida en lo alto de una colina que domina el valle y Bueño: esta sencilla capilla quedó luego encerrada en un edificio más grande. La capilla de Santa Cruz, llamada así por la Cruz de la Victoria, fue construida en el año 735 por el rey Favila en la llanura que se extiende cerca del mercado de Cangas, y Morales ha conservado la inscripción original. Fue aquí donde Favila mató un oso con su lanza, y esta lancia, verdadera arma ibera, como ibero es su nombre mismo, se ve todavía en las pértigas o varas largas de estos montañeses, que son muy aficionados a una especie de juego de bolos en el que las usan. Los domingos se ven montones de ellas a la puerta de las iglesias, para impedir desordenes ante el mismísimo altar. Los montañeses manejan sus palos a modo de cachiporras, llenos de buena voluntad y destreza irlandesa, y con frecuencia espantan con ellos las bayonetas de las tropas que intentan acabar con el contrabando.

Esta victoria de don Pelayo en Cangas constituyó el primer golpe serio que sufrieron los invasores sarracenos, y de hecho, fue gracias a ella como se salvaron Francia y Europa del yugo de la media luna, ya que forzó a los moros a desviar sus operaciones militares ante la inesperada amenaza de un nuevo enemigo en el flanco asturiano de sus huestes victoriosas, las cuales, en esta situación, teniendo que enfrentarse con una nueva resistencia en su propio territorio, apenas si podían prescindir de parte de sus contingentes para lejanas y peligrosas conquistas allende los Pirineos. De tal forma, los belicosos franceses pudieron organizar la resistencia, hasta que el emperador Carlomagno consiguió frenar el torrente invasor y llegó incluso a hincar la cruz a orillas del río Ebro. Como ocurrió con la batalla de Bailén en nuestra época, esta victoria acabó con el mito

de la invencibilidad del invasor infiel y, al tiempo que daba ánimos a los vencedores para perseverar en su nueva resistencia, desanimó a los vencidos. En consecuencia, y después del revés sufrido en Asturias, los moros comenzaron a mostrarse más cautos en sus ataques a las zonas montañosas, y emplazaron sus asentamientos con creciente frecuencia en las llanuras y en las costas templadas del sur y el este de la Península; de modo que, cuando, de esta forma, se extinguió el primer ímpetu de la invasión, los advenedizos extranjeros, ya asentados, fueron aficionándose a sus pingües fincas y recelando más y más de emprender conquistas lejanas y arriesgadas, las mismas que, cuando aún no eran más que una banda de aventureros pobres, les habían parecido dignas de ser emprendidas.

Esta memorable victoria fue tan importante como la que más en cuanto a sus resultados y prodigios, tanto, por ejemplo, como las batallas de las Navas de Tolosa y el Salado. Según el obispo Sebastián (España Sagrada, XXXVII, 79) fueron 124.000 los moros que murieron en el valle de Covadonga, y sesenta y tres mil más los que se ahogaron bajo el monte Amosa. Según Paulus Diaconus, “los demás huyeron” a Francia, donde otros trescientos setenta y cinco mil recibieron la muerte; así mismo mató Abijah a quinientos mil hombres escogidos (2, Crónicas, XIII, 17). Esta aritmética oriental sirvió de modelo para los datos, cifras y partes de Bonaparte durante la campaña de Moore. Quienes ahora pisan los angostos desfiladeros de Covadonga podrán comprobar, como en las Navas de Tolosa y en el Salado, la imposibilidad de poner en movimiento, y no digamos alimentar, no ya a quinientos mil hombres, sino ni a veinte mil siquiera; la verdadera clave de estas cuentas, empero, está en contar cientos en lugar de miles. Es evidente que en estos accidentados parajes, como en Bailén mismo, donde la maniobra de masas militares resulta impracticable, fueron los españoles quienes salieron ganando; y bien les habría ido si se hubieran atenido al ejemplo que da la historia y a los buenos consejos del Duque, quedándose siempre en sus montes y altos, en lugar de lanzarse a la derrota segura en batallas campales. Los cronistas moros mencionaban al victorioso don Pelayo con cortesía china, llamándole “bárbaro despreciable”, “un cierto Belay”, que levantó al pueblo de Asturish. Fue despreciado por el virrey Al-horr, que decía de él que solo tenía treinta hombres a sus órdenes (Moh. D. II,

34, 260). Don Pelayo, en realidad, fue un verdadero guerrero de España, o sea, un auténtico guerrillero, un Sertorio, un Cid, un Mina, un Abdelkader cristiano.

Es precisamente en uno de esos lugares de antigua gloria donde Ballesteros surgió por primera vez a la luz pública; y no olvidemos que su ulterior negativa a obedecer al duque condujo a la pérdida de Madrid, al levantamiento del sitio de Burgos, y a la neutralización de la victoria de Salamanca. Y en castigo a tamaña desobediencia no se ganó otra pena que el exilio a Ceuta, del que enseguida salió de nuevo para ponerse al servicio del partido anti-inglés, del que era jefe; y hele ahora convertido en el beau idéal, el paradigma del auténtico español, a ojos de los Torenos (VIII), los Argüelles (I, 99, 327) y compañía, que ven en él la verdadera representación del orgullo español, que jamás se someterá a los dictados ingleses.

Ballesteros era aragonés de nacimiento, y tenía toda la obstinación que caracteriza a sus testarudos compatriotas chicos. Comenzó su vida como soldado raso en 1804, siendo expulsado del ejército por hurto. Después recibió el nombramiento de registrador del tabaco en Asturias, y en la época del levantamiento nacional, a raíz de las carnicerías de Murat, estaba él cerca de Covadonga, muy ocupado con sus puros; fue entonces, como dice Toreno, cuando se sintió entusiasmado por los gloriosos ecos patrióticos de su “distrito”, hasta el punto de llegar a considerarse como un nuevo don Pelayo; pero el 24 de mayo del año 1810, cuando apareció en su horizonte el primer destacamento francés, su tabacoso valor se deshizo en humo, y Ballesteros echó a correr y no paró hasta llegar a Potes. Cuando los franceses aparecieron de nuevo en su horizonte, salió otra vez disparado hasta llegar a Santander, donde, dejando a sus soldados en la estacada, se apresuró a juntarse con José O’Donnell en una lancha abierta; y tal era el pánico que embargaba a estos futuros héroes que hasta se les olvidaron los remos, y tuvieron que imprimir velocidad a su embarcación sirviéndose de las culatas de sus mosquetes.

Ballesteros, que no era más que un lechaculo, o sea, un adulón del marqués de la Romana, jefe de esa comarca, consiguió situarse bien, y fue así como se las arregló para librarse de ser esclavo del tirano.

Él era de índole impaciente y poco amigo de superiores o de cualquier forma de control; en una palabra, se consideraba centro único de sí mismo, y la menor oposición le inflamaba como una cerilla. No hubiera obedecido ni al mismísimo Santiago que bajase del cielo, tanto menos a un extranjero.

El Duque caló enseguida a este hombre (partes del 16 de febrero, 11 de abril, 15 de noviembre de 1811 y 18 de diciembre de 1813), y escribió sobre él lo siguiente: “No es más que un filibustero, el jefe de una chusma incontrolada; una maldición, en lugar de un beneficio, para la nación misma a la que su deber es defender. No es prudente confiar en él ni por un solo momento. Se puede estar seguro de que jamás cooperará con nadie”. Alcaraz y el consiguiente fracaso de Burgos demostraron lo proféticas que eran estas palabras del duque sobre Ballesteros.

Este aguafiestas fue la persona elegida por Fernando VII para ministro de la Guerra, un arte del que, excepto como guerrillero, Ballesteros era tan ignorante como un niño pequeño. Envenenó la oreja real con sus prejuicios anti-ingleses y luego, en 1820, traicionó a su rey, convirtiéndose en 1823 en su más encarnizado perseguidor; pero en cuanto aparecieron de nuevo en su horizonte las tropas francesas Ballesteros, como era su costumbre, fue el primero en echar a correr. Así pues, al final de su carrera se comportó exactamente igual que al principio. Fue capturado cerca de Granada por el general Molitor en 1823, y se salvó con un pusilánime tratado para, finalmente, morir en el exilio y en desgracia en París en 1832.

Covadonga, independientemente de la religio loci, contiene muchísimo de interés para el artista, el pescador y el amante de la historia natural. Aquí, el viajero puede leer el Don Roderick de Southey, y recolectar muestras de flora con más propiedad que el don Pelayo de este laureado escritor. “Tan bucólica contemplación de la naturaleza es muy oportuna para el cabrero (dice su amigo William Taylor), pero cuando lo que está en peligro es nada menos que la vida de un imperio, el ingeniero que es enviado a reconocer el terreno ha de cuidar de no perderse en visiones zoológicas, entomológicas y botánicas”.

Al abandonar este valle, se sube el Cordales, o sea, cadena de

montes, que domina la cuenca del Deva, y también las peñas de Europa, que están enfrente. Arenas es un buen distrito pesquero. Los cristalinos Cares y Deva confluyen en la pradera o vega de Alles. Continuando la corriente hasta Mier, en el cañón de estas montañas, crúcese el Cares, que en este tramo abunda en truchas, y asciéndase por el encantador valle de Peñamellera. En Cabanzón nos vemos junto al Nansa. Luey es un buen distrito pesquero, y el cañal de Muñorrodero impide al salmón elevarse más corriente arriba: desde allí proseguimos hasta San Vicente de la Barquera, y luego hasta Santillana y Santander.

RUTA XCV

DE OVIEDO A LEÓN

	Leguas	
Mieres	3	
Pola de Lena	2	5
Campomanes	1	6
La Muela	1 1/2	7 1/2
Puerto de Pajares	1 1/2	9
Busdongo	2	11
Buiza	2 1/2	13 1/2
La Robla	2 1/2	16
Carbajal	3	19
León	1	20

Esta es una magnífica carretera para coches de todo tipo y diligencias; no es de extrañar que Carlos IV, cuando se le informó sobre lo muchísimo que había costado, preguntase si era que la habían pavimentado con plata maciza. Es segura, tanto para subir como para bajar cuestas, está bien provista de puentes y parapetos o barreras, y, como es habitual en las empresas españolas, ha sido concebida a una escala de anchura y grandeza que resulta completamente innecesaria; se trata, ciertamente, de una via lata y de un camino de plata. La primera jornada de trayecto a caballo será hasta el Puerto de Pajares, el portal de la tremenda muralla de montañas que se levanta entre Asturias y León, separándolas. Subiendo desde Oviedo, el panorama a nuestras espaldas de esta capital montañosa es muy bello: al fondo, en sus valles, serpentea el encantador Nalón, a cuya ribera el pescador que se va habrá dejado su corazón; es aquí donde dará a estos arroyos un último adiós, mientras ellos siguen derivando "por muchos rincones y lugares serpenteantes, con bullicioso ánimo, hasta llegar al salvaje océano". Hay un asiento de piedra junto a la fuente que mana de la roca, invitando al viajero a reposar y disfrutar del panorama. Y ahora bajaremos hasta Olloniego, con su hermoso puente, construido por Manuel Reguera González. El puente viejo, cubierto de hiedra, se levanta, alto y seco, sobre la vega, pues aquí la corriente ha sido infiel a su cauce, como ocurre también en Coria; pero los ríos españoles son tan clásicamente volubles como sus congéneres los homéricos Escamandro y Simois. El artista y el pescador de caña no desean nada mejor que estos lugares.

A continuación ascenderemos por una serranía de piedra caliza que va en zigzag, cruzando el Puerto de Padrón y, posteriormente, seguimos hasta la encantadora aldea de Mieres, con su puente. Santullano, junto al Lena, como todo el trayecto, nos recuerda a nuestro Devonshire. A la derecha está el Monte Sacro, con su ermita, donde reposó el arca de Oviedo. El Mieres no tarda en reunirse con el Aller. Toda la ruta hasta Pajares va por un paisaje alpino de gran verdor y cultivo: a veces se ven también bosquecillos de castaños, campos de maíz, y praderas primaverales; en otros lugares cruza silvestres hocinos de colinas ensambladas, donde parece imposible seguir adelante, donde apenas hay sitio suficiente

para el camino y su jubiloso acompañante, el arroyo, que avanza trabajosamente “con su dulce música y su esmalte de piedras”. Pajares es un miserable villorrio, pero su posada es pasable, y las truchas excelentes. Esta es la región de las nubes y el frío; aquí cambiamos el verdeante valle por la pelada sierra, cuyas pedregosas alturas parecen desafiar cualquier avance. Ahora vemos mojones que indican el camino cuando está completamente cubierto de nieves invernales: así y todo, es raro que llegue a estar completamente cerrado. Fue por aquí donde Aguado perdió la vida cuando se dirigía a Gijón.

Al salir del puerto, el camino asciende suavemente a través de un magnífico caos de roca, hasta llegar a la cima, que es accesible y tiene forma de pantanosa llanura rodeada por todos los lados de áridas montañas . Esta elevada ciénaga, alimentada por las nubes, es la reserva de donde diminutas corrientes de agua, descendiendo por ambos lados, llegan a formar los ríos de León y las Asturias; y aquí es donde está la linde entre ambas provincias. El paso, antes de llegar a Villanueva, o Villamanín, llega a ser tan angosto que un torrente apenas si puede fluir por él, y el camino va por una soberbia calzada, levantada a costa de ímprobo gasto; después de todo esto nos vemos de nuevo en los valles abiertos al sol, a la vida, al cultivo. El puente de Turio está situado en un lugar sumamente romántico. A cuatro leguas y media pasamos por la Vega de Gordón, que está cubierta de álamos, y de allí pasamos a La Robla. El bello arroyo truchero de la Bernesga costea la pintoresca ruta, y llena el valle de verdura, pero es para dejarlo atrás enseguida con sus flores y sus bosques; pues, después de descender por una cuesta más bien empinada, el ojo vaga sobre interminables llanuras y estepas de tierras trigueras limitadas únicamente por el horizonte. Adiós, montañas, valles verdes y cristalinos arroyos, que muy pronto se trocarán en muertos y requemados herbajes, en el polvo y la arena del atezado desierto, doblemente odioso ahora por el contraste que ofrece contra las frescas tierras altas. Luego, pasando por un yermo solitario y cubierto de brezo, llegamos a León, con sus ríos y sus riberas cubiertas de álamos, sus vetustas murallas y su elegante catedral de terroso tono.

RUTA XCVI

DE OVIEDO A LEÓN

Bella y oportuna como es la ruta que acabamos de describir, tanto para el pescador como para el artista, hay otra, más silvestre y accidentada, que va a la derecha y la iguala en algunos aspectos, sobrepasándola en otros. No es fácil dar distancias cuando se habla de zonas montañosas y de comarcas sin carreteras, y el viajero hará bien, naturalmente, en contratar siempre guías locales y en cuidar de ir debidamente aprovisionado en todo momento. Lo mejor, de todas formas, es ir directamente a Grado, ascender luego Narcea arriba hasta el romántico Belmonte, y luego, por el río, hasta la pintoresca Pola de Somiedo; desde allí se cruza el puerto del mismo nombre, bajando a continuación por un terreno alpino y llegando así a Carrasconte, Villa Setana, y por fin Truovana. Por aquí fluye el sereno arroyo truchero de Luna; y de aquí, a Las Dueñas, se va por el valle del Bernesga.

TABLA DE CONVERSIONES

1 pulgada: 2,54 centímetros

1 pie: 0,30 metros

1 yarda: 0,91 metros

1 milla: 1,60 kilómetros

1 legua: 4,8 kilómetros

1 onza: 28,35 gramos

1 libra: 0,45 kilogramos

1 pinta: 0,47 litros

1 galón: 3,78 litros

Fahrenheit a Centígrados: [Grados Fahrenheit] – 32 x 5 : 9

El Manual para viajeros por España y lectores en casa de Richard Ford, publicado por primera vez en español por Turner en la década de 1980, se reedita en 2008 en conmemoración del 150 aniversario de la muerte de Richard Ford (1796-1858).

La obra se publica íntegramente en siete volúmenes:

I Observaciones generales

II Andalucía

III Madrid y Castilla

IV Murcia, Valencia y Cataluña

V Extremadura y León[*]

VI Galicia y Asturias[**]

VII País Vasco, Aragón y Navarra

▪

* Nuevas traducciones

▪

** Nuevas traducciones